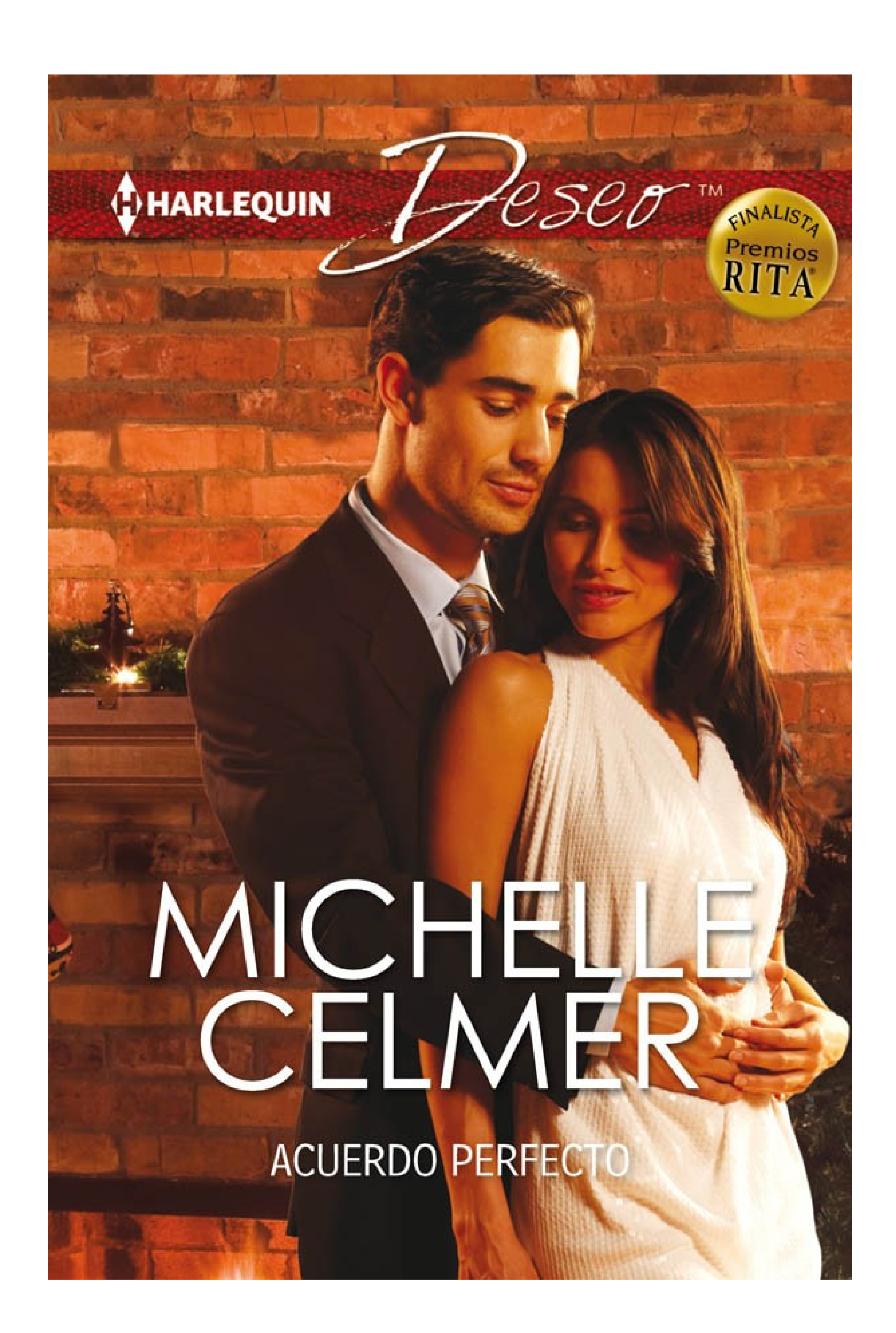

HARLEQUIN
Deseo™
FINALISTA
Premios
RITA®
MICHELLE
CELMER
ACUERDO PERFECTO

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2012 Michelle Celmer
© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.
Acuerdo perfecto, nº. 1984 - junio 2014
Título original: Caroselli's Christmas Baby
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-4290-8
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Prólogo

–Como tu abogado y amigo, Giuseppe, he de decirte que creo que es una muy mala idea.

Giuseppe Caroselli estaba sentado en su sillón de cuero, el que su difunta esposa le había regalado por su octogésimo quinto cumpleaños, mientras Marcus Russo lo miraba desde el sofá. Y tenía razón. El plan que Giuseppe había ideado podía explotarle en la cara y crear otra desavenencia en una familia que ya había tenido bastantes disputas. Pero era un anciano y no tenía mucho tiempo. Podía quedarse sentado sin hacer nada, pero el resultado hipotético era demasiado desolador como para imaginárselo. Tenía que hacer algo.

–Es lo que hay que hacer –le dijo a Marcus–. Ya he esperado suficiente.

–No sé qué sería peor –respondió Marcus, se levantó del sofá y caminó hasta la ventana, desde la que se veía el parque situado al otro lado de la calle–. Si dicen que no, o si dicen que sí.

–No me han dejado elección. Por el bien de la familia, hay que hacerlo –mantener el legado de los Caroselli siempre había sido su prioridad. Era la razón por la que había huido de Italia en la Segunda Guerra Mundial, sin hablar una palabra de inglés, con unos pocos dólares en el bolsillo y la receta secreta de su abuela para preparar chocolate. Sabía que el apellido Caroselli estaba destinado a grandes cosas.

Había trabajado y ahorrado hasta reunir el dinero necesario para abrir la primera tienda de bombones Caroselli en el centro de Chicago. Durante los siguientes sesenta años, el apellido Caroselli se había hecho conocido en todo el mundo, pero ahora corría el peligro de desaparecer para siempre. De sus ocho nietos y seis biznietos, no había ni un heredero que pudiera seguir con el apellido familiar. Aunque sus tres hijos tenían cada uno un hijo, seguían todos solteros y no parecían tener ganas de casarse y formar una familia.

Giuseppe no tenía otro remedio que intervenir y hacerles una oferta que no pudieran rechazar.

Llamaron a la puerta del estudio y apareció el mayordomo.

–Ya están aquí, señor.

«Justo a tiempo», pensó Giuseppe con una sonrisa. Sabía que podía confiar en sus nietos. Eran tan ambiciosos como él.

–Gracias, William. Diles que pasen.

El mayordomo asintió y abandonó la habitación. Pocos segundos más tarde entraron sus nietos. Primero Nicolas, encantador y afable, con una sonrisa que le había librado de tener problemas con la autoridad, pero que le había causado problemas con las mujeres. Después de Nick entró su primo Robert, serio, centrado y leal. Y en último lugar el mayor de sus nietos, el ambicioso Antonio Junior.

Giuseppe se levantó del sillón y sus articulaciones se resintieron con el movimiento.

–Gracias por venir, chicos –señaló el sofá–. Por favor, sentaos.

Sus nietos obedecieron sin dudar.

–Probablemente os preguntaréis por qué estáis aquí –continuó Giuseppe mientras volvía a sentarse.

–Me gustaría saber por qué teníamos que mantenerlo en secreto –respondió Nick con el ceño fruncido–. Y por qué está Marcus aquí. ¿Hay algún problema?

–¿Estás enfermo? –preguntó Tony.

–En plena forma –les aseguró Giuseppe. O en la plena forma que pudiera estar un hombre de noventa y dos años–. Hay un asunto de gran importancia que debemos discutir.

–¿Hay problemas con el negocio? –preguntó Rob.

–No se trata de negocios –les dijo–. Al menos directamente. Se trata del apellido Caroselli, que morirá a no ser que os caséis y tengáis hijos.

–*Nonno*, ya hemos hablado de esto –contestó Nick–. Yo, personalmente, no estoy preparado para sentar la cabeza. Y creo que hablo en nombre de todos cuando digo que otro discurso no va a cambiar eso.

–Lo sé. Por eso en esta ocasión he decidido ofreceros un incentivo. He depositado en un fondo la cantidad de treinta millones de dólares que se repartirán entre tres cuando los tres os hayáis casado y tengáis un hijo varón.

Los tres se quedaron con la boca abierta.

Nick fue el primero en recuperarse.

–¿De verdad vas a darnos diez millones a cada uno por casarnos y tener un hijo?

–Con condiciones –respondió Giuseppe.

–Si vas a intentar endosarnos matrimonios concertados con muchachas italianas, olvídalo –dijo Rob.

–Podéis casaros con quien os apetezca.

–Entonces, ¿dónde está la trampa? –preguntó Tony.

–Primero, no podéis contárselo a nadie. Ni a vuestros padres ni a vuestras hermanas. Ni siquiera a vuestra prometida. Si lo hacéis, renunciaréis a vuestro tercio del dinero y se dividirá entre los otros dos.

–¿Y? –preguntó Nick.

–Si yo muero antes de dos años y todavía ninguno de vosotros ha tenido un hijo, el dinero regresará a mi herencia.

–Así que el reloj está en marcha –murmuró Nick.

–Claro que podría vivir hasta los cien años. El médico dice que tengo una salud excelente. Pero, ¿estáis dispuestos a correr ese riesgo?

–¿Qué pasa con Jessica? –preguntó Nick–. Ella tiene cuatro hijos, pero sospecho que no le has dado ni un centavo.

–Quiero a tu hermana, Nick, y a todas mis nietas, pero sus hijos nunca llevarán el apellido Caroselli. Se lo debo a mis padres y a mis abuelos. Pero tampoco quiero ver sufrir a mis nietas, y por eso ha de ser un secreto.

–¿Piensas hacernos firmar un contrato? –preguntó Tony antes de volverse hacia Marcus.

–Eso le he sugerido yo –contestó Marcus–, pero vuestro abuelo se niega.

–Nadie firmará nada –dijo Giuseppe–. Tendréis que confiar en mi palabra.

–Claro que confiamos en tu palabra, *nonno* –dijo Nick–. Nunca nos has dado razón para no hacerlo.

–Yo pienso lo mismo de vosotros. Por eso confío en que mantengáis nuestro acuerdo en secreto.

Tony frunció el ceño.

–¿Y si te mueres? ¿La familia no lo descubrirá entonces?

–No sospecharán nada. El dinero ya está en el fondo, separado del resto de mi fortuna. Y solo Marcus, como abogado y albacea de

mi testamento, tendrá acceso a él. Se asegurará de que el dinero se distribuya convenientemente.

–¿Y si no estamos preparados para formar una familia? –preguntó Rob.

Giuseppe se encogió de hombros.

–Entonces perdéis diez millones de dólares y el dinero se lo quedarán los demás.

–¿Quieres una respuesta hoy? –preguntó Nick.

–No, pero al menos me gustaría que me dijerais que pensaréis en ello.

Los tres nietos se miraron entre sí y después asintieron.

–Claro que lo haremos, *nonno* –contestó Rob.

Giuseppe sintió un gran alivio. No era una garantía, pero tampoco habían rechazado la idea, lo cual ya era algo. Además, dada su naturaleza competitiva, estaba seguro de que, si uno de ellos aceptaba, los otros dos le seguirían.

Tras varios minutos hablando de negocios y de la familia, Nick, Rob y Tony se marcharon.

–¿Y bien? –preguntó Marcus cuando la puerta del estudio se cerró tras ellos–. ¿Cómo crees que reaccionarán cuando descubran que no hay treinta millones?

Giuseppe se encogió de hombros.

–Creo que se sentirán tan felices y tan agradecidos por mi intervención que el dinero no significará nada para ellos.

–Tienes ese dinero, Giuseppe. ¿Has pensado en la posibilidad de entregárselo realmente si cumplen tus condiciones?

–¿Y enajenar a mis otros nietos? ¿Qué tipo de hombre crees que soy?

Marcus negó exasperado con la cabeza.

–¿Y si te equivocas? ¿Si realmente desean el dinero? ¿Si se enfadan porque los has mentido?

–No se enfadarán –además, era un riesgo que estaba dispuesto a correr con tal de salvar el apellido Caroselli.

Capítulo Uno

Otra vez tarde.

Con una mezcla de enfado y sorpresa, Terri Phillips vio como su mejor amigo, Nick Caroselli, atravesaba el restaurante en dirección a su mesa favorita junto a la barra, donde se reunían todos los jueves por la noche para cenar.

Con su pelo negro, sus ojos marrones, su tez bronceada y su cuerpo esbelto, las cabezas se giraban a su paso. Pero, típico de Nick, él no parecía darse cuenta. No era que fuese ajeno al efecto que producía en las mujeres, o que no usara su encanto para salirse con la suya cuando era necesario, pero con ella ya no funcionaba.

–Siento llegar tarde –dijo, con esa sonrisa torcida que ponía cuando intentaba no meterse en un lío. Tenía nieve en el pelo y las mejillas sonrosadas por el frío, lo que indicaba que había recorrido a pie las dos manzanas desde las oficinas centrales de Chocolate Caroselli–. Hoy he tenido mucho trabajo.

–Solo llevo aquí unos minutos –respondió ella, aunque probablemente fuesen más de veinte. El tiempo suficiente para haberse bebido dos copas del champán con el que debían estar brindando.

Nick se inclinó para darle un beso en la mejilla, y su barba incipiente le acarició la piel. Terri aspiró el olor de su jabón de sándalo, regalo que ella le había hecho por su cumpleaños, mezclado con el dulce aroma del chocolate que siempre se le pegaba cuando pasaba el día en la cocina de pruebas de la empresa.

–¿Sigue nevando? –preguntó ella.

–Prácticamente es una ventisca –contestó él mientras se quitaba el abrigo y metía en la manga la bufanda y los guantes de cuero; costumbre que había adquirido cuando eran niños, después de haber perdido innumerables manoplas y bufandas–. Puede que tengamos una blanca Navidad este año.

–Eso sería fantástico –al haber pasado los primeros nueve años de su vida en Nuevo México, Terri no había visto nevar hasta que se había mudado a Chicago, y todavía le encantaba.

–He pedido lo de siempre –le dijo mientras él se sentaba.

–¿Celebramos algo? –preguntó Nick al ver la botella de champán.

–Podría decirse que sí.

–¿De qué se trata?

–Primero, te encantará saber que he roto con Blake.

–Vaya. ¡Ese sí que es motivo de celebración!

A Nick nunca le había caído bien su último novio; el último de una larga y deprimente lista de relaciones fallidas. No consideraba que Blake tuviera lo que hacía falta para que ella fuese feliz. Y resultaba que estaba en lo cierto. Aunque le hubiese llevado cuatro meses descubrirlo.

–¿Y qué te dijo cuando le dejaste? –preguntó él tras dar un sorbo a su copa de champán.

–Que nunca encontraré a alguien como él.

Nick se rio.

–Bueno, sí, de eso se trata, ¿no? Era tan interesante como un clip, pero con la mitad de personalidad.

–Es un buen tipo, pero no es para mí –le dijo ella.

En ese momento apareció la camarera con la cena. Una pizza con doble de *pepperoni* y pan de queso. Cuando se marchó, Nick le dijo:

–Ya sabes que está por ahí el hombre adecuado para ti. Ya lo encontrarás.

Terri solía pensar eso también, pero tenía casi treinta años y ningún novio potencial a la vista. Según su plan de vida, ya debía estar casada y con dos hijos, razón por la que había decidido tomar cartas en el asunto.

–Hay otra cosa más que tenemos que celebrar –le dijo a Nick–. Voy a tener un bebé.

Él dio un respingo en su asiento y dejó la copa en la mesa con tanta fuerza que le sorprendió que no se rompiera.

–¿Qué? ¿Cuándo? ¿Es de Blake?

–¡Dios, no!

–Sea quien sea, espero que se quede a tu lado.

–No hay nadie –le informó mientras servía un trozo de pizza en cada plato–. De hecho, no estoy embarazada todavía.

Nick frunció el ceño.

–Entonces, ¿por qué has dicho que vas a tener un bebé?

–Porque lo tendré, con suerte, a lo largo del año que viene. Voy a ser madre soltera.

Él se recostó en su asiento y la miró asombrado.

–¿Cómo? Quiero decir, ¿quién va a ser el padre?

–Voy a recurrir a un donante.

–¿Un donante? ¿No hablarás en serio?

Terri intentó ignorar la decepción que sentía. Había albergado la esperanza de que Nick lo comprendería, de que se alegraría por ella. Obviamente no era así.

–Hablo muy en serio. Estoy preparada. Soy solvente económicamente y, dado que trabajo desde casa, no tendré que llevar al bebé a la guardería. Es el momento perfecto.

–¿No sería mejor que estuvieras casada?

–Estoy cansada de buscar al hombre perfecto. Siempre dije que quería tener mi primer bebé a los treinta, y ya casi los he cumplido. Y siempre he querido tener una familia. Desde que murió mi tía, no tengo a nadie.

–Me tienes a mí –respondió él con determinación.

Sí, le tenía a él, por no mencionar a su familia, pero no era lo mismo. A la hora de la verdad, ella seguía siendo una forastera.

–Esto no significa que ya no vayamos a ser amigos –le aseguró–. De hecho, es probable que te necesite más que nunca. Serás la única familia del bebé además de mí. Su tío Nicky.

Pero aquel cumplido no borró la disconformidad de su cara. Apartó el plato como si hubiese perdido el apetito y dijo:

–Te mereces algo mejor que un donante de semen.

–No puede decirse que tenga mucha suerte con los hombres.

–Pero, ¿qué pasa con el bebé? –preguntó Nick–. ¿No se merece tener un padre y una madre?

–Como bien sabes, tener un padre y una madre no garantiza que tengas una infancia feliz.

Su ceño fruncido demostró que sabía que tenía razón. Aunque no le gustara admitirlo, su infancia le había dejado unas cicatrices profundas e imborrables.

–Esperaba que lo comprendieras –le dijo y le entraron ganas de llorar. Y ella rara vez lloraba. Al menos delante de otras personas.

–Lo comprendo –dijo Nick, y estiró el brazo por encima de la mesa para darle la mano–. Solo quiero que seas feliz.

–Esto me hará feliz.

–Entonces yo también soy feliz.

Terri esperaba que hablase en serio, que no estuviese diciéndole sin más lo que sabía que quería escuchar. Pero, mientras cenaban y charlaban, Nick parecía distraído, y entonces comenzó a preguntarse si habría sido buena idea contarle lo del bebé, aunque no podía entender por qué aquello debería importarle.

Tras terminar de cenar, se pusieron los abrigos y caminaron hacia la puerta.

–¿Has venido en coche o en autobús? –le preguntó Nick antes de salir.

–En autobús –respondió.

–Regresa conmigo a la oficina y te llevaré a casa.

–De acuerdo.

Había dejado de nevar, pero se había levantado un viento frío y la acera estaba resbaladiza, lo cual hizo que el trayecto fuese complicado. Así fue como se dio cuenta de que Nick estaba especialmente callado y con el ceño fruncido.

Cuando llegaron a las oficinas de Chocolate Caroselli, el edificio estaba cerrado, de modo que Nick utilizó su tarjeta para entrar. La tienda de chocolatinas ocupaba la práctica totalidad de la planta baja, el vestíbulo olía a chocolate.

Nick se palpó los bolsillos y maldijo en voz baja.

–Me he dejado las llaves del coche en el despacho.

–¿Quieres que te espere aquí abajo?

–No. Puedes subir –respondió. Y entonces sonrió–. A no ser que seas una espía industrial que intenta robar la receta secreta de Caroselli.

–Claro, porque los dos sabemos lo buena cocinera que soy.

Pasaron frente al mostrador de información y Nick usó su tarjeta para activar el ascensor. Solo personal autorizado y las visitas consentidas podían acceder más allá de la planta baja. Y nadie, salvo la familia Caroselli y los empleados con autorización especial, podía entrar en la cocina de pruebas.

Terri no pudo más que sonreír cuando él abrió la puerta del despacho y encendió la luz. Sobre el escritorio había pilas de papeles que no dejaban espacio para trabajar.

Nick abrió el cajón del escritorio, sacó las llaves del coche y se

quedó allí de pie. Era evidente que algo le preocupaba, y Terri quería saber qué era.

–¿Qué sucede, Nick? Te conozco lo suficiente como para saber cuando te pasa algo.

–He estado pensando. Hay algo de lo que debemos hablar.

–De acuerdo –respondió ella, y el corazón se le encogió ligeramente al ver que no la miraba. Además, debía de prever una conversación larga, porque se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de la silla. Ella hizo lo mismo y después apartó una pila de papeles para poder sentarse junto a él en el borde de la mesa.

Nick se quedó callado unos segundos, como si estuviera dándole vueltas a algo. Después la miró y dijo:

–¿De verdad deseas hacerlo? Tener un bebé, quiero decir.

–De verdad lo deseo.

–¿Y si yo tuviera una manera mejor?

–¿Una manera mejor?

–Para los dos.

–No sé lo que quieres decir.

–Conozco al hombre que sería un padre perfecto para tu bebé. Alguien que estaría cerca. Alguien dispuesto a aceptar la responsabilidad económica durante el resto de la vida del bebé.

Fuera quien fuera aquel supuesto hombre perfecto, parecía demasiado bueno para ser real.

–¿De verdad? ¿Quién?

–Yo.

Terri se quedó sin habla durante unos instantes. ¿Nick deseaba tener un bebé con ella?

–¿Por qué? Siempre te has mostrado firme en tu decisión de no querer tener hijos.

–Confía en mí si te digo que será un trato beneficioso para ambos.

–¿Beneficioso por qué?

–Has de prometerme que no le dirás a nadie lo que voy a contarte. Jamás.

–De acuerdo.

–La semana pasada mi abuelo nos convocó a Rob, a Tony y a mí en su casa para una reunión secreta. Nos ofreció diez millones de dólares a cada uno si le damos un heredero que continúe con el

apellido Caroselli.

–Dios santo.

–Esa fue también mi primera reacción. No estaba seguro de querer aceptar su oferta. No estoy preparado para sentar la cabeza, pero entonces me has mencionado tu plan… –se encogió de hombros–. ¿Podría ser más perfecto? Tú tendrías tu bebé y yo el dinero. Claro que, tendríamos que casarnos –añadió él.

–¿Casarnos? ¿No me has dicho un millón de veces que nunca te casarás?

–Ya sabes lo tradicional que es mi abuelo. No tengo elección. Pero, en cuanto tenga el dinero en mi poder, podremos divorciarnos. Si firmamos un acuerdo prenupcial, eliminaremos cualquier complicación. Aunque no espero que las haya.

–Suena demasiado fácil.

–Bueno, tendremos que hacer que parezca convincente.

¿Por qué tenía la sensación de que aquello no iba a gustarle?

–¿Qué quieres decir exactamente con «convincente»?

–Tendrás que mudarte a mi casa.

Un matrimonio falso era una cosa, pero ¿vivir juntos?

–No creo que sea buena idea.

–Tengo mucho espacio. Puedes quedarte con el dormitorio de invitados y utilizar el estudio como despacho.

El espacio no era un problema. Ya habían intentado compartir piso después de la universidad, en un apartamento más que espacioso para dos personas. Entre las chicas que entraban y salían del apartamento a cualquier hora y el hecho de que Nick no recogía y dejaba sus platos sucios, a los dos meses ella había llegado al límite de su paciencia.

–Nick, sabes que te quiero y que valoro nuestra amistad por encima de cualquier cosa, pero ya lo hemos intentado antes. No funcionó.

–Eso fue hace casi ocho años. Seguro que ambos hemos madurado desde entonces.

–¿Has dejado de ser un guarro? Porque no soporto la idea de pasarme los próximos nueve meses limpiando lo que tú ensucias.

–No tendrás que hacerlo. Vienen a limpiar tres veces por semana. Y, para que lo sepas, no tengo especial interés en que estés constantemente dándome la lata.

–Yo no hago eso –respondió ella, y Nick se quedó mirándola con incredulidad–. Bueno, quizá un poco, pero es por pura frustración.

–Entonces ambos tendremos que hacer un esfuerzo por ser más flexibles. Yo prometo controlar el desorden si tú prometes no agobiarme.

Sería más fácil decirlo que hacerlo.

–Piensa en lo afortunado que sería el niño –dijo Nick–. Casi todos los padres divorciados se odian. Los míos no han tenido una conversación civilizada en años. Los suyos serán buenos amigos.

En eso tenía razón.

–¿Significa eso que serás parte de la vida del bebé?

–Por supuesto. Y tendrá muchos primos, y tías y tíos.

Un padre a media jornada sería mejor que no tener padre. Y al menos no tendría que preocuparse económicamente. Sabía que Nick cuidaría del bebé. Tampoco era que a ella le faltase dinero. Si tenía cuidado, el fondo que había heredado de su tía, combinado con su negocio de diseño de páginas web, le permitiría vivir desahogadamente durante mucho tiempo. Pero Nick se aseguraría de que el bebé fuese a las mejores escuelas, cosas que ella no podría permitirse. Además, su hijo formaría parte de una gran familia que se quería, que era más de lo que ella podía decir de su infancia. Además, quizá algún día llegara a trabajar en el negocio de la familia Caroselli.

–E imagina que te pasara algo, Dios no lo quiera –continuó él–. ¿Dónde iría a parar el bebé si su padre fuese un donante?

Habiendo perdido a sus padres, obviamente aquello era una preocupación para ella.

–Si yo fuera el padre, siempre tendría una familia.

Por muy descabellada que sonara la idea, tenía sentido.

–Creo que podría funcionar –admitió Terri.

–Entonces, ¿significa eso que todavía lo estás pensando o que ya has aceptado?

Tal vez en pensarlo demasiado fuese mala idea. Ambos conseguirían lo que deseaban. Más o menos.

–Solo tengo una pregunta más –le dijo a Nick–. ¿Qué hay de las mujeres?

–¿Qué pasa con ellas?

–¿Habrá una chica diferente cada noche? ¿Tendré que oír los

gemidos y el cabecero de la cama golpeando la pared? ¿La veré por la mañana andando de puntillas en ropa interior con una de tus camisas?

–Claro que no. Mientras estemos casados, no saldría con nadie más.

–Nick, estamos hablando al menos de nueve meses. ¿Puedes pasar tanto tiempo sin tener una cita?

–¿Realmente te refieres a citas, o es una manera de decir sexo?

–Ambas cosas.

–¿Puedes tú?

Podía. La verdadera pregunta era, ¿quería hacerlo? Pero tener un bebé merecía la pena.

–Quizá no tengamos que hacerlo –dijo Nick.

–¿Estás sugiriendo que nos pongamos los cuernos? –aunque no fuese un matrimonio de verdad, eso podría ser un obstáculo. Aunque estaba segura de que a Nick no le costaría encontrar mujeres dispuestas, sabía que, con su tripa y sus tobillos hinchados, a ella no le lloverían los hombres.

–Doy por hecho que piensas recurrir a la inseminación artificial –añadió él.

–Eso, o in vitro, lo cual es mucho más fiable, pero también más caro. En cualquier caso, podría tardar meses.

–O podríamos no pagar nada en absoluto –sugirió Nick–. ¿No tienes idea de lo que te estoy hablando? –añadió con una carcajada al ver su cara.

–Creo que no.

–Piénsalo –arqueó las cejas y le dirigió una sonrisa sugerente.

–¿Por qué pagar a un médico cuando podríamos hacerlo gratis de la manera tradicional?

Terri se quedó mirándolo con la boca abierta y los ojos desencajados. Le llevó unos segundos recuperar la voz y, cuando lo hizo, sonaba mucho más aguda de lo habitual.

–Eso era una broma, ¿verdad?

–Nunca he hablado tan en serio.

Había pensado mucho en la oferta de su abuelo y había llegado a la conclusión de que no estaba preparado para sentar la cabeza.

No era tanto la idea de ser padre la que se lo impedía, ya que le encantaban los niños, sino el matrimonio en sí. Sus padres habían vivido un auténtico infierno y les habían arrastrado a sus dos hermanas y a él. Ahora su hermana Jessica tenía problemas en su matrimonio también, de modo que, para él, la idea de la felicidad marital no era más que un cuento de hadas. Y no merecía la pena el dolor del inevitable divorcio. Ni siquiera a cambio de diez millones de dólares.

No se le había ocurrido pensar que el matrimonio entero podría ser una farsa, por no decir beneficioso para ambos. Y nadie en su familia cuestionaría la posibilidad de que, tras veinte años de amistad, su relación con Terri hubiera podido pasar al siguiente nivel. A las mujeres de su familia les encantaba ese tipo de basura romántica.

Terri se metió un mechón detrás de las orejas. Solo le había visto hacer eso cuando estaba nerviosa o incómoda, cosa que no sucedía muy a menudo. Era una de las personas más centradas y seguras de sí mismas que había conocido.

–Cuanto antes nazca el bebé, mejor –le dijo–. ¿Para qué vamos a dejarnos dinero y tiempo en procedimientos que podrían tardar meses en funcionar?

–¿No te preocupa que eso enrarezca las cosas entre nosotros? –preguntó ella.

–Tal vez un poco –admitió él–. Pero ¿nunca has sentido curiosidad?

–¿Curiosidad?

Nick le dio un suave codazo en el brazo.

–¿Nunca te has preguntado cómo sería si tú y yo…?

No era fácil avergonzarla, pero en esa ocasión se le sonrojaron visiblemente las mejillas. Aquello era un sí evidente, incluso aunque ella no quisiera admitirlo. Y él no podía decir que no lo hubiese pensado alguna vez. Terri era divertida, lista y guapa. ¿Quién podía culparle?

–Nunca te he contado esto –le dijo–, pero hubo una época en la que me gustabas mucho.

Ella lo miró y parpadeó.

–¿De verdad?

–Sí.

–¿Cuándo?

–En nuestro penúltimo año de instituto.

Terri le miró con auténtica sorpresa.

–No… No tenía ni idea.

Porque nunca había dicho una palabra al respecto. Hasta entonces, él nunca la había visto de manera sexual. Y parecía que los demás chicos tampoco. Se había desarrollado tarde, era alta, desgarbada y nada femenina. Pero, al finalizar el segundo curso, se había marchado con su tía a pasar el verano a Europa y había sucedido algo intrigante. Se marchó de Chicago siendo una niña y regresó siendo una mujer.

Los chicos del instituto empezaron a prestarle atención, a hablar de ella en el vestuario, y él no podía negar que Terri se había convertido en el centro de alguna de sus fantasías de adolescente. Aunque tampoco había hecho nada al respecto. Al fin y al cabo eran solo amigos, pero eso no le impedía sentir celos cuando la veía con otros chicos u oía rumores sobre las cosas que había hecho con ellos. Deseaba que regresara la antigua Terri. Pero lo había superado, claro. ¿Qué otra opción tenía?

–¿Por qué no me lo dijiste? –le preguntó ella.

–¿Además de porque pensaba que te habría asustado? –se encogió de hombros–. No era más que un cuelgue. Me pesaba mucho. Y nuestra amistad era demasiado importante como para echarla a perder por las hormonas descontroladas de un adolescente.

–Pero, ¿ahora sí estarías dispuesto a echarla a perder?

–Quizá si nos acostáramos juntos por el placer de hacerlo, pero esto es diferente. Tenemos una razón legítima para acostarnos.

Dada su experiencia, el amor romántico y la amistad ocupaban extremos opuestos en el campo de juego, y él nunca permitiría que el uno interfiriera con la otra. Razón por la cual estaba seguro de que, si abordaban la situación de manera lógica, funcionaría. Y ambos conseguirían lo que deseaban.

–Es el medio para conseguir un fin –dijo él–. No significaría nada.

–Eso es justo lo que cualquier chica desea oír cuando está pensando en acostarse con un hombre.

–Captas lo que quiero decir. Y sí, podría cambiar nuestra

relación, pero no necesariamente a peor. Podría incluso hacer que estuviéramos más unidos.

No parecía convencida. Tal vez se opusiera a la idea por otra razón completamente diferente.

–¿Tienes objeciones morales? –le preguntó–. ¿O es solo que la idea de acostarte conmigo te resulta asquerosa?

–No eres asqueroso. Y, aunque me avergüence admitirlo, tú a mí también me gustaste en una época.

Si eso era cierto, lo había ocultado a la perfección.

–¿Cuándo?

–Comenzó el día en el que llegué al colegio Thomas en cuarto curso.

Nick recordaba bien aquel día, cuando la había visto entrar en su clase enfadada y a regañadientes. A todos en aquel colegio privado les había quedado claro que era una forastera. Y que les traería problemas. Hecho que había quedado demostrado aquel mismo día cuando apareció tras él en el patio y le tiró del columpio. Él había querido empujarla también, pero su madre le había enseñado a respetar a las niñas.

Había tolerado durante días patadas en la espinilla, pellizcos en el brazo, golpes en la fila de la cafetería y las risas de sus amigos por no defenderse. Una semana más tarde, Terri le puso la zancadilla cuando iba de camino a su mesa en la cafetería, lo que le hizo tirar la bandeja con la comida. Los demás estudiantes se carcajearon y algo se despertó en su interior. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, le dio un puñetazo en la boca.

La cafetería se quedó en silencio, todos aguardaban a ver qué sucedería después. Él se sintió avergonzado de inmediato por haber pegado a una niña débil e indefensa.

Nunca olvidaría que se había quedado allí mirándola, esperando a que brotaran las lágrimas mientras la sangre le resbalaba por la comisura del labio a la barbilla. Tampoco olvidaría que ella apretó el puño y le devolvió el golpe. A él le sorprendió tanto que se quedó allí de pie. Pero Terri no había terminado. Se lanzó hacia él y le tiró al suelo, y no hubo nada de femenino en ello. Nada de mordiscos, ni arañazos, ni tirones de pelo. Luchaba como un chico, y sus puños eran armas mortales. A él no le quedó otro remedio que

contraatacar para defenderse.

Habían hecho falta tres profesores para separarlos y llevarlos al despacho del director, ambos magullados y llenos de sangre. Les asignaron un castigo de catorce días, aunque aquello no fue nada comparado con la reprimenda que había tenido que soportar por parte de su padre y la decepción de su madre.

Pasó las siguientes dos semanas encerrado en un aula a solas con Terri y, a medida que se les iban quitando los hematomas y se les curaban los labios partidos, algo raro ocurrió. A día de hoy no sabía si era admiración mutua o dos almas perdidas que encontraban consuelo la una en la otra, pero terminaron el castigo siendo amigos. Y así habían seguido.

–¿Así que me atormentabas porque yo te gustaba? –preguntó Nick.

–No era algo consciente. Hasta que no lo pensé años más tarde no me di cuenta de por qué era tan mala contigo. Pero, cuando nos hicimos amigos, ya no pensé en ti de manera romántica.

–¿Nunca?

–¿Por qué iba a hacerlo? –preguntó ella, aunque se le sonrojaron las mejillas. Se apartó del escritorio y se acercó a la ventana.

–¿Nunca pensaste en lo que sería que te besara?

–Me besas constantemente –contestó ella de espaldas.

–Pero no son besos de verdad –ahora que se le había metido la idea en la cabeza, no podía quitársela de encima. Deseaba besarla.

Se apartó del escritorio también, se acercó a la ventana y se quedó detrás de ella. Le puso las manos en los hombros y ella dio un respingo.

–Nick…

Nick le dio la vuelta para que le mirase. Era tan alta que casi estaban nariz con nariz.

–Vamos, ¿no sientes algo de curiosidad?

–Es que… sería raro.

Nick apoyó una mano en el marco de la ventana junto a su cabeza, de modo que Terri quedó atrapada entre su brazo y la pared.

–¿Cómo lo sabes si no lo pruebas?

Estiró la mano y le deslizó un dedo por la mejilla, que no solo estaba roja, sino también caliente.

–Nick –murmuró ella con un susurro apenas audible. Era una faceta de ella que no solía ver. Una Terri suave y vulnerable, y le gustaba. Se le ocurrió entonces que lo que sentía no era solo curiosidad. Estaba excitado.

–Un beso –le dijo mientras se acercaba a su boca–. Y, si tan horrible resulta, no volveremos a hacerlo nunca.

A Terri se le había acelerado el pulso y, cuando le colocó una mano suavemente sobre el cuello de la chaqueta, él pudo sentir los temblores. ¿Tendría miedo, o estaría tan excitada como él? ¿Tal vez un poco de las dos cosas?

Nick se inclinó lentamente. Cuando sus labios estaban a menos de un centímetro de los de ella, tan cerca que podía sentir su aliento, se oyó un fuerte ruido en el pasillo que les hizo dar un respingo y separarse.

Nick se acercó a la puerta, se asomó y vio a una de las empleadas de la limpieza empujando el carrito por el pasillo hacia la sala de reuniones.

Se dio la vuelta con la esperanza de poder seguir donde lo habían dejado, pero vio que Terri estaba poniéndose el abrigo.

–¿Qué estás haciendo?

–Tengo que irme a casa.

–Terri.

–Esto ha sido un error, Nick. Creo que será mejor que recurramos a un médico, como había planeado inicialmente.

–Si eso es lo que realmente deseas –dijo él.

–Yo correré con los gastos.

–Insisto en pagar al menos la mitad.

Nick agarró su abrigo y se lo puso también.

–Te llevaré a casa.

Terri no dijo una sola palabra mientras bajaban en el ascensor hasta el aparcamiento, pero era evidente que estaba dándole vueltas a la cabeza. Por mucho que deseara saber lo que estaba pensando, sabía que no debía preguntárselo.

Nick aparcó frente al edificio de apartamentos y se giró hacia ella, pero Terri estaba allí sentada sin más, mirando al frente.

–¿Va todo bien? –le preguntó.

Ella asintió, pero no se movió.

–¿Estás segura? Puedes contármelo.

–Lo sé. Es solo que… –se encogió de hombros.

–Bueno, ya sabes dónde estoy si me necesitas –le dijo él.

Se inclinó para darle un beso en la mejilla, como siempre hacía, pero ella abrió la puerta del coche y salió antes de darle la oportunidad.

Mientras la veía entrar en el edificio sin mirar atrás, Nick no pudo evitar pensar que, en su intento por evitar que las cosas entre ellos cambiaran, ya habían cambiado.

Capítulo Dos

Aunque había albergado la esperanza de que las horas de sueño le harían ver las cosas con más claridad, Terri se pasó la noche dando vueltas en la cama y se levantó tan confusa como cuando Nick la había dejado en casa.

No quería que su relación cambiara pero la noche anterior, mientras la llevaba a casa, se había dado cuenta de que ya había cambiado, y era demasiado tarde para dar marcha atrás. Habían abierto una puerta que no podrían cerrar hasta no atravesarla. Por desgracia, no sabía lo que le esperaba al otro lado.

Tras una improductiva jornada de trabajo preguntándose qué hacer, se dio cuenta de que ya había tomado una decisión la noche anterior, pero le había dado demasiado miedo admitirlo. Y eso fue lo que le llevó al apartamento de Nick aquella noche.

Nick abrió la puerta vestido con unos vaqueros, una camiseta y un delantal atado a la cintura con manchas de chocolate. El aroma de algo dulce y delicioso llegó hasta el pasillo.

–Hola –dijo él. No parecía sorprendido de verla.

–¿Podemos hablar?

–Por supuesto –se echó a un lado para dejarle entrar y ella contempló el apartamento que sería su hogar durante los próximos nueves meses. Estaba pintado en tonos muy masculinos, pero aun así resultaba cálido y acogedor–. Ven a la cocina. Estoy probando una nueva receta de tarta.

Era un genio culinario y pasaba gran parte de su tiempo libre cocinando y horneando. Siguió a Nick hasta la cocina.

–Sea lo que sea, huele muy bien –le dijo mientras se sentaba en uno de los taburetes de la isla.

–Es un pastel de tres chocolates –respondió él–. Jess quiere que prepare algo especial para el cumpleaños de Angie el próximo sábado.

–Cumplirá once, ¿verdad?

–Doce.

–¿En serio? Vaya. Recuerdo cuando nació, lo emocionado que estabas con la idea de ser tío. No me parece que hayan pasado doce

años.

–Pasan deprisa –murmuró él mientras vigilaba el contenido de uno de los tres hornos. Después se quitó el delantal y lo colgó en el asa de la puerta del horno, donde probablemente se quedaría hasta que alguien lo guardara en el escobero, que era su lugar. Se apoyó en la encimera de granito y se cruzó de brazos–. Bueno, ya basta de charla insustancial, ¿qué sucede?

–Primero, quiero disculparme por mi manera de actuar anoche. Simplemente me… sorprendiste.

–No pasa nada. Te sentías un poco abrumada. Lo entiendo.

–Pero he estado pensándolo. De hecho, es lo único en lo que puedo pensar, y tengo una pregunta más.

–Dispara.

–Si lo hacemos, si concebimos un bebé a la manera tradicional, ¿puedes prometerme que después las cosas volverán a ser como antes? ¿Que nada cambiará?

–No, no puedo prometerte eso. Lo único que puedo prometerte es que siempre estaré a tu lado. Siempre seremos amigos. Recurramos a un médico o lo hagamos de la manera convencional, vamos a tener un hijo juntos. Eso de por sí cambiará las cosas.

Tenía razón, claro. Había estado tan concentrada pensando en cómo afectaría a su relación acostarse con él que no se había dado cuenta de lo que significaría tener un hijo en común. Ahora se daba cuenta de que todo cambiaría. La cuestión era si sería un cambio positivo.

–Supongo que no lo había pensado bien –le dijo a Nick–. Qué sorpresa, ¿no?

–¿Y ahora que ya lo has pensado?

–Sigo confusa.

–Entonces no vamos a hacerlo. Puedes seguir con tu idea inicial de un donante.

–¿Y qué harás tú? –la idea de que Nick se casara con otra por conveniencia y tuviera un bebé con ella le provocaba un nudo en el estómago.

–No haré nada –respondió él.

–¿Qué quieres decir?

–Admito que me hacía ilusión la idea de tener un bebé, pero solo porque lo tendría contigo.

–Pero, ¿qué pasa con el dinero?

–Terri, nuestra amistad significa mucho más para mí que cualquier cantidad de dinero.

Terri estaba muy asombrada como para hablar.

Nick se carcajeó.

–¿Por qué estás tan sorprendida?

–Creo que es la cosa más amable que me han dicho nunca.

–No lo he dicho para ser amable. Lo he dicho porque es verdad.

Y Terri se sintió culpable por no haber confiado en él, por no haberse dado cuenta de lo mucho que significaba para Nick su amistad.

–Hagámoslo –dijo–. Vamos a tener un bebé.

–Tal vez debieras tomarte un poco más de tiempo para pensarlo.

–No necesito más tiempo.

–¿Estás segura?

–Deseo hacerlo.

–La boda, el bebé, mudarte conmigo. ¿Todo?

–Todo.

–Supongo que la única pregunta que queda es: ¿cuándo podemos empezar?

–Bueno, se supone que tengo que ovular en dos semanas, día arriba, día abajo. Preferiría no tener que esperar otro mes más. Cuanto antes me quede embarazada, mejor.

–¿Podemos planear una boda en catorce días?

–Depende del tipo de boda que quieras.

–Me daría por satisfecho con hacerlo ante un juez y con dos testigos.

–A mí me parece bien –dijo ella. No se había pasado la adolescencia soñando con su boda. ¿Y por qué gastarse mucho dinero en algo que acabaría en divorcio?

–Solo hay un problema con eso –dijo él.

–A tu familia le daría un ataque –si algo les gustaba a los Caroselli, era una fiesta.

–Exacto –confirmó Nick.

–Entonces, ¿cómo de grande quieres que sea?

–Solo familia cercana, tal vez algunas personas del trabajo.

–Dos semanas sería el sábado anterior a Acción de Gracias. Estoy segura de que casi todos los sitios estarán reservados.

–¿Qué te parece en casa de mi abuelo? Es lo suficientemente grande. Podríamos celebrar la ceremonia en el salón, frente a la chimenea.

–¿No le importaría?

–¿Me tomas el pelo? Estará encantado. El objetivo de todo esto es casarnos a los tres para que tengamos bebés cuanto antes.

–Llámale y asegúrate de que es posible. Con tan poca antelación, creo que debería ser lo más sencilla posible. Bebidas y canapés serían la mejor opción.

–Haz una lista de lo que crees que necesitaremos. Después, recuerda que se trata de mi familia, así que piensa en lo que quieres pedir y duplícalo. Y deberíamos llamar al catering que contratamos para los eventos empresariales. La comida está muy buena.

–Envíame el número por correo electrónico y les llamaré –había mucho que hacer y muy poco tiempo, pero estaba segura de que podrían hacerlo. Sabía que, en cuanto la madre y las hermanas de Nick se enterasen de la noticia, estarían encantadas de ayudar.

–Comprenderás que mi familia tiene que creer que se trata de un matrimonio de verdad, así que tenemos que aparentar estar locamente enamorados.

–Lo sé.

–Eso significa que tendremos que sentirnos cómodos besándonos y tocándonos.

La idea de besar y tocar a Nick, sobre todo delante de su familia, le provocó un vuelco en el corazón.

–¿Puedes hacerlo?

–Puedo hacerlo –le aseguró ella.

–¿Estás segura? Anoche, cuando te toqué, diste un respingo.

–Estaba nerviosa. Y confusa.

–¿Y ahora no lo estás?

–Estoy intentando mirarlo de otra forma. Como si fuéramos dos personas que llevan a cabo un experimento científico.

Nick se rio.

–Suena divertido.

–A mí no me parece divertido –dijo ella.

–¿No crees que el sexo debería ser divertido?

–No todo el sexo. Pensaba que, como somos amigos, lo haríamos mecánicamente.

–No hay razón para no disfrutarlo –dijo Nick.

–¿Y si no somos compatibles?

–Que yo sepa, ambos tenemos las partes correctas –contestó él con una sonrisa–. A no ser que haya algo que no me has contado.

–No me refiero a biológicamente compatibles. ¿Y si empezamos y no… ya sabes, no nos excitamos?

–¿Quieres decir que no me encuentras atractivo?

–No, pero, en veinte años, nunca te he mirado y he sentido la necesidad de saltar sobre ti. No pienso en ti de ese modo.

–Ven aquí –dijo él.

–¿Por qué?

–Voy a besarte.

–¿Ahora?

–¿Por qué no? Antes de tomarnos la molestia de casarnos, ¿no deberíamos asegurarnos? Además, ¿y si esperamos al día de la boda y todo sale mal? Imagina que nos damos con la nariz, o que giramos la cabeza hacia el mismo lado. ¿Y qué me dices de la luna de miel? ¿Vamos a meternos en la cama sin ni siquiera habernos tocado? ¿No tiene más sentido ir poco a poco?

–Supongo que tiene sentido.

–Entonces, ¿a qué estás esperando? Dame un beso.

Terri no tenía razón para estar nerviosa o asustada, o lo que fuera que estuviera. Pero, a medida que se acercaba a él, el corazón se le iba acelerando.

–¿Preparada? –preguntó Nick, y ella asintió.

Él agachó la cabeza, pero, antes de que sus labios se encontraran, Terri soltó una risita nerviosa. Nick se apartó y la miró seriamente.

–Perdona, supongo que estoy un poco nerviosa –tomó aliento y lo dejó escapar lentamente–. Ya estoy bien. Te prometo que no volveré a reírme.

–Bien, porque estás lastimando mi ego. ¿Estás preparada?

–Preparada.

–¿De verdad?

–De verdad.

Nick se inclinó, ella levantó la cabeza y sus labios apenas se tocaron.

Pero no pudo evitarlo y volvió a reírse.

–Esto no funciona –dijo Nick.
–Lo siento mucho –le aseguró ella–. Estoy intentándolo.
–Cierra los ojos.
–¿Por qué?
–Tú ciérralos. Y mantenlos cerrados.
Aunque se sentía estúpida, hizo lo que le pedía y, durante lo que le pareció un minuto, Nick no hizo nada, así que empezó a impacientarse.
–Cuando quieras.
–Shh.
Pasaron otros treinta segundos y al fin notó que se acercaba, sintió la caricia de su aliento en la mejilla y después los labios en los suyos. En esa ocasión no se rio, y ya no estaba tan nerviosa. Sus labios eran suaves y su barba incipiente le rozaba la barbilla, pero de un modo sexy. Y, aunque no era precisamente apasionado, tampoco era un beso de amistad.
«Es agradable», pensó. Lo suficientemente agradable como para querer ver qué pasaba después y, cuando Nick empezó a apartarse, le agarró de la camisa y tiró de él.
Él emitió un sonido, mezcla de sorpresa y de placer, y debió de olvidarse de lo de ir poco a poco, porque el beso dejó de ser agradable y se convirtió en ardiente en cuestión de segundos.
Estaba besando a Nick, su mejor amigo. Eran los brazos de Nick los que le rodeaban, la mano de Nick la que le acariciaba la mejilla.
Cuando oyó gemir a Nick, cuando sintió que ella le hundía los dedos en el pelo, se dio cuenta de que le había rodeado los hombros con los brazos, de que tenía su cuerpo pegado a él, los pechos apretados contra su torso. Era excitante y le daba miedo. Pero, sobre todo, parecía lo correcto. Y lo único que podía pensar era que deseaba más.
Por segunda vez fue Nick quien se apartó, y ella tuvo que resistir la necesidad de apretar con los brazos alrededor de su cuello para volver a acercarlo. Pero, en vez de alejarse por completo, Nick le enganchó los dedos en la cinturilla de los vaqueros.
–Vaya –dijo mirándola a la cara, casi como si estuviera viéndola por primera vez–. Ha sido…
–Vaya –convino ella.
–¿Sigue preocupándote que no seamos compatibles?

–Creo que eso no va a ser un problema.

–¿Te sientes rara?

–¿Rara?

–Antes has dicho que tenías miedo de que las cosas entre nosotros se volvieran raras.

Lo único que sentía en aquel momento era excitación y ganas de volver a besarlo.

–Es difícil saberlo después de un solo beso.

–¿De verdad? –preguntó él–. Entonces supongo que tendremos que volver a hacerlo.

El segundo beso fue mejor aún que el primero y, en esa ocasión, cuando Nick se apartó y le preguntó: «¿Te sientes rara?», en vez de responder, ella tiró de él para un tercer beso. Y estaba tan asombrada porque fuese Nick quien estaba besándola y tocándola que no se paró a pensar en dónde estaba tocándola. Al menos hasta que le deslizó la mano por la espalda hasta el bolsillo trasero de los vaqueros. Entonces todo se detuvo.

Terri se apartó y lo miró.

–Tienes la mano en mi culo.

–Lo sé. La he puesto yo ahí. ¿Voy demasiado deprisa?

–No. No vas demasiado deprisa. De ser así, ¿estaría pensando en que estaría mejor sin los vaqueros puestos?

Nick emitió un sonido gutural y la besó con pasión, pero, a pesar de haberle invitado a que le quitara los pantalones, mantuvo las manos alejadas de su ropa. Y, por mucho que ella le tocara, por mucho que se restregara y le alentara con gemidos de placer, él no parecía captar la indirecta de que estaba lista para proceder.

Cuando finalmente Nick deslizó la mano bajo su camisa, ella tuvo ganas de golpear el aire con el puño y gritar ¡sí!, pero entonces él se quedó quieto.

Ella se apartó y dijo:

–Si sientes la necesidad de tocarme el pecho, o cualquier otra parte, no voy a impedírtelo. Podría hacerme la recatada, pero ¿qué sentido tiene? Ambos sabemos que esta noche vamos a acabar en la cama.

–¿Lo sabemos?

Se tomó unos segundos para pensarlo y, por alguna extraña razón, eso hizo que Terri lo deseara más. Era una locura pensar que el miércoles no habría si quiera considerado la idea de acostarse con él, pero dos días y unos besos más tarde estaba deseando quitarle la ropa.

–No se me ocurre nada –contestó él tras una breve pausa.

–Entonces, ¿por qué seguimos en la cocina?

Nick abrió la boca para responder, pero en ese momento oyeron que se abría la puerta del apartamento. Lo primero que ella pensó fue que se trataba de otra mujer. Alguien con quien estuviera saliendo y a quien le hubiese dado la llave. Entonces oyó la voz de la madre de Nick.

–¡Nick, estoy aquí!

Nick maldijo en voz baja.

–En la cocina –respondió antes de volverse hacia Terri para disculparse. Pero no encontró las palabras. Tenía el pelo revuelto, la ropa descolocada y la barbilla roja por el roce de su barba. A no ser que su madre se hubiese olvidado de ponerse las lentillas aquella mañana, resultaría evidente que habían estado besándose.

Terri le miró inmediatamente la entrepierna, pero no tenía por qué preocuparse. Se le había bajado la erección nada más oír a su madre.

–No puedo creer el tiempo que hace –dijo su madre mientras caminaba hacia la cocina–. Hace dos días teníamos ventisca… –apareció en la puerta de la cocina con su traje de yoga– y hoy parece que estemos en primavera –se detuvo en seco al ver a Terri junto a él. Después sonrió–. ¡Vaya, hola! No sabía que estuvieras…

No llegó a decir lo que fuese que tuviera pensado. En su lugar, se quedó mirándolos.

–Oh, Dios, parece que he interrumpido algo.

Nick sabía exactamente lo que su madre estaba pensando; que, durante todo el tiempo que se habían hecho pasar por amigos, Terri y él habían estado acostándose juntos. Amigos con derecho a roce. Aunque no le importara lo que pensara de él, no quería que pensara que Terri era así.

–No es lo que piensas –le dijo a su madre.

–Cariño, lo que hagas en la intimidad de tu hogar no es asunto mío.

–Pero no estamos… quiero decir que no hemos…

Su madre levantó una mano.

–No es necesario explicarlo –dijo, aunque en su rostro podía ver la decepción.

Nick se volvió hacia Terri y dijo:

–¿Se lo decimos ya?

–No sé, ¿tú qué piensas? –preguntó Terri.

–¿Decirme qué? –preguntó su madre.

–Bueno. Tarde o temprano se enterará –contestó Nick.

Terri sonrió. Estaba disfrutando con aquello tanto como él. No había mejor manera de volver loca a su madre que hacerle creer que alguien tenía un secreto y no se lo había contado.

–Supongo que llevas razón –dijo Terri–. Pero ¿estamos preparados para contar la noticia?

–¿Qué noticia? –aunque su madre quisiera aparentar indiferencia, era evidente que se moría de curiosidad.

–Porque sabes que, en cuanto se lo digamos, todos lo sabrán.

–¡Nicky! –exclamó su madre, aunque supiera que era verdad. No podría guardar un secreto ni aunque le fuera la vida en ello–. Sé de alguien que va a recibir carbón por Navidad este año.

–Terri y yo vamos a casarnos –explicó Nick.

–¿Casaros?

–Sí.

–¿De verdad?

–Sí, de verdad.

Su madre entornó los párpados.

–¿No lo dices solo porque os he pillado tonteando?

–Vamos a casarnos de verdad –le aseguró Nick riéndose.

Su madre gritó con tanta fuerza que probablemente la oyeron en el piso de abajo. Bordeó corriendo la isla y abrazó a Terri.

–¡Oh, cariño! Cuánto me alegro por ti. Siempre he tenido esa esperanza. Sabes que nunca habría interferido, pero sí que tenía la esperanza.

Curiosamente, su idea de no interferir era decirle, tras conocer a la chica con la que estuviese saliendo en cada momento, que era simpática, pero que no era Terri.

Su madre miró a Terri con lágrimas en los ojos, como si aquel fuese el momento más feliz de toda su vida. Después, se giró hacia él y las lágrimas se le secaron milagrosamente.

–Ya era hora –dijo–. ¿Habéis fijado la fecha? Y, por favor, no me digas que va a ser uno de esos noviazgos que duran eternamente solo para poder vivir juntos sin sentiros culpables. Sabes que tu abuelo no te dejaría en paz. A tu prima Chrissy le hizo pasar un auténtico infierno cuando se fue a vivir con David.

–Nos casamos en dos semanas.

–¿Acabas de decir dos semanas?

–Sí.

Su madre tomó aire y miró a Terri.

–¿Estás embarazada? –le preguntó.

–No –respondió Terri–. No estoy embarazada.

–Entonces, ¿a qué viene tanta prisa?

–Nos parece que no tiene sentido esperar –explicó Terri–. Yo siempre había planeado quedarme embarazada a los treinta, y casi los he cumplido.

–¿Tú quieres tener hijos, Nicky?

–Queremos intentar tener un bebé –le dijo Nick–. Y pensamos que sería mejor casarse primero. Ambos preferimos una boda sencilla, con una ceremonia breve y bonita. Solo familia cercana y amigos.

–Ya sabes que la familia de tu padre tendrá algo que decir al respecto.

–Grabaremos la boda y la colgaremos en YouTube –respondió Nick.

–Nicky, ¿dónde tienes el portátil? –le preguntó su madre.

–En el escritorio, ¿por qué?

–Con solo dos semanas, Terri y yo tenemos que empezar a planearlo todo de inmediato. Tenemos que elegir los colores, encontrar las flores. Y conozco un lugar donde podemos encargar la tarta. ¡Hay tanto por hacer!

–Pero, mamá…

Su madre le ignoró, agarró a Terri del brazo y prácticamente la arrastró hacia su despacho. Terri lo miró por encima del hombro y puso cara de resignación. Su noche de diversión prematrimonial se había ido al traste.

Por otra parte, dudaba que, después de esa noche, fuesen a sentirse incómodos besándose y tocándose, así que sería fácil convencer a su familia de que estaban locos el uno por el otro. Además, apostaría a que, hasta que pudiera estar con ella a solas para llevársela a la cama, no podría dejar de pensar en volver a tocarla.

Aunque Nick habría preferido anunciar él mismo su compromiso, su madre llamó a sus hermanas y sus hermanas llamaron a sus primas. Después de eso, la noticia corrió como la pólvora. De modo que no le extrañó cuando Tony y Rob le acorralaron el lunes siguiente cuando iba de camino a la cocina de pruebas.

–¿Es cierto? –preguntó Rob.

Tony les hizo entrar en una pequeña habitación que era poco más que un armario. Su primo encendió la luz y cerró la puerta tras ellos. Las estanterías metálicas estaban llenas de cajas con viejos documentos.

–Esto parece muy oportuno, ¿no crees?

Nick frunció el ceño y se hizo el tonto.

–¿Qué quieres decir?

–Sabes exactamente lo que quiero decir.

–Llevas años siendo amigo de Terri –intervino Rob–, ¿y eliges justo este momento para pedirle que se case contigo?

–¿Qué estás sugiriendo?

–Sabes muy bien lo que está sugiriendo –respondió Tony–, y no creo que el abuelo tuviera en mente un matrimonio de conveniencia.

–No recuerdo que dijera eso.

–Estaba implícito y lo sabes –dijo Rob–. Quiere que sentemos la cabeza y formemos una familia. Que haya muchos herederos que continúen con el apellido.

–Yo quiero a Terri –le aseguró a su primo. Era cierto. Simplemente no estaba enamorado de ella.

–¿Está embarazada? –preguntó Rob.

–No es asunto vuestro, pero no, no lo está. Todavía.

–Entonces, ¿por qué tanta prisa en casaros? –preguntó Tony.

–Repito que no es asunto vuestro, pero queremos formar una familia cuanto antes y deseamos casarnos primero.

Tony no parecía convencido.

–Sí, pero dos semanas es demasiado precipitado, ¿no te parece?

–Terri tiene casi treinta años y su reloj biológico está en marcha. Y ya sabéis por qué yo tengo prisa.

Tony bajó la voz aunque estuvieran solos.

–¿Sabe lo del dinero?

–¿Cuál es el problema? –preguntó Nick con una sonrisa–. ¿Os da envidia que yo vaya a conseguir primero mi parte del dinero?

–No te olvides de que ha de ser un heredero varón –le recordó Rob–. Podrías necesitar más de un intento. Podrías acabar con tres o cuatro hijos.

Claro, existía la posibilidad de tener una niña, y dependería de Terri el volver a intentarlo.

–Creo que hablo también por Rob cuando digo que siempre nos ha caído bien Terri. Y, si alguno de nosotros se entera de que te has casado con ella para que te dé un hijo y le haces daño, yo personalmente te patearé el culo.

–Sinceramente, Tony, pensaba que tú anunciarías algo similar en breve –respondió Nick–. Lucy y tú lleváis juntos mucho tiempo.

–Habría hecho un año en diciembre –contestó su primo.

–¿Habría hecho? –preguntó Rob.

–Hemos roto.

–¿Cuándo?

–La semana pasada.

–Tío –dijo Nick–. ¿Por qué no habías dicho nada?

–No creí que mereciese la pena mencionarlo –respondió Tony.

A Nick no le sorprendía mucho. Lucy nunca había sido una novia devota. En todo el tiempo que habían estado juntos, no había ido a más de dos o tres reuniones familiares, y Tony apenas hablaba de ella. Parecían llevar vidas muy independientes.

–¿Qué pasó?

–Sinceramente, no lo sé. Yo creí que todo iba bien, pero una noche me pasé por su casa después del trabajo y se había ido. Su compañera de piso me dijo que había vuelto a Florida.

–¿Sin decirte nada? –preguntó Rob.

–Si había algún problema, nunca me lo dijo –respondió Tony.

–Lo siento mucho –le dijo Nick.

–Ella se lo pierde.

En ese momento se abrió la puerta de la habitación y los tres dieron un respingo. En el umbral había una mujer a la que Nick no reconoció. Debía de tener cuarenta y tantos años, con el pelo oscuro y canoso y ojos azules. Era muy atractiva y le resultaba familiar.

–Lo siento, no sabía que hubiese alguien aquí –dijo mirándolos nerviosamente.

–No importa –respondió Tony–. Solo estábamos hablando.

–Puedo volver más tarde –les aseguró la mujer.

–No importa –insistió Nick–. Ya hemos terminado.

–Nick, creo que no conoces a Rose Goldwyn. Su madre, Phyllis, fue la secretaria del abuelo durante años, hasta que este se jubiló.

–Durante casi veinte años –explicó Rose.

Nick recordó la imagen de una mujer joven y atractiva sentada frente al despacho del abuelo. Por eso le resultaba familiar.

–Me acuerdo de tu madre –le dijo–. Te pareces a ella.

–Eso dicen –contestó ella con una sonrisa.

–¿Qué tal está?

–Por desgracia mi madre falleció en septiembre. De cáncer.

–Lo siento mucho. Recuerdo que siempre sonreía y nos daba caramelos a mis hermanas y a mí cuando íbamos a visitar al abuelo a su despacho.

–Siempre le gustó trabajar aquí. Estar aquí me hace sentir un poco más cerca de ella.

–Y nosotros estamos encantados de tenerte –dijo Tony.

–Esta mañana he oído que pronto te casarás –le dijo a Nick–. Enhorabuena.

–Gracias. Deberías venir.

–¿Yo?

–Claro. En Chocolate Caroselli nos gusta pensar en nuestros empleados como si fueran de la familia. Le diré a mi prometida que te ponga en la lista de invitados. Será dentro de una semana a partir del próximo sábado.

–Allí estaré –respondió Rose.

–Caballeros, ¿por qué no nos apartamos de su camino? –sugirió Tony señalando hacia la puerta.

–Un placer conocerte –le dijo Nick estrechándole la mano.

Volvieron a salir al pasillo y se dirigieron hacia la cocina.

–¿Cuándo la hemos contratado? –preguntó Nick cuando doblaron la esquina.

–Hace unas semanas. En realidad no necesitábamos a nadie pero, dado el historial familiar, le encontraron un hueco en contabilidad. Cuando vio el estado en el que estaba la sala de archivos, se ofreció a escanear los antiguos documentos y a digitalizarlos.

–Corrígeme si me equivoco –dijo Nick–. ¿No hay mucha información confidencial ahí dentro?

Tony se encogió de hombros.

–Casi todo son informes financieros y archivos de personal. Tal vez algo de material de marketing. Nada que sea ultrasecreto.

–¿No hay viejas recetas?

–No que yo sepa. ¿Por qué? ¿Crees que es una espía?

–No es malo ser cauteloso.

En ese momento le sonó su móvil, y el nombre de su madre apareció en la pantalla.

–Perdonad; tengo que contestar –les dijo a sus primos. Después, se dirigió a Tony–: Si necesitas hablar…

Tony asintió.

–Hola, mamá. ¿Qué pasa? –preguntó.

–¿Lirios blancos o rosas?

–¿Perdón?

–¿Qué prefieres? –preguntó su madre con impaciencia–. Estoy en la floristería con Terri y no nos decidimos entre los lirios y las rosas.

–Si os gustan, ¿por qué no elegís las dos?

–Eso es lo que le he sugerido, pero dice que sería muy caro.

–Y yo le dije que no me importaba lo que costase. Que hiciera lo que quisiera.

–Entonces habla tú con ella. A mí no me hace caso.

Se oyeron voces amortiguadas antes de que Terri se pusiera al teléfono.

–Nick, las flores van a salir muy caras.

–No importa. Compra lo que tú quieras.

–¿Para una boda falsa? –preguntó ella en voz baja–. Ya me siento suficientemente mal con esto.

–¿Por qué?

–Porque tu madre y tus hermanas están entusiasmadas. Siento que estamos mintiéndoles.

Hubo una pausa y se preguntó si Terri estaría replanteándose su decisión.

–Terri, encarga las flores que quieras sin importar el precio, ¿de acuerdo? Mientras estemos casados, todo lo mío es tuyo.

–De acuerdo. Tengo que colgar, te llamo luego –dijo ella antes de colgar.

No estaban haciendo nada malo. ¿Por qué entonces le daba la impresión de que Terri seguía teniendo dudas?

Capítulo Tres

Terri inspeccionó su neceser para comprobar que llevaba todo lo que necesitaría para la luna de miel. Cuando estuvo segura de que no faltaba nada, cerró la bolsa y la guardó en la maleta. Si se le había olvidado algo, podría comprarlo cuando llegaran al hotel en Aruba.

Nunca había pensado en lo mucho que había que preparar para una boda, incluso una tan sencilla como la suya con Nick, y agradecía que la madre y las hermanas de este hubieran estado encantadas de ocuparse de los detalles, lo cual le había dejado tiempo para terminar un encargo cuya fecha de entrega coincidía con la luna de miel. Habían tenido que acortar el viaje para volver a tiempo de celebrar Acción de Gracias.

Nick había estado desarrollando un nuevo producto secreto que esperaban poder producir antes de Semana Santa, de modo que él también había estado muy ocupado. Salvo las breves llamadas nocturnas, en las que uno, o ambos, acababa quedándose dormido, el contacto que habían tenido había sido mínimo. Incluso habían tenido que saltarse su cena semanal de los jueves.

Desde la noche de la cocina, no habían vuelto a hablar de practicar para la noche de bodas, pero Terri no había dejado de pensar en ellos y se preguntaba si a él le pasaría lo mismo. ¿También habría tenido sueños eróticos con ella? ¿Habría fantaseado sobre su primera vez juntos?

Cuando por fin tuvieron una noche libre el miércoles anterior al enlace, decidieron contenerse hasta la noche de bodas. Nick le ayudó desmantelar su sistema informático para poder instalar su oficina en su casa. Más tarde, mientras se relajaban frente al fuego, Nick se arrodilló frente a ella y le pidió matrimonio en broma, para que tuviera la experiencia completa, según dijo. Sin embargo, el anillo de diamantes de cuatro quilates que le puso en el dedo era muy real y muy bonito. Nick le dijo que podría quedárselo como muestra de su afecto incluso después del divorcio.

Aunque a ella le parecía un gesto muy dulce, le deprimía un poco pensar que lo mejor que había podido conseguir en treinta

años era una falsa proposición de matrimonio.

–¿Todo listo? –preguntó Nick desde la puerta del dormitorio.

–Creo que he metido demasiadas cosas –contestó ella mientras intentaba cerrar la cremallera de la maleta.

–¿De verdad crees que voy a dejarte llevar ropa? –preguntó él con una de esas sonrisas electrizantes.

Según su temperatura, debería haber empezado a ovular aquel día, pero la prueba que se había hecho esa mañana había dado negativa. De haber salido positiva, no le cabía duda de que habrían consumado su matrimonio esa misma noche, y al infierno con las tradiciones. ¿Y si no empezaba a ovular al día siguiente? Después de dos semanas conteniéndose y anticipando su primera vez juntos, ¿podrían aguantarse un día o dos más?

–¿Hay algo que te quede por hacer para mañana? –preguntó Nick. Él ya había perfeccionado su nueva receta, así que podrían pasar los próximos cinco días relajándose y disfrutando de su compañía.

–He hablado con tu madre hace un par de horas, y parece que lo tienen todo preparado. En serio, no sé qué habría hecho sin ellas. Y no puedo evitar sentirme culpable.

–¿Por qué?

–Si supieran que vamos a divorciarnos cuando tengamos al bebé, ¿crees que habrían invertido todo este tiempo y se hubieran tomado tantas molestias?

–Si fuéramos a casarnos de verdad, ¿quién puede asegurarnos que no terminaría en divorcio de todos modos? No hay garantías, Terri.

Eso ya lo sabía, pero aun así le parecía engañoso. Dejando a un lado su situación actual, ella nunca se casaría con un hombre si pensara que la relación iba a acabar en divorcio. Además, estar casada tenía ciertas ventajas, aunque fuera algo fingido. Significaría tener a alguien con quien hablar sin tener que descolgar el teléfono, y no cenar sola frente a la televisión.

–¿Estás nerviosa? –le preguntó Nick.

–¿Debería estarlo?

–Según creo, las novias suelen estarlo el día antes de su boda.

–Yo solo espero que todo salga bien.

–¿Te ha dicho mi madre cuántos invitados habrá al final?

–Cuarenta y ocho.

–No está mal. Tal vez tengamos suerte y mi padre no se presente.

A Terri le rompía el corazón que Nick estuviera tan distanciado de su padre. No se daba cuenta de lo afortunado que era de tener un padre y una madre. Ella habría dado cualquier cosa por recuperar a su padre. Su madre había muerto cuando ella era un bebé, y era más difícil echar de menos algo que en realidad nunca había tenido. Aun así, lamentaba no haber podido conocerla.

–Estoy segura de que se comportará –le dijo a Nick. O al menos eso esperaba. La boda de su hermana había sido un desastre gracias al padre de Nick, Leo, que había acabado peleándose con el acompañante de su exmujer. La discusión había ido subiendo de tono y al final otros miembros de ambas familias habían empezado a pelearse también. El resultado había sido arrestos por comportamiento indebido, atención médica para varios de los invitados y una factura enorme por los desperfectos.

Pero eso había sido hacía más de trece años. Sus padres llevaban separados ya más años de los que habían estado casados, y ambos habían vuelto a casarse y a divorciarse. En el caso de su padre, dos veces.

–Todo será perfecto –le aseguró.

–Eso espero –respondió Nick–. He vaciado la última caja de libros y he instalado tu sistema informático. Lo he comprobado y parece que todo funciona correctamente.

Nick había insistido en que se mudara antes de la boda para no tener que preocuparse por eso durante el viaje. Ella se había sentido algo rara trasladando sus cosas antes de casarse. ¿Y si durante la luna de miel algo salía mal? Sexualmente parecían compatibles, pero ¿y si después de cuatro días juntos se daban cuenta de que no soportaban vivir juntos? Tendría que volver a Chicago y volver a llevarse las cosas a su casa.

–Gracias por ayudarme –le dijo mientras bajaba la maleta de la cama para poder llevarla al recibidor. Pesaba una tonelada.

–Deja que te lleve eso –respondió él antes de quitarle la maleta. La levantó sin esfuerzo y la llevó a la entrada, donde la dejó junto a la suya.

Terri miró el reloj que había sobre la chimenea y le sorprendió

ver que eran más de las diez.

–Creo que debería irme a casa.

–¿Estás segura de que no quieres dormir aquí?

–Dentro de dos horas será el día de nuestra boda, y trae mala suerte que el novio vea a la novia.

–Tú no crees en eso.

No creía, pero tampoco quería arriesgarse.

–Creo que deberíamos seguir las tradiciones. Por si acaso.

–¿Y qué tiene de tradicional lo que estamos haciendo? –preguntó él riéndose.

–¿Cuántas parejas de nuestra edad crees que esperan a su noche de bodas para consumar la relación? Eso sí que es tradición.

–Pero solo estamos esperando porque tenemos que hacerlo. Y yo estaría encantado de romper con esa tradición ahora mismo.

Ella también lo estaría. Pero, por mucho que quisiera recorrer su cuerpo desnudo con las manos, tenía más ganas aún de quedarse embarazada, con lo cual tendrían que esperar.

–Todo lo que necesito para mañana está en mi casa. Será más fácil que me quede allí. Pero, antes de irme, hay una cosa que quiero mostrarte.

Él arqueó las cejas.

–¿Son tus pechos? Porque me encantaría verlos.

Ella se cruzó de brazos.

–Es algo que me han dado en la consulta del ginecólogo.

Nick la siguió hasta el dormitorio y se sentó junto a ella en la cama. Terri agarró una carpeta que había en la mesita de noche y sacó unas hojas que le entregó.

Él leyó la primera línea y arqueó las cejas.

–¿Métodos para engendrar un varón?

–Le dije al doctor que esperábamos tener un niño y me dio esto. Dijo que no garantiza tener un niño, pero hay algunos padres que lo siguen a rajatabla. He resaltado las partes importantes.

–Cuando se intenta engendrar un niño, una penetración profunda depositará el esperma más cerca del cuello del útero, lo que dará ventaja a los espermatozoides masculinos, que se mueven más rápido, para llegar primero al óvulo y fecundarlo. Además, es importante el orgasmo femenino, ya que las contracciones que lo acompañan ayudan al semen a llegar al cuello del útero. También

hace que el entorno vaginal sea más alcalino, lo que es favorable para los espermatozoides masculinos –Nick dejó de leer y se giró hacia ella–. ¿Penetración profunda? ¿Cómo de profunda?

–En la siguiente página aparecen ejemplos.

Nick dio la vuelta a la página, que contenía ilustraciones bastante gráficas que describían posturas que deberían usar para una penetración muy profunda.

–Vaya.

Había varias que ella estaba segura que solo un contorsionista podría ejecutar. Nick entornó los párpados y ladeó la cabeza.

–Parece que estén jugando al Twister –dijo.

–Reconozco que algunas son un poco… arriesgadas –dijo ella. Y no muy románticas, pero parecían divertidas, y él mismo había dicho que debería ser divertido–. Solo son ejemplos. Lo entenderé si no quieres ponerlos en práctica.

Nick la miró como si estuviese loca.

–¿Me tomas el pelo? Claro que quiero ponerlas en práctica –señaló una de las ilustraciones–. Me gusta esta, pero ¿de verdad crees que puedes ponerte las piernas encima de la cabeza?

–Soy muy flexible –respondió ella con una sonrisa.

–Creo que es mejor que deje de mirar estos dibujos, porque ahora te estoy imaginando en todas esas posturas.

Qué coincidencia, a ella le pasaba lo mismo.

–He de decir que me sorprende un poco lo abierta que te muestras con esto.

–¿Por qué?

–Ambos hemos hecho comentarios sobre las personas con las que hemos salido, pero nunca hemos hablado de nuestra vida sexual. En mi caso, no me parece respetuoso ir contándolo por ahí. En tu caso, imagino que te sentías incómoda hablando de sexo.

–Reprimida, querrás decir.

–Solo… reservada. Pensaba que probablemente te llevaría algún tiempo llegar a conocer a alguien antes de tener intimidad con él. Pero la otra noche te mostraste tan… Agresiva.

–Entonces, ¿ahora me ves de manera diferente?

–Un poco, pero en el buen sentido. Hace que me sienta más cerca de ti.

Lo que a Terri le gustaba de su amistad era que siempre había

sido muy directa. En ella no tenían cabida las expectativas exageradas ni los juegos que llevaban a cabo hombres y mujeres cuando se sentían atraídos físicamente. No quería que eso cambiara, aunque no podía negar que la idea de que alguien la conociese tanto le daba un poco de miedo. Sobre todo cuando el sexo estaba a punto de pasar a formar parte de la ecuación.

Aunque nunca pensó que llegaría el día, Nick era un hombre casado. Al menos legalmente.

Se quedó mirando la alianza de platino que llevaba en el dedo. Era una señal que advertía a las demás mujeres de que ya estaba pillado. Aunque había imaginado que aquello le inquietaría, que le haría sentir encarcelado, se sentía bastante cómodo con la idea. Tal vez porque sabía que era algo temporal, o porque estaba deseando hacerse con los diez millones de dólares. O quizá estaba deseando que llegara la luna de miel.

A las seis de la mañana había recibido un mensaje de Terri que decía: «El águila ha aterrizado».

Era su manera de decirle que estaba ovulando.

Desde la ceremonia, había mantenido un ojo puesto en los invitados y otro en el reloj.

Oyó la risa de Terri, se dio la vuelta y la vio junto a la barra con sus primas, Megan y Elana.–Su hermana Jessica apareció junto a él y le puso una mano en el hombro.

–Está preciosa –dijo Jess.

–Sí que lo está –convino él.

–¿Qué se siente?

–¿A qué te refieres?

–Siendo un hombre casado.

–Hasta ahora me siento bien.

–Nunca pensé que lo harías, pero me alegra que hayas elegido a Terri.

–Yo también me alegro –dijo él–. Y gracias de nuevo por todo. Mamá, Mags y tú habéis hecho un trabajo estupendo.

–Teniendo en cuenta que solo nos has dado dos semanas para prepararlo todo, a mí también me lo parece.

–¿Qué tal van las cosas con Eddie?

Su hermana dejó de sonreír.

–Oh, ya sabes. Lo mismo de siempre. Tenemos días buenos y malos. La terapia parece que nos está ayudando. Cuando consigo que vaya.

Nick oyó un chillido y, en ese momento, Tommy y Alex, los gemelos de siete años de Jessica, entraron corriendo en la sala como si fueran dos animales salvajes empujando a los invitados.

–Perdóname –le dijo Jess–, tengo unos niños a los que domar.

Terri atravesó el salón hasta él, entrelazó un brazo con el suyo y se quedó pegada a su cuerpo. Nick sabía que era solo por las apariencias, pero le gustaba. Resultaba agradable tener la libertad de tocarla y de estar junto a ella sin tener que preocuparse por que se lo tomase a mal.

–Acabo de tener una conversación muy interesante con tus primas –le dijo–. Nadie cuestiona la validez de nuestra boda.

–Eso es bueno, ¿no?

–Sí, pero solo porque, al parecer, toda tu familia piensa que estoy embarazada.

–¿Y les has dicho que no es cierto?

–Claro. Y la respuesta que me han dado ha sido: «Sí, claro que no», guiñando un ojo.

–Que piensen lo que quieran. Dentro de ocho meses, cuando no des a luz, sabrán que estabas diciendo la verdad. Además, apuesto a que no todos lo piensan –su madre y sus hermanas sabían que no lo estaba, igual que Rob y Tony.

–La limusina llegará enseguida –le dijo ella–. Deberíamos despedirnos para poder subir a cambiarnos.

Nick oyó la risa escandalosa de su padre, se dio la vuelta y vio que su madre y él estaban hablando junto a la ventana. Maldijo para sus adentros. Aunque parecían estar tranquilos, eso podía cambiar en cuestión de segundos. Al menos ninguno de los dos había ido acompañado.

–Prepárate –le dijo a Terri–. Creo que va a haber problemas. Si va a haber una explosión, no quiero estar cerca para verla.

Ella tampoco quería.

Se despidieron de tías, tíos, primos y amigos del trabajo.

Cuando llegaron hasta Tony y Rob, que estaban junto a la barra, Nick les dio la mano.

–Gracias por venir –les dijo.

–Sí, gracias –agregó ella–. Ha significado mucho para nosotros teneros aquí.

–No nos lo habríamos perdido por nada del mundo –respondió Rob.

–Que tengáis una vida larga y feliz vida los dos juntos –añadió Tony.

–Eso es lo que planeamos –contestó ella con una sonrisa.

–¿Crees que podrás mantener a raya a este? –le preguntó Rob.

–La cuestión es si podrá mantenerme él a raya a mí.

Nick sonrió.

–Haré todo lo posible.

Terri miró el reloj y se dio cuenta de que iban a llegar tarde.

–Nuestra limusina llegará en cualquier momento –dijo.

–De nuevo, caballeros, gracias por venir –repitió Nick y, tras otra ronda de abrazos y apretones de mano, se acercaron a sus padres.

–Aquí está la feliz pareja –anunció la madre de Nick con una sonrisa radiante.

–Vamos a ir a prepararnos para marcharnos –les dijo Nick–. Solo queríamos despedirnos.

–Estáis deseando empezar con la luna de miel, ¿eh? –dijo su padre antes de darle a Terri un fuerte abrazo.

–Papá –dijo Nick para que se apartara, pero su padre le ignoró. No era que a Terri no le cayese bien, simplemente no lo conocía muy bien. Y sí, le intimidaba un poco.

–Gracias, señor Caroselli –le dijo cuando la soltó.

–¡Ahora eres mi hija! –exclamó Leo con una carcajada–. ¡Llámame papá!

La madre de Nick le agarró las manos y se las apretó con cariño.

–Sé que he dicho esto una docena de veces en las últimas dos semanas, pero me alegro mucho por vosotros. Eres justo lo que este hombre necesita. Todos en la familia pensaban que erais perfectos el uno para el otro. Estoy feliz porque al final os hayáis dado cuenta.

Terri tuvo que soportar de nuevo la culpa. Aunque todos en la familia de Nick le caían bien, su madre ocupaba un lugar especial en su corazón. Para ella había sido la madre que tanto había

necesitado cuando era adolescente.

Le dio a su hijo un beso en la mejilla y después un abrazo a ella.

–Muchas gracias por ayudarme con la boda –le dijo Terri–. Ha sido perfecta. No podría haberlo hecho sin Jess, sin Mags y sin ti.

–Oh, cariño, ha sido un placer. Siempre que necesites mi ayuda, solo tienes que pedirla. Y no quiero presionarte, pero organizo unas fiestas de regalos para bebés estupendas.

–Nos pondremos a ello –le aseguró Nick, y después se quedó mirándolos–. Bueno, esto es… distinto.

–¿Qué? ¿El hecho de que estemos hablando? –preguntó su madre.

–El hecho de que no os estéis gritando ni haya objetos volando por los aires.

–Es agua pasada, hijo –dijo su padre con otra carcajada–. Sin rencores, ¿verdad, Gena?

La madre de Nick sonrió.

–Estábamos diciendo que ya es hora de que dejemos atrás el pasado. Que nuestro problema era que somos dos personas muy apasionadas.

–He de admitir que me estáis asustando un poco –dijo Nick.

–Pensé que te alegrarías –le respondió su madre.

–No me malinterpretes. No es que no quiera veros enterrar el hacha de guerra, solo me da miedo que acabe clavada en la espalda de alguien.

–No te preocupes, hijo –le aseguró su padre–,–todo va bien.

–Bueno, tenemos que subir a cambiarnos –les informó Nick–. Gracias de nuevo por la ayuda, mamá.

–Pasadlo bien en la luna de miel –les dijo su padre con un guiño que inquietó a Terri ligeramente.

–Escribidme cuando lleguéis allí para saber que estáis bien –les dijo su madre–. Y pasadlo bien.

Terri tuvo que soportar otro abrazo excesivamente entusiasta del padre de Nick.

Cuando llegaron arriba y doblaron la esquina, Terri vio a una mujer caminando hacia ellos desde la habitación principal.

–Oh, Dios mío –dijo con actitud avergonzada la mujer–. Estaba

buscando el cuarto de baño, pero debo de haber girado donde no era.

–Es hacia el otro lado –respondió Nick señalando en esa dirección–. La segunda puerta a la izquierda.

–Gracias. La casa de tu abuelo es realmente preciosa. Las descripciones de mi madre no le hacen justicia.

–Terri, esta es Rose –dijo Nick–. Ha sido contratada recientemente y su madre era la secretaria de mi abuelo.

–Es un placer conocerte –dijo Terri mientras le estrechaba la mano–. Gracias por venir.

–Ha sido un honor que me invitarais –respondió Rose, pero su sonrisa no parecía sincera. Parecía casi… nerviosa, como si la hubieran pillado haciendo algo malo–. Que tengáis una magnífica luna de miel –dijo antes dirigirse a las escaleras e ignorar el baño por completo.

Podría ser intuición, o quizá estuviese siendo paranoica, pero Terri tenía la sensación de que aquella mujer estaba buscando algo.

Nick le hizo pasar a la habitación de invitados,–donde habían dejado sus cosas. Ella estaba a punto de explicarle sus sospechas, pero su marido cerró la puerta y, sin previo aviso, la acorraló contra ella con el peso de su cuerpo y la besó en los labios. Tras unos segundos le puso las manos en el pecho y le empujó suavemente.

–Sabes que no tenemos tiempo.

–Lo sé –respondió él–. Pero desde anoche no he pensado en otra cosa que en verte desnuda.

–¿No crees que sería agradable que nuestra primera vez no fuese con prisas? –preguntó ella–. ¿Y que fuese en una cama?

–Hay una cama justo ahí.

–Nick…

–De acuerdo, de acuerdo. Pero, en cuanto lleguemos a Aruba, señora Caroselli, serás mía.

Capítulo Cuatro

Mantener las manos quietas mientras Terri se ponía los vaqueros y la camiseta fue una tortura horrible, pero Nick sabía que, si querían llegar a tiempo de tomar el avión, el tonteo tendría que esperar. Consiguió contenerse, pero tenía la imagen de su cuerpo medio desnudo grabada en la mente.

Llegaron al aeropuerto con una hora de adelanto y descubrieron que su vuelo había sido retrasado debido a una serie de tormentas en el sureste. Como resultado, pasaron las próximas cuatro horas atrapados en la terminal jugando al solitario en sus teléfonos y compartiendo una comida poco apetitosa en un restaurante de comida rápida. Cuando por fin anunciaron el vuelo y lograron despegar, el trayecto fue tan turbulento que no pudieron dormir. Terri se pasó las cinco horas apretándole el brazo con tanta fuerza que, cada pocos minutos, él tenía que soltarse y sacudir la mano para recuperar la circulación.

Por fin aterrizaron en Aruba. Debido al retraso del vuelo tuvieron que esperar otra hora hasta que llegó su coche. Para cuando llegaron al hotel y entraron en la suite, ya empezaba a salir el sol.

Tras darle una generosa propina al botones, Nick colgó el cartel de «no molestar» en la puerta y cerró.

–Creí que no se iría nunca.

–Ya es oficial –dijo Terri–. Llevo veinticuatro horas despierta.

A él le pasaba lo mismo. Aunque jamás lo hubiera creído posible, estaba demasiado cansado para hacer el amor.

–Tal vez deberíamos dormir un poco.

Sin dudarlo, Terri entró en el dormitorio, retiró la colcha de la cama y se dejó caer boca abajo sobre la sábana.

–Qué agradable –murmuró tras suspirar relajada.

Nick se tumbó a su lado boca arriba y sintió que su cuerpo se relajaba a medida que el colchón se ajustaba a él.

Terri se acurrucó a su lado con un brazo sobre su pecho. Él llevaba dos semanas esperando aquel día, y ahora estaba demasiado cansado como para moverse.

–Quiero hacer el amor –murmuró ella–, pero no tengo energía.

–Yo tampoco –respondió él–. ¿Podemos al menos dormir desnudos?

–Por bien que suene eso, no creo que tenga fuerzas para quitarme la ropa.

–Pensándolo bien, yo tampoco.

–¿Sabes? Nunca pensé lo estresante que podría resultar planear una boda, incluso con ayuda. Ha sido muy bonito, pero me alegra que haya pasado.

–Siento que no haya sido la boda de tus sueños.

–Yo nunca fui una de esas niñas.

–¿Qué niñas?

–Las que empiezan a planear su boda en cuanto dejan de usar pañales. A mí siempre me ha interesado más encontrar al hombre perfecto.

–Bueno, pues siento no haber podido ser eso tampoco –por un segundo, Nick casi deseó poder serlo. Porque, para él, Terri sería lo más parecido a una mujer perfecta. El problema era que él no tenía interés en ser el hombre perfecto de ninguna mujer.

–Estás ayudándome a cumplir mi sueño de tener un hijo –dijo ella–. Eso es maravilloso.

Si no estuviera tan cansado, estaría ayudándole a cumplir ese sueño en particular en aquel mismo momento, pero ya empezaba a quedarse dormido. Ella seguía hablando, pero su cerebro apenas registraba las palabras. Intentó mantener los ojos abiertos, pero se negaban a cooperar. Finalmente se rindió y los cerró.

Cuando volvió a abrirlos, estaba solo en la cama. Miró el reloj y le sorprendió ver que había dormido más de cuatro horas.

Se levantó de la cama y fue a buscar a Terri. Su maleta estaba abierta sobre el sofá, pero ella no estaba en la suite. Abrió las puertas de cristal que daban al porche y a la pequeña porción de playa privada. El aire era cálido, pero seco, y el sol tan intenso que tuvo que cubrirse los ojos.

No vio a Terri por ninguna parte, y supuso que se habría ido a dar un paseo, o quizá a la piscina.

Regresó dentro pensando en llamarla al móvil, hasta que lo vio

sobre la mesita junto al sofá.

En su lugar se ducharía y, si no había vuelto al terminar, iría a buscarla.

Sacó lo que necesitaba de su maleta y entró en el cuarto de baño. A juzgar por los botecitos abiertos en la repisa de la ducha y la toalla húmeda colgando del toallero, Terri ya había estado allí, y no hacía mucho. Era una pena que no le hubiese despertado; podrían haberse duchado juntos.

Nada más salir de la ducha, mientras se secaba con la toalla, oyó que se abría la puerta de la suite.

–¡Nick!

–Estoy aquí –se ató la toalla a la cintura y salió del baño. Terri estaba de pie junto a la cama, vestida con unos vaqueros cortos y la parte de arriba de un biquini blanco. Llevaba el pelo suelto y mojado sobre los hombros.

No era que no la hubiese visto vestida así antes. Pero en esas ocasiones no la había visto realmente; no como la veía ahora. Tenía la sensación de que a ella le pasaba lo mismo, porque no había apartado la mirada de su torso desde que había entrado en la habitación.

–¿Has dormido bien? –le preguntó cuando al fin le miró a los ojos.

–Sí. ¿Cuánto tiempo has dormido tú?

–Un par de horas.

–Deberías haberme despertado.

–No importa. Quiero que estés bien descansado.

–Supongo entonces que este es el inicio oficial de nuestra luna de miel.

–Entonces supongo que es un buen momento para mencionar que no llevo ropa interior.

–Qué coincidencia, porque yo tampoco.

Terri deslizó la mirada por su pecho hasta llegar a la toalla y se humedeció los labios con la lengua.

–Demuéstramelo.

Terri observó mientras Nick tiraba de la toalla y la dejaba caer al suelo. Lo miró de arriba abajo negando con la cabeza. No podía

negarse; físicamente, aquel hombre era perfecto.

–Vaya. Eso no es justo.

–¿El qué?

–Nadie debería estar tan bueno estando desnudo.

–Y soy todo tuyo –respondió él mientras se acercaba con una mirada feroz.

A Terri le dio un vuelco el corazón.

–¿Preparada para hacer un bebé?

Un bebé. Iban a tener sexo y a intentar engendrar un bebé. Fue plenamente consciente de lo que estaba haciendo y de con quién estaba haciéndolo. ¿Estaría realmente preparada?

–Vamos a hacer un bebé –respondió.

–Sí –Nick se detuvo frente a ella y le hizo un gesto circular con el dedo índice–. Date la vuelta.

–Juntos –añadió ella mientras se giraba.

–Esa es la idea –dijo él y, con un tirón rápido, le desabrochó el biquini–. Claro, podríamos hacerlo solos, pero no sería tan divertido.

Aunque nunca le hubiese dado especial vergüenza que alguien la viese desnuda, tuvo que contener la tentación de taparse los pechos con los brazos cuando la parte de arriba del biquini cayó al suelo. ¿Qué le pasaba? Llevaba dos semanas preparándose para aquel momento, pensándolo una y otra vez. En lo relativo al sexo, siempre sabía lo que deseaba y no le importaba pedirlo. ¿Por qué entonces se sentía como una virgen a punto de hacerlo por primera vez?

Nick debió de notar que algo iba mal, porque le preguntó:

–¿Sigue pareciéndote bien esto?

–Por supuesto –respondió ella, aunque resultaba difícil sonar convincente cuando le temblaba la voz.

–¿Estás segura? Porque pareces nerviosa –la rodeó con los brazos, le acarició los pechos con las manos y la recostó contra su torso musculoso. Su piel seguía caliente y húmeda por la ducha. Y, aunque resultaba asombroso y deseaba seguir, sentía el corazón en la garganta–. Podríamos parar.

¿De verdad? Si le decía que había cambiado de opinión, que estaba asustada, ¿no le importaría?

Pero no se asustaría del sexo.

–No quiero parar.

Nick le deslizó los dedos lentamente por el vientre hasta la cinturilla de los vaqueros y su piel se estremeció bajo sus caricias.

–Mientras no consumemos el matrimonio –murmuró él mientras le desabrochaba los pantalones–, podemos anularlo.

Terri no sabía si hablaba en serio o en broma. ¿Y si hablaba en serio? ¿Qué pensaría su familia? ¿Cómo podría ella explicar que se habían tomado la molestia de planear la boda para un matrimonio que había durado veinticuatro horas?

–¿Terri? –dijo Nick apartando las manos.

Ella se dio la vuelta y se tapó los pechos con los brazos.

–¿Y si te dijera que quiero parar? Que creo que estamos cometiendo un error.

–¿Hablas en serio?

Ella asintió.

Nick se quedó callado durante varios segundos.

–Si de verdad no deseas hacerlo, no lo haremos.

–Después de todo lo que hemos pasado las últimas semanas, ¿no te enfadarías?

–Me sentiría decepcionado, pero nuestra amistad es más importante, siempre.

En las relaciones, ella nunca había logrado encontrar el amor, o lo que consideraba que era el amor. Y, aunque el sexo solía ser divertido, jamás había experimentado la intensa conexión emocional que estaba sintiendo con Nick en aquel momento. Necesitaba estar cerca de él. Nunca necesitaba a nadie y eso le daba mucho miedo. ¿Y si Nick la decepcionaba?

Pero se trataba de Nick, la persona más importante de su vida. El hombre con el que había hablado casi todos los días durante los últimos veinte años. No la decepcionaría. No haría nada que pudiese hacerle daño.

–¿Deseas parar? –le preguntó Nick–. Podemos hacerlo.

–No, no deseo parar.

–¿Estás segura? Porque, cuando empecemos, no hay marcha atrás.

–Lo deseo –respondió ella, y era verdad, aunque tuviese miedo–. Te deseo.

Dejó caer los brazos para dejar sus pechos al descubierto, y la pasión de la mirada de Nick hizo que se le acelerase el corazón.

–Por un momento me he preocupado –dijo él–. Aunque admito que me gustas así.

–¿Así cómo?

–Insegura. Un poco vulnerable.

Curiosamente a ella también le gustaba. Le gustaba la idea de permitir que alguien cuidase de ella para variar. Dentro de lo razonable, claro. No quería que Nick creyese que era una pusilánime.

Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

–Túmbate –le susurró después al oído.

–Esta es la Terri que yo conozco –contestó él con una sonrisa, se subió a la cama y vio cómo ella se quitaba los pantalones antes de subirse también y sentarse a horcajadas sobre sus muslos–. Eres preciosa –estiró los brazos, le acarició los pechos con las manos y vio cómo se le endurecían los pezones mientras se los estimulaba con los pulgares–. Quiero tomarme mi tiempo, tocar y besar cada centímetro de tu cuerpo.

–Bueno, si tienes que hacerlo… –respondió ella con una sonrisa.

La estrechó contra su cuerpo, la rodeó con los brazos y la besó… y la besó, desarmándola con el ritmo de su lengua y con las caricias de sus manos hasta que Terri ya no recordaba por qué tenía miedo. Y, cuanto más respondía, más descaradas se volvían sus caricias. Aun así, era evidente que estaba tomándose su tiempo, intentando no presionarla.

Ella deseaba tocarlo y, por muy cerca que estuvieran, por muy íntimamente que estuviera tocándola, no era suficiente. Deseaba algo, pero no sabía qué. Solo sabía que necesitaba algo más. Y, aunque prefería llevar las riendas, cuando Nick tomó el control y la tumbó boca arriba sobre la cama, se lo permitió. Siendo tan alta, la logística en la cama a veces podía ser un problema para ella pero, cuando Nick se acomodó entre sus muslos, supo que encajarían a la perfección.

–Así está mejor –dijo él mientras la aprisionaba contra el colchón con el peso de su cuerpo.

Terri supo entonces que recordaría aquel momento el resto de su vida; el segundo exacto en el que, con un movimiento lento y profundo, pasaron de ser amigos a ser amantes.

Miró hacia abajo, hacia donde sus cuerpos estaban unidos, y

pensó que era la cosa más erótica y excitante que había visto jamás.

–Nick, estamos haciendo el amor –dijo–. Estás dentro de mí.

Él siguió su mirada, después la rodeó con los brazos, la besó y empezó a moverse dentro de ella.

Realmente Terri pensaba que estaba preparada para aquello, que podría mantener cierto grado de objetividad y de distanciamiento por el hecho de ser amigos. Que sería divertido sin esos sentimientos de afecto que solían enturbiarlo todo. Pero se equivocaba.

Se suponía que aquello no debía cambiar las cosas, pero en el fondo sabía que nunca volverían a ser iguales.

–Más profundo –dijo–. Tiene que ser más profundo.

–No puedo –contestó él mientras marcaba un ritmo lento y constante, con los ojos cerrados por la concentración–. Perderé el control.

Tal como estaban, ella apenas aguantaba, y tenían que hacerlo juntos, y no solo para poder tener un niño. Lo necesitaba.

–Nick, mírame.

Él abrió los ojos y la miró. En cuanto sus miradas se encontraron, ella perdió el control y aparentemente él también. Con un gruñido, Nick le agarró las piernas y se las puso encima de los hombros. Gimió al penetrarla con fuerza y Terri sintió su cuerpo invadido por la electricidad. Era placentero y perfecto, y ver la cara de Nick mientras se dejaba llevar y alcanzaba el clímax junto a ella fue la experiencia más erótica de toda su vida.

Después, Nick apoyó la cabeza en su hombro. Le costaba respirar con normalidad.

–Vaya –murmuró.

Le quitó las piernas de encima de los hombros y ella apretó los dientes al sentir el dolor en los músculos, sobre todo los del trasero. Estiró las piernas y empezó a notar un calambre en la nalga izquierda.

–¡Oh! ¡Un calambre!

–¿Dónde?

–En la nalga izquierda.

–Date la vuelta –ordenó él y, cuando le obedeció, se sentó a horcajadas sobre sus muslos y empezó a masajearle el músculo agarrotado con los pulgares–. ¿Mejor?

–Mmm… me gusta –respondió ella mientras el dolor disminuía. Cruzó los brazos alrededor de la almohada y se la puso debajo de la cabeza–. Voy a tener que hablar con mi entrenador personal. Todas esas horas en le gimnasio y no soy tan flexible como debería.

–Supongo que tendremos que trabajar en ello.

Terri suspiró y cerró los ojos. Aunque normalmente fuese ella la que hacía los mimos después del sexo, era agradable recibirlos también. El problema era que se estaba relajando demasiado, hasta el punto de que se le estaba durmiendo el cuerpo.

–Oye –le dijo Nick–. Espero que no te estés durmiendo.

–No –mintió ella.

–No hemos terminado –le advirtió zarandeándola levemente–. Despierta.

–Estoy despierta –murmuró ella, o al menos eso creía. No importaba, porque ya era demasiado tarde. Se rindió a la fatiga y se quedó dormida.

Nick le dio un toque con el dedo a Terri, después otro toque más fuerte, pero era inútil. Se había quedado dormida.

Suspiró. ¿No era el hombre el que se suponía que se quedaba dormido después del sexo? Había planeado pasar el día entero en la cama, probando diversas posturas. Pero suponía que debía alegrarse por haber hecho el amor.

Era difícil reconciliar a la Terri de hacía dos semanas, cuando le había hecho proposiciones en la cocina, con la Terri que se había quedado helada cuando la había tocado aquel día. No sabía qué había ocurrido ni por qué le había entrado el miedo de pronto.

¿Habría sido algo que había hecho? ¿Algo que había dicho? ¿Habría herido sus sentimientos?

No tenía ni idea.

Estaba ovulando, así que tendría las hormonas descontroladas. Al haber crecido en una casa con tres mujeres, sabía que una mujer con las hormonas alteradas podía ser impredecible. Pero creía que las mujeres que estaban ovulando deseaban tener más sexo, no menos.

Daba por hecho que, como estaría ovulando durante unos días más, no habría razón para no pasarlo bien hasta entonces, o durante

el resto de la luna de miel. Pero sabía que, cuando regresaran a Chicago, volverían a su anterior relación platónica. La verdad era que no habían hablado de ello. Y probablemente eso hubiera sido un error. Pero todo había ocurrido tan deprisa que no habían tenido tiempo.

Terri murmuró algo mientras dormía, se puso de costado y se acurrucó como una bola, como si tuviera frío, así que él la tapó con las sábanas. Desde que la conocía, siempre había hablado en sueños. A veces, cuando vivían juntos, pasaba frente a su puerta por las noches y la oía balbucear incoherencias. A veces se paraba a escuchar y captaba alguna palabra suelta, pero normalmente no tenían sentido.

En ocasiones oía que decía su nombre y se preguntaba qué papel desempeñaría en su sueño. También se imaginaba a veces metiéndose en la cama con ella. ¿Cómo reaccionaría? Aunque nunca lo habría hecho. Terri deseaba un final feliz de cuento de hadas. Algo que él nunca podría darle. Incluso ahora se sentía un poco culpable porque se hubiese conformado, por no poder darle lo que su corazón deseaba. Pero él no estaba hecho de esa forma. Las mujeres con las que salía sabían eso desde el principio, aunque eso no les impedía creer que ellas serían diferentes, que serían de la que se enamoraría locamente.

Pero Terri sabía la verdad. Estaba seguro de ello. Habían acordado que aquella situación sería temporal. ¿A qué se debían entonces sus inseguridades de aquel día? Tal vez fuera mejor hablar seriamente del tema y establecer algunas barreras para evitar confusiones futuras. Por si acaso.

El estómago le rugió y pensó en llamar al servicio de habitaciones, pero después miró el espacio vacío en la cama junto a Terri y sintió que las sábanas y las almohadas le llamaban. Terri había dicho que quería que estuviese bien descansado, ¿no?

Se tumbó a su lado y notó que le pesaban los párpados en cuanto puso la cabeza sobre la almohada. Se puso de costado y colocó un brazo sobre su cadera. Mientras se quedaba dormido, se preguntó si, a partir de ese momento, todo iría como la seda o si Terri volvería a cambiar de opinión.

Obtuvo la respuesta cuando se despertó de lo que pensaba que era un sueño erótico; abrió los ojos, miró hacia su entrepierna y vio

la coronilla de Terri.

–Estoy agotada –dijo Terri.

Se dejó caer boca abajo sobre la cama, sudorosa y sin aliento, y Nick cayó encima de ella, lo que hacía que le costase trabajo respirar. Pero estaba demasiado cansada para protestar. Llevaban haciendo el amor tres horas y necesitaba un descanso.

–¿Te sientes ya embarazada? –le preguntó Nick.

–Creo que hacen falta un par de semanas –respondió ella. Si no se había quedado embarazada las tres primeras veces que habían hecho el amor, estaba segura de que con la última lo había conseguido. La postura, aunque incómoda al principio, les daba un nuevo significado a las palabras «penetración profunda».

Se retorció bajo su cuerpo y se sintió mareada por la falta de oxígeno. Reunió fuerzas y le dio un codazo en las costillas.

–Oye, me estás aplastando.

–Lo siento –respondió él quitándose de encima–. ¿Qué quieres hacer ahora?

–¿Dormir?

–¿Otra vez?

–No sé. ¿Qué suele hacer la gente en su luna de miel?

Nick la miró con una sonrisa y arqueó las cejas de manera sutil. A aquel hombre no se le acababa la energía.

–Algo además del coito –dijo ella.

–¿Sexo oral?

–Muy gracioso.

–Podríamos sentarnos en la arena y ver la puesta de sol –sugirió él–. He oído que son espectaculares.

–Lo cual implica que me levante y me vista.

–Personalmente no me importaría que salieras así, pero los demás huéspedes podrían quejarse –se inclinó y le dio un beso en el hombro–. Si pudiera traerte la puesta de sol, lo haría.

–Te lo agradezco.

–Vamos –dijo él dándole un azote cariñoso en el trasero mientras se levantaba de la cama–. Levanta.

Terri se obligó a ponerse en pie y a caminar hasta el cuarto de baño. Resultaba extraño que aquella misma mañana le hubiese dado

vergüenza que la viese desnuda y ahora le pareciese lo más natural.

Al entrar en el baño y mirarse en el espejo se estremeció.

–Parezco un animal. Tengo que hacer algo con mi pelo.

Nick apareció en la puerta con unos pantalones cortos y una camiseta.

–¡Vaya! Sí que pareces un animal.

Ella lo miró con odio.

–Es broma –se disculpó él antes de darle un beso en la mejilla–. Te veré fuera.

Terri se cepilló el pelo y se hizo una coleta. No era gran cosa, pero bastaría. Después sacó un vestido de la maleta y se lo puso antes de salir.

El aire se había enfriado. Una suave brisa agitaba las palmeras y sus hojas se movían como en una danza tropical de la naturaleza. Y Nick tenía razón con la puesta de sol; los rayos rojos y naranjas sobre el horizonte daban la sensación de que el cielo estaba ardiendo.

Nick estaba sentado sobre una manta en la arena a pocos metros del agua. Ella se acercó y se sentó a su lado.

–Es bonito, ¿verdad? –le preguntó Nick.

–Precioso.

Él se echó hacia atrás, la rodeó con un brazo y ella apoyó la cabeza en su hombro. Resultaba… cómodo. Se preguntó si estaría bien hacer aquello cuando regresaran a Chicago, o si el contacto físico quedaría limitado.

–Sobre lo que ha pasado antes… –dijo él.

–¿No podemos olvidarnos de eso?

–Quería asegurarme de que todo va bien.

–Te lo prometo.

–Parecías muy preocupada.

–Lo sé. Pensé que lo tenía todo claro en mi cabeza, pero después me has preguntado si estaba preparada para hacer un bebé y he pensado: «No lo sé. ¿Lo estoy?». Es un gran paso. Toda mi vida cambiará.

–Y te preocupaba que cambiara nuestra relación –era una afirmación, no una pregunta.

–Eso también.

–¿Crees que ha cambiado?

–Más o menos. Pero no a peor.

–No hemos llegado a hablar sobre lo que ocurrirá cuando volvamos de la luna de miel.

–Pensaba que las cosas volverían a ser como antes. Salvo por el hecho de que viviremos juntos, quiero decir. Y, claro, nuestra familia tendrá que creer que estamos… ya sabes, juntos.

–Entonces, ¿nada de sexo después de la luna de miel?

¿Era decepción lo que oía en su voz? ¿Nick deseaba seguir acostándose con ella? ¿O sería solo lo que ella deseaba oír? Porque le gustaba acostarse con él. Le gustaba demasiado.

–Creo que sería lo mejor –dijo–. Dadas las circunstancias, una relación íntima podría complicarse. ¿No te parece? Sé que no quieres sentar la cabeza.

–Tienes razón. Creo que sería mejor que las cosas volvieran a ser como antes.

Terri se sintió algo decepcionada, aunque no sorprendida. Y estaba segura de que, cuando las cosas volvieran a la normalidad, estarían encantados de ser amigos.

–¿Y si no te quedas embarazada? –le preguntó Nick.

–Lo intentaremos otra vez el mes que viene. Pero no hasta que empiece a ovular.

–¿Y si no te quedas embarazada entonces? Quiero decir que podría ser estéril.

–Eso es improbable. Y sería fácil de diagnosticar.

–Incluso aunque los dos estemos bien, podríamos tardar meses, ¿no?

–¿Lo que quieres preguntar es cuánto tiempo vamos a seguir intentándolo antes de rendirnos?

Él asintió.

–Supongo que mientras los dos nos sintamos cómodos haciéndolo.

En ese momento pasó frente a ellos una pareja mayor de la mano. Algo en su manera de moverse, en su manera de sonreírse, hizo que Terri pensara que llevaban mucho tiempo casados y que probablemente siguiesen enamorados.

Sonrieron y les saludaron al pasar. Y ella se sintió celosa. Por mucho que deseara tener eso mismo, y mientras casi todas sus amigas de la universidad ya estaban casadas y con hijos, ella había

empezado a creer que nunca ocurriría. Que tal vez estuviera destinada a otras cosas. Lo único que sabía con seguridad era que, hasta que no fuese madre, no se sentiría completa. De modo que haría lo que hiciese falta para conseguirlo.

Terri se despertó a la mañana siguiente con el sonido de la lluvia golpeando las ventanas. A través de las cortinas vio un relámpago en el cielo. Miró por encima del hombro a Nick, que estaba acurrucado tras ella con un brazo en su cadera. Aunque seguía dormido, ciertas partes de su anatomía estaban bien despiertas. Ella alcanzó su móvil y consultó la aplicación del tiempo, que anunciaba tormentas dispersas a lo largo de todo el día. Se fueron por la borda sus planes de alquilar un coche e ir a visitar el Parque Nacional de Arikok.

–¿Es lluvia eso que oigo? –murmuró Nick desde atrás.

–Sí. Se supone que va a estar así todo el día.

–Maldita sea –Nick la rodeó con un brazo y le agarró un pecho con la mano–. Supongo que tendremos que quedarnos dentro hoy.

Terri estaba segura de que podrían encontrar alguna otra actividad de interior además del sexo, pero solo les quedaban unos pocos días antes de volver a ser solo amigos. Además, en teoría los recién casados tenían mucho sexo en su luna de miel, ¿no?

Se quedaron en la cama casi todo el día y, por la noche, cuando el cielo al fin se despejó, se ducharon juntos y asistieron a una fiesta que se celebraba junto a la piscina para los huéspedes del hotel.

El día siguiente lo pasaron en el Parque Nacional de Arikok. Alquilaron un coche y pronto descubrieron que pocas de las carreteras de Aruba estaban señalizadas. Se perdieron un par de veces, pero mereció la pena cuando llegaron allí.

Su primera parada fue Boca Prins que, según otro huésped del hotel, era lo más bonito de Aruba. Con sus acantilados, sus dunas y sus orillas rocosas, Terri opinaba lo mismo.

Pararon a comer en una cantina local, después fueron a Fontein Cave y a Guadirikiri Cave. A Nick le resultó muy divertido su miedo a los lagartos que andaban sueltos por allí.

A primera hora de la noche dejaron el coche y tomaron un taxi hasta el centro de Oranjestad. Hicieron algunas compras mientras se

dirigían hacia el fuerte Zoutman, donde se detuvieron a escuchar a una banda de percusión caribeña y recorrieron los diversos puestos de artesanía local. Compraron regalos para los sobrinos de Nick y Terri encontró unos pendientes que sabía que a su madre le encantarían. Le gustaron tanto que se compró otro par para ella.

Al no haber farolas, les costó trabajo encontrar el restaurante donde habían reservado para cenar, pero la comida fue excelente. Comieron y bailaron hasta quedar exhaustos, aunque no tanto como para no hacer el amor al regresar a la habitación. Al fin y al cabo era su última noche juntos.

El miércoles por la mañana hicieron la maleta y tomaron un taxi al aeropuerto para volver a casa. Pasaron el control de seguridad sin problemas, encontraron la puerta de embarque y se sentaron a esperar. Fue entonces cuando Terri se dio cuenta de la realidad de la situación, y de pronto no estaba preparada para irse. No estaba preparada para que aquello se acabara.

Miró a Nick, que estaba sentado junto a ella leyendo un número de la revista *Time*, y se preguntó qué estaría pensando, si estaría preparado para ponerle fin a aquello o si también lo lamentaría. Aunque eso no cambiaría nada. ¿Qué sentido tenía entonces obsesionarse con ello?

Anunciaron su vuelo a la hora prevista.

–Supongo que ya está –dijo Nick mientras guardaba la revista en su bolsa de mano–. El final de nuestra luna de miel.

–Supongo que sí –ella agarró su bolsa y se dispuso a levantarse, pero Nick le puso una mano en el brazo.

–Terri, espera.

–¿Sucede algo?

Nick le puso una mano en la nuca, tiró de ella y la besó. Fue lento, profundo y agridulce, cargado de tantas emociones que era evidente que también lamentaba que aquello fuese el final. Pero, al igual que ella, sabía que no tenían elección.

–Lo siento –murmuró, cerró los ojos y apoyó la frente en la de ella–. Tenía que hacer eso una última vez.

Estaban haciendo lo correcto. ¿Por qué entonces Terri tenía ganas de llorar? Si intentaba hablar, empezaría a llorar, él se

sentiría mal y ella se sentiría estúpida.

Le dio un último beso en los labios y se puso en pie.

–Será mejor que nos vayamos –anunció.

Durante los últimos cinco días, se había acostumbrado a tocar y a besar a Nick siempre que lo deseaba. Ahora tendría que desacostumbrarse. Salvo cuando estuvieran con su familia, pues tenían que mantener las apariencias.

Subieron al avión, guardaron sus equipajes de mano y se sentaron. Con suerte estaría embarazada. Aunque casi deseaba no haber engendrado un bebé, para poder volver a tener otra luna de miel en cuatro semanas, sabía que alargarlo otro mes más sería retrasar lo inevitable. Y probablemente fuese más duro la próxima vez.

Después de despegar, recostó el asiento, cerró los ojos y fingió estar dormida. En algún momento debió de quedarse dormida de verdad, porque de pronto Nick estaba despertándola y diciéndole que el avión aterrizaría en unos minutos.

–Has estado muy callada –le dijo Nick cuando estaban en el coche camino de la ciudad–. ¿Va todo bien?

–Sí. Solo estoy cansada. No quiero ni pensar en todo el trabajo que me espera.

–Mañana te tomarás el día libre, ¿verdad?

–Por supuesto –llevaba años celebrando Acción de Gracias con la familia de Nick–. Y puede que haga algunas compras con tu madre el Viernes Negro.

–¿Estás segura de que todo va bien?

–Estoy segura –sacó su móvil y miró el correo. Nick captó la indirecta y no volvió a preguntar.

El coche les dejó en casa sobre la hora de la cena, y subieron en el ascensor sin hablar. Aunque ella seguía fingiendo que todo iba bien, había tensión en el ambiente y sabía que él también lo notaba.

«Las cosas tardarán un tiempo en volver a la normalidad», se aseguró a sí misma. Después, todo iría bien.

Se abrieron las puertas del ascensor y, sentada con una maleta en el pasillo frente al apartamento, estaba Jess, la hermana de Nick. Parecía cansada y tenía los ojos rojos e hinchados, como si hubiera estado llorando.

–Hola –dijo con una leve sonrisa al verlos–. ¿Qué tal la luna de

miel?

Capítulo Cinco

–Jess, ¿qué estás haciendo aquí? –preguntó Nick, pero, teniendo en cuenta la maleta, podía imaginárselo.

Jess se puso en pie.

–¿Podemos entrar para hablar?

–Claro –abrió la puerta y todos metieron su equipaje en el apartamento. Cuando estuvieron dentro, cerró la puerta y se volvió hacia su hermana.

–Eddie y yo nos vamos a tomar un descanso –explicó ella–. O al menos me lo voy a tomar yo.

–¿Qué ha pasado?

–Se ha saltado la terapia por tercera semana consecutiva. Saber que tengo eso, que eso puede ayudar a mejorar las cosas, es lo único que me ha hecho aguantar durante los últimos dos meses. Obviamente él no piensa lo mismo; así que me he marchado.

–¿Y los niños?

–Pasan Acción de Gracias en Indiana con los padres de Eddie. Estarán allí una semana. Espero que hayamos decidido algo para cuando vuelvan.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Nick.

–Sinceramente, no soportaba la idea de quedarme sola en un hotel durante una semana, y sé que vosotros tenéis un dormitorio de sobra.

–¿Y la casa de mamá?

–No quería preocuparla. Además, me gustaría mantener esto en secreto, y ya sabes cómo es. Si se entera, los demás también lo sabrán.

–Claro que puedes quedarte aquí –intervino Terri.

–Gracias –respondió Jess–. No tenéis idea de lo que significa para mí. Y no os molestaré, lo prometo.

–Para eso está la familia –dijo Terri antes de darle un abrazo–. Dame cinco minutos para sacar mi ropa de la habitación de invitados.

Jess frunció el ceño.

–¿Por qué tienes allí tu ropa?

–¿Alguna vez has echado un vistazo al armario de tu hermano? –le preguntó ella a Jess.

–Si sigue siendo como cuando era niño, entiendo lo que quieres decir.

–Hay cerveza en el frigorífico –anunció Nick–. Y el alcohol duro está en el mueble bar de mi despacho. Voy a ayudar a mi esposa.

Jess se dirigió a la cocina mientras Nick y Terri caminaban hacia lo que se suponía que iba a ser el dormitorio de ella.

–¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer? –le preguntó Nick cuando se quedaron a solas–. ¿Crees que es buena idea que compartamos habitación? ¿Y cama?

–No, ¿pero qué vamos a decirle? ¿Que no se quede porque yo duermo en esa habitación? ¿Cómo íbamos a explicar eso? Además, solo será una semana –abrió el armario y agarró un puñado de ropa–. ¿Tienes sitio para esto en tu armario?

–Haré sitio –respondió él mientras abría uno de los cajones. El cajón estaba lleno de ropa interior–. Y que conste que mi armario no se parece al de cuando estaba en el instituto. Ni en la universidad.

–No me importa su aspecto, siempre y cuando no huela a ropa deportiva sudada.

–No huele –respondió él mientras dejaban la ropa de Terri sobre la cama–. Tengo la bolsa del gimnasio en el lavadero de detrás de la cocina.

–Procuraré no pasar por ahí –dijo ella con tono de fastidio.

Terri comenzó a alejarse, pero él la agarró del brazo y la giró para mirarla.

–Oye, esto ha sido idea tuya.

–Lo sé. Lo siento. Es que… ni siquiera sé qué me pasa. Supongo que estoy cansada.

–Intenta darme algo de cuartelillo, ¿quieres? Esto tampoco es fácil para mí.

–Lo sé.

Terminaron de llevar la ropa de Terri a su dormitorio y la guardaron en su armario. Cuando regresaron a la cocina, Jess había preparado la cena. Después de cenar, pusieron una película, pero era evidente que su hermana necesitaba desahogarse. Se dedicó a quejarse de Eddie y a disculparse por quejarse.

Alrededor de las once, Terri empezó a bostezar y se lo contagió a él. Cuando empezaban, era un círculo vicioso.

–Debéis de estar agotados del viaje, y yo aquí hablando sin parar –dijo Jess.

–Para eso está la familia –le respondió Terri.

–Pararé de lamentarme y dejaré que os vayáis a la cama. A mí también me vendrá bien dormir.

Les dio un abrazo de buenas noches, volvió a agradecerles su paciencia y se fue a la cama. Cuando Nick oyó la puerta de su habitación cerrarse, se volvió hacia Terri.

–Supongo que no tiene sentido posponer esto.

–Supongo que no.

Primero entró él en el cuarto de baño y, cuando le tocó el turno a Terri, él se desvistió y se metió en la cama. Cuando Terri salió del baño, llevaba un camisón que le llegaba hasta las rodillas y el pelo suelto. Si hubieran seguido de luna de miel, habría estado desnuda y, en vez de meterse en la cama por el otro lado, se habría subido encima de él.

–¿Cómo vamos a hacer esto? –preguntó ella mientras se tapaba con la sábana hasta la cintura.

Nick se encogió de hombros.

–Yo me quedo en mi lado y tú en el tuyo.

–¿Puedes hacer eso?

–Es una cama grande. Ni siquiera sabrás que estoy aquí.

Terri no parecía convencida, pero apagó su luz, se dio la vuelta y se tapó hasta los hombros.

–¿No hay beso? –preguntó él.

Ella le miró con odio por encima del hombro.

–Era broma.

Él también apagó su luz, se tumbó boca arriba y cerró los ojos. Estaba físicamente agotado, pero la cabeza le iba a mil por hora, lo cual podría provocarle una noche de insomnio. La última vez que miró el reloj era la una y media, pero debió de quedarse dormido porque, de repente, oyó que Terri decía su nombre y que le despertaba con pequeños empujones. No quería despertarse; estaba demasiado cómodo acurrucado contra algo cálido y suave. Le llevó varios segundos darse cuenta de que era Terri contra la que estaba acurrucado.

–¿Qué estás haciendo en mi lado de la cama? –le preguntó él.

–No lo estoy.

Nick la soltó y se incorporó. Cierto, había invadido su lado de la cama.

–Lo siento –dijo mientras regresaba al suyo.

–Es la costumbre –respondió ella–. No pasa nada.

–No volverá a ocurrir –miró el reloj y vio que eran solo las dos y media. Se giró y le dio la espalda a Terri, decidido a seguir así el resto de la noche.

Una hora más tarde, ella volvió a despertarle. Estaba pegado a ella como antes, pero en esa ocasión tenía la mano debajo de su camisón y un pecho agarrado, además estaba excitado. De hecho, estaba inmensamente caliente.

–Eh, Nick, tal vez deberías…

Nick retiró la mano del interior de su camisón y se apartó hacia su lado de la cama–. ¿Por qué no me has detenido?

–No me culpes a mí –respondió ella girándose para mirarlo–. Me he despertado así.

–Lo siento, no pretendía acusarte.

–Esto no funciona. Tal vez deba dormir en el suelo, o en la bañera.

–Ya sabes cuál es el problema –dijo él–. Normalmente duermo abrazado a la almohada, pero tú estás encima, así que te abrazo a ti.

–¿Tienes otra almohada que puedas abrazar?

Nick encendió la luz y se dispuso a levantarse, pero se detuvo y se dio la vuelta.

–Tal vez quieras mirar hacia otro lado –le advirtió.

–¿No quieres que te vea en pijama?

–No me importaría si lo llevara puesto.

–¿Estás desnudo?

–Siempre duermo desnudo. Ni siquiera tengo pijama.

–Pero tendrás ropa interior, ¿no? Quiero decir que te he visto con ella.

Él suspiró con resignación.

–Iré a ponerme unos calzoncillos.

No había dormido con ropa desde que tenía quince años, pero tendría que acostumbrarse.

Se puso unos calzoncillos, sacó una almohada del armario,

apagó la luz y volvió a la cama.

–Ya está.

–¿Y no estás desnudo?

–No.

–Bien. Buenas noches.

–Buenas noches –se acurrucó con la almohada entre ellos y debió de quedarse dormido muy deprisa porque, cuando Terri volvió a despertarle, parecía que habían pasado unos minutos, cuando en realidad habían pasado dos horas.

–Nick, estás haciéndolo otra vez.

Tenía razón. La había rodeado con los brazos, tenía una mano bajo su camisón y estaba igual de excitado que antes.

–Lo siento –contestó mientras se apartaba por tercera vez y buscaba a tientas la almohada–. ¿Dónde está la almohada? –le preguntó al no encontrarla.

–Yo no la tengo.

Volvió a encender la luz y Terri protestó con un gruñido mientras se tapaba la cabeza con su almohada. Él miró a su alrededor y descubrió la almohada tirada en el suelo a los pies de la cama. Debía de haberla tirado mientras dormía.

–Ahí está.

–Fantástico.

–He dicho que lo siento –se destapó frustrado y salió de la cama.

–¡Nick!

Se volvió hacia ella y se dio cuenta de que Terri estaba mirándole… bueno, no los calzoncillos, porque en algún momento se los había debido de quitar. Y ella lo miraba con la boca abierta.

–Dijiste que te habías puesto ropa interior.

–¡Y lo hice! Supongo que debo de habérmelos quitado sin darme cuenta –apartó las sábanas y allí estaban, casi al pie de la cama–. Ya los tengo.

–Esto es ridículo –dijo Terri.

–Me los pondré.

–¿Y qué? ¿Te los vas a grapar?

–No hace falta ser cruel. Y baja la voz. Jess te va a oír.

–¿Tienes idea de lo que es despertarse con alguien acariciándote?

A él le sonaba bastante bien pero, a juzgar por el tono de Terri,

ella no estaba tan de acuerdo.

–Mira, estoy haciendo lo que puedo.

Ella se quedó sentada en silencio durante varios segundos, mirándolo, pero sobre todo mirándole la entrepierna.

–Al diablo –dijo al fin.

Nick pensó que su próximo movimiento sería agarrar la almohada, una manta y marcharse a la bañera a dormir. Sin embargo, se quitó el camión.

–Ven aquí –dijo.

Confuso, él abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla.

–¿A qué esperas? –preguntó ella mientras se quitaba las bragas.

–Pero… pensaba que no íbamos a…

–Deprisa, antes de que cambie de opinión.

Se metió en la cama, ella le empujó para que se tumbara boca arriba y se sentó a horcajadas sobre sus muslos.

–Que conste que esta es la última vez. ¿Entendido?

–Entendido –respondió él, y contuvo la respiración cuando Terri se inclinó para meterse su miembro en la boca.

Aquello de fingir estar locamente enamorados iba a ser más difícil de lo que Terri había pensado inicialmente, y tal vez no hubiera sido tan buena idea decirle a Jess que podía quedarse. Nick estaba agarrado a ella de nuevo y profundamente dormido, al menos de cintura para arriba.

No debería haber ocurrido, claro, estaban retrasando lo inevitable, pero no podía negar que, después de hacer el amor con él, había dormido como un bebé el resto de la noche. Pero sin duda iba a ser la última vez, aunque tuviera que dormir en el sofá. Ya se le ocurriría alguna excusa que contarle a Jess.

Terri se levantó de la cama, se puso el camisón y una bata. Mientras caminaba hacia la cocina, aspiró el aroma del café recién hecho.

Jess estaba sentada en uno de los taburetes de la isla, bebiendo café y con la mirada perdida.

–Buenos días –dijo Terri.

Jess la miró y sonrió.

–¡Feliz Acción de Gracias! He hecho café.

–Huele muy bien –se acercó a la cafetera y sacó una taza del armario.

–Es una nueva. He preparado la primera al levantarme, pero se estaba poniendo un poco malo. Se me olvida que no todo el mundo tiene horario de madre.

–¿A qué hora te has levantado tú? –preguntó Terri mientras se servía una taza con una pizca de azúcar.

–A las cinco y media.

–¡Vaya! Lo más pronto que consigo levantarme yo son las siete, pero normalmente lo hago a las ocho y media.

–Uno de los beneficios de trabajar desde casa –dijo Jess– es que levantas de la cama y ya estás en el trabajo. Aunque, claro, eso cambiará cuando tengas hijos. El primer año apenas dormirás. Aunque anoche tampoco parecías estar durmiendo mucho –añadió con una sonrisa.

–Lo siento si te despertamos.

–No te disculpes. Sois recién casados. Es lo que tenéis que hacer. Y mentiría si dijera que no estaba celosa. No recuerdo la última vez que Eddie y yo tuvimos sexo. ¿Y la última vez que tuvimos sexo realmente bueno? Años. Y, hablando de hijos, observé que no bebías vino en la cena anoche. ¿Significa eso que…?

–¿Que estoy embarazada? –Terri se encogió de hombros–. Eso espero, pero no lo sabré hasta dentro de una semana y media. Intento ser precavida, por si acaso. Lo que significa que tampoco debería beber café, supongo.

–O podrías empezar a tomarlo descafeinado. Aunque creo que le dejan una pizca de cafeína.

Así que aquella sería su última taza de café de verdad. Tendría que acordarse de comprar descafeinado al día siguiente.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó a Jess mientras se sentaba a su lado.

–Esta situación es horrible en todos los aspectos. Estoy tan cansada de enfrentarme a ello. A veces me pregunto si merece la pena seguir luchando. No es justo para los niños. Pero Nick y tú sois diferentes. Nunca he conocido a dos personas que encajen mejor. Mira el tiempo que hace que sois amigos.

Si tan solo eso fuese cierto. Si se quisieran de esa forma. Porque, si las cosas pudieran seguir como estaban, podía imaginar que

serían felices juntos. Salvo por el pequeño detalle de que Nick no quería estar casado.

–Eso no significa necesariamente que estemos destinados a casarnos.

–Terri, ¿estás empezando a tener dudas? –le preguntó Jess.

–No, claro que no. Solo intento ser realista.

–Siempre y cuando no dejes que tus miedos se interpongan en tu felicidad. Si te convences a ti misma de que no funcionará, no lo hará.

–¿Hubo un tiempo en el que tu matrimonio estuvo bien?

–Los primeros dos años fueron geniales. Teníamos nuestras desavenencias, porque ningún matrimonio es perfecto, pero los dos éramos felices.

–¿Qué crees que salió mal?

–Hace falta trabajar mucho en un matrimonio. Creo que nos volvimos vagos. Entre el trabajo y los niños, se nos olvidó cómo ser una pareja. ¿Tiene sentido?

–Me parece que sí.

–Además hay otros asuntos… –continuó Jess, pero en ese momento su hermano entró en la cocina. ¿Sería algo que no quería que Nick supiera?

Vestido con unos vaqueros y nada más, con el pelo revuelto, Nick estaba adorable.

–Buenos días, señoritas –dijo con alegría. Le dio a su hermana un beso en la mejilla, después tomó a Terri entre sus brazos, la echó hacia atrás y le plantó un beso en los labios.

–Buscad una habitación –bromeó Jess mientras se acercaba al fregadero a aclarar su taza.

–¿Cómo has dormido, cariño? –le preguntó Nick a Terri con una sonrisa.

Ella le miró con severidad y le dio un ligero empujón. Una cosa era que se mostrasen cariñosos y otra bien distinta que la acosara delante de su hermana.

Nick bordeó la isla para servirse un café.

–¿A qué hora tenemos que estar en casa de mamá?

–A las once –respondió Jess mientras metía su taza en el lavavajillas–. La cena es a las cinco en casa del abuelo. ¿Os importa que vaya con vosotros? La única manera que voy a tener de

soportar la cena este año es bebiendo alcohol.

–Yo no beberé –dijo Terri–. Puedo ser la conductora sobria.

–Entonces, ¿yo puedo emborracharme? –preguntó Nick.

–Si es lo que deseas –contestó ella encogiéndose de hombros.

A ella le daba igual. Había conocido a borrachos tranquilos y melancólicos, a borrachos inquietos e irresponsables y a borrachos perversos. Lo peor que le había visto hacer a Nick cuando había bebido mucho era hacer el ridículo y volverse muy cariñoso.

–De hecho, ¿por qué no empezamos ahora mismo? –preguntó Nick–. Tenemos casi una caja entera de champán que sobró de la boda. Podría preparar mimosas.

–¡Oh, suena fantástico! –exclamó Jess frotándose las manos–. Iré a por las copas y el zumo de naranja.

–Yo abriré el champán –se ofreció Nick.

«Y yo miraré», pensó Terri, que se sentía excluida. Pero sabía que tener un bebé requeriría sacrificios y, como sacrificio, aquel era de los menores. En cualquier caso, sería un día interesante.

Maggie, la hermana de Nick, llamó para preguntar si podía ir con ellos a casa de su madre y después donde su abuelo. Fue hasta casa de Nick y todos se montaron en su Mercedes. Terri conducía, pues Nick y Jess ya se habían tomado una botella y media de champán. Y apenas eran las diez y media de la mañana.

La madre de Nick sirvió *bellinis* con el *brunch*, un cóctel típico italiano hecho con puré de melocotón y *prosecco*, un vino blanco espumoso italiano.

Terri perdió la cuenta de las jarras que se tomaron pero, cuando salieron hacia casa del abuelo, a ninguno le dolía nada. En un momento dado, Nick se inclinó, le acarició la mejilla y, con una sonrisa ebria, le dijo:

–Te quiero, Terri.

Aquello fue recompensado con varias exclamaciones procedentes del asiento de atrás. No se daban cuenta de que quería decir que la quería como amiga.

–Yo también te quiero –respondió ella, le agarró la mano y volvió a ponérsela en su lado para poder concentrarse en la carretera. Pero, antes de que pudiera apartar el brazo, él le agarró

la mano con fuerza.

–No. Lo digo en serio. Te quiero de verdad.

Terri se zafó y le dio una palmadita en la mano.

–Yo también te quiero de verdad.

–No es justo –se quejó Maggie desde el asiento de atrás–. Yo quiero lo que vosotros tenéis.

–Yo también –murmuró Jess.

Nick miró a sus hermanas por encima del hombro.

–Me has dicho un millón de veces que tú nunca te casarías, Mags.

–¿Y me creías? Toda mujer desea casarse, idiota. Solo digo que no para ahorrarme la humillación de tener treinta y tres años y seguir soltera.

–Yo voy a cumplir cuarenta –añadió Jess.

–Dentro de tres años –le recordó Nick.

–Además –le dijo Maggie–, tú estás casada.

–Pero, ¿por cuánto tiempo? No dejo de repetirme que las cosas cambiarán, pero nunca cambian –explicó Jess–. Él ni siquiera lo intenta.

–Pues déjale –le dijo su hermana–. Te mereces ser feliz.

–No puedo.

–¿Por qué no? –preguntó Nick.

–Hay ciertas cosas a las que no estoy dispuesta a renunciar, como el colegio privado de los niños. ¿Y tenéis idea de lo que cuestan los programas de deportes? Tendría que pedir una tercera hipoteca.

–¿Tercera? –preguntó Nick, y a Terri no le hizo falta mirarle a la cara para saber que tenía el ceño fruncido. Miró por el espejo retrovisor y vio que Jess estaba pálida. ¿Iría a vomitar?

–Mirad, olvidaos de que he dicho nada –dijo Jess.

–No –insistió Nick–. Esa casa fue un regalo de bodas, no debería haber hipoteca.

–¿Podemos dejar el tema? –preguntó Jess con nerviosismo.

Al parecer Nick no quería dejarlo.

–¿Por qué has hipotecado la casa, Jess?

–Criar a una familia es caro.

–Ambos ganáis dinero y tú tienes tu fideicomiso –su hermana no respondió–. Jess, todavía tienes tu fideicomiso, ¿verdad?

–Tengo lo suficiente ahorrado para que los niños vayan a la universidad, pero eso no lo tocaré.

–¿Y el resto? –preguntó Mags.

Jess se sonrojó.

–Ya no está. Se ha gastado.

–¿En qué? –preguntó Nick.

–En malas inversiones.

–¿Qué tipo de inversiones?

–Bueno, depende de la temporada. Fútbol, baloncesto…

–¿Por qué no se lo habías contado a nadie, Jessica?

–Era humillante. Esperaba que la terapia matrimonial le ayudara a resolver eso también, pero, cada vez que sale el tema, se pone furioso y niega que haya un problema. Por eso dejó de ir. No sé qué hacer. Si es que hay algo que pueda hacer.

–Tal vez necesite un poco de persuasión –sugirió Nick.

Jess palideció más aún.

–¿Qué vas a hacer?

–Trabaja en Chocolate Caroselli y, si quiere mantener su trabajo, jugará según nuestras reglas. O va a Jugadores Anónimos, o pierde el trabajo.

–¿Y qué será entonces de los niños y de mí? Tenemos tantas deudas que apenas podemos hacerles frente tal y como estamos.

–Si Eddie no cuida de vosotros –dijo Nick–, entonces lo hará la familia.

El ambiente en el coche fue sombrío durante el resto del trayecto hasta casa del abuelo y, cuando llegaron, Nick y sus hermanas se fueron directos al mueble bar. Terri deseaba ir con ellos, pero saludó a todos y después subió al piso de arriba para ir al cuarto de baño. Al llegar al final de las escaleras, oyó voces procedentes del estudio del abuelo. Un hombre y una mujer. Se detuvo a escuchar, pero no distinguió lo que decían, solo que estaban furiosos.

Se acercó más para intentar escuchar, aunque no era asunto suyo.

–Tenemos que decírselo –estaba diciendo el hombre.

–Pero acordamos que nunca diríamos nada –contestó la mujer

con desesperación.

–Se merece saber la verdad.

–No. No pienso hacerle eso.

–He guardado el secreto, pero ya no puedo hacerlo. La culpa me está comiendo por dentro. O se lo dices tú o lo hago yo.

–¡Demitrio, espera!

Se giró el picaporte de la puerta y Terri se escondió en el cuarto de invitados. Observó desde detrás de la puerta cómo Demitrio, el padre de Rob y tío de Nick, salía del estudio seguido de Sarah, la madre de Tony. Terri no sabía de qué habían estado discutiendo, aunque podía sacar varias conclusiones por lo que había oído. Claro que podía haber malinterpretado por completo la conversación. Podía preguntárselo a Nick pero, si este se lo contaba a Tony y a Rob y ellos preguntaban a sus padres, podría desencadenarse un desastre, y ella no quería ser la responsable.

Cuando se aseguró de que se habían marchado, utilizó el cuarto de baño y regresó abajo antes de que alguien la echara en falta.

Elana, la hermana pequeña de Tony, la detuvo en el salón, justo delante de la puerta del comedor. Elana trabajaba en el departamento de impuestos internacionales de Chocolate Caroselli, algún día acabaría siendo la directora de finanzas.

–¿Qué tal estás? –le preguntó mirándole descaradamente la tripa.

–Bien.

–¿Qué tal en Aruba?

–Muy bien. Me gustaría volver alguna vez.

–Veo que no estás bebiendo. ¿Quieres que te traiga algo?

–Gracias, pero no puedo. Esta noche seré la conductora sobria.

–Ah, de acuerdo –contestó Elana, aunque Terri dudaba que se lo creyese–. He visto que tu marido y sus hermanas han empezado temprano a celebrar Acción de Gracias.

Para cuando terminara la velada, el resto de la familia estaría borracha también. Era una tradición de los Caroselli.

Oyó reírse a Nick y lo vio apoyado en la barra, copa en mano.

–Discúlpame, Elana. Tengo que hablar con mi marido.

–Claro –dijo Elana con una sonrisa–. Saluda a Gena de mi parte cuando la veas.

–Lo haré –contestó Terri mientras se dirigía hacia Nick.

–Hola –dijo él al verla acercarse–. ¿Dónde habías ido?

–Al baño. ¿Qué tal?

–Aquí estoy, sujetando la barra.

–Querrás decir que la barra te sujeta a ti.

Él asintió vehementemente con la cabeza.

–Tal vez deberías darme eso –sugirió ella señalando la copa, y Nick se la entregó sin discutir–. ¿Por qué no vamos a sentarnos? Antes de que te caigas.

–¿Sabes? Creo que es buena idea.

Le pasó un brazo por el cuello y ella le guio hacia el sofá.

Consiguió sentarlo pero, antes de poder sentarse a su lado, Nick tiró de ella y la sentó en su regazo.

–¡Nick!

–Todos han de creer que estamos locamente enamorados, ¿recuerdas? –susurró él con una sonrisa.

Era cierto, pero había ciertos límites.

–¿Qué pasa con tu tío Demitrio y tu tía Sarah?

–¿Qué quieres decir? –preguntó él mientras jugueteaba con el dobladillo de su vestido.

–Los he oído hablar y me ha parecido… tenso.

–Bueno, tienen una historia.

–¿De verdad?

–¿Nunca te la he contado?

–No que yo recuerde.

–Antes salían juntos.

–¿En serio?

–En el instituto, creo –mientras hablaba, comenzó a subir la mano lentamente por debajo de su vestido–. Pero Demitrio entró en el Ejército y la dejó. Entonces Sarah se enamoró de Tony.

Y, a juzgar por lo que Terri había oído arriba, era más que probable que Sarah y Demitrio hubieran reavivado su romance. Pero, como no era asunto suyo, no diría nada.

La mano de Nick estaba atravesando ya la barrera del decoro, así que la interceptó mientras subía por su muslo.

–Compórtate –le dijo. En ese momento su padre anunció que la cena estaba servida.

Terri dio por hecho que estaría a salvo sentada a la mesa, pero, gracias a un mantel que colgaba demasiado, pasó gran parte de la

cena defendiéndose de los ataques furtivos de Nick.

La comida fue deliciosa y el vino corrió libremente. Por desgracia, nadie prestó atención a Jess y a Mags y, para cuando la gente empezó a irse a casa, estaban tan borrachas que Terri necesitó la ayuda de Rob para lograr meterlas en el coche.

Cuando estuvieron dentro del coche y con los cinturones puestos, Rob le preguntó:

–¿Quieres que os siga para ayudarte a subirlas a casa cuando lleguéis?

–¿Lo harías? –respondió ella–. Eso sería estupendo.

–Voy a ir a buscar a Tony. Nos pasaremos por casa de Nick… quiero decir, por vuestro apartamento, de camino a casa de Tony.

Cuando se montó en el coche, Nick le dirigió una sonrisa ebria.

–Gracias por ser la conductora sobria.

–No hay de qué –se puso el cinturón y puso en marcha el motor.

–Hoy he bebido mucho.

–Desde luego que sí.

–¿Estás enfadada?

–Un poco celosa, quizá, pero no enfadada.

Nick cerró los ojos mientras se alejaban del bordillo. Ni siquiera habían llegado a la esquina cuando, aún con los ojos cerrados, preguntó:

–¿Hemos llegado ya?

Ella se carcajeó.

–Apuesto a que de niño eras de risa.

Nick sonrió y, después de eso, debió de quedarse dormido, porque no emitió sonido alguno hasta llegar a su edificio. Rob y Tony llegaron pocos minutos más tarde. Cada uno se encargó de una de las hermanas, mientras ella ayudaba a Nick, que por suerte podía caminar.

Rob y Tony metieron a las chicas en la habitación de invitados y Terri desnudó a Nick antes de meterlo en la cama.

Se inclinó para darle un beso en la mejilla y descubrió que, incluso ebrio, le pasó un brazo por el cuello y tiró de ella para darle un beso lento y profundo. Olía tan bien y resultaba tan agradable que permitió que aquello durase más de lo que debería.

Nick la miró y le metió el pelo detrás de las orejas.

–¿Tienes idea del tiempo que llevaba queriendo hacer esto?

–¿Desde la última vez que me besaste?

–Años –respondió él–. Y quería hacer algo más que besarte.

–Ahá –era sin duda el alcohol el que hablaba.

–Terri, lo digo en serio. Cuando vivimos juntos, conocía a chicas y me las llevaba a casa.

–Lo recuerdo.

–Pero, lo que no sabías era que, cuando estaba con ellas, deseaba que fueras tú.

En ese momento el corazón le dio un vuelco.

–Vamos, Nick. Eso no es cierto.

–Sí que lo es.

–Si tanto me deseabas, ¿por qué no me lo dijiste?

–Debería haberlo hecho –respondió él–. Ojalá lo hubiera hecho.

–No hablas en serio –obviamente estaba confundiéndola con otra mujer.

–Sí hablo en serio. En el coche, cuando te he dicho que te quería, hablaba en serio.

–Claro que sí. Somos buenos amigos. Yo también te quiero.

–No. Quiero decir que te quiero de verdad. Creo que siempre supe que era inevitable.

–¿El qué?

–Que acabáramos juntos. Y Jess tenía razón. Somos perfectos el uno para el otro. Ahora no puedo creerme que no nos diésemos cuenta antes. Tal vez no estuviésemos preparados.

–Deberías irte a dormir –le dijo ella–. Podemos hablar por la mañana, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –accedió él, dejó caer el brazo y cerró los ojos.

Terri se puso en pie sabiendo que, a pesar de lo que había dicho, aquella no era una conversación que deseara continuar. Probablemente Nick no se acordaría de nada por la mañana.

Apagó la luz y fue a la cocina. Rob estaba sentado en uno de los taburetes bebiendo una botella de agua. Tony se había servido una cerveza y estaba apoyado en el frigorífico bebiéndosela.

–Menuda noche –dijo ella sentándose junto a Rob–. Gracias por ayudarme.

–¿Qué sucede? –preguntó Tony.

–¿A qué te refieres?

–He visto a Nick y a sus hermanas emborracharse mucho, pero nunca a los tres al mismo tiempo. ¿Va todo bien con Jess?

–Jess está bien.

–¿Tiene algo que ver con que Eddie no haya ido a la cena?

–Tal vez debas preguntárselo a Jess.

–Así que se trata de Eddie –dijo Rob.

–De verdad que no puedo decirlo –aunque lo averiguarían pronto si Nick cumplía su promesa de darle a Eddie un ultimátum.

–Nunca sobrevivirás en esta familia si no aprendes a cotillear –le dijo Rob.

–Digamos que ha sido un día duro para todos.

–¿Va todo bien entre Nick y tú?

–Genial. Va todo genial.

–Mencionó que queríais formar una familia cuanto antes –dijo Rob–. Y me he fijado que hoy solo has bebido agua.

–Una medida preventiva.

Terri tenía la impresión de que pretendían sonsacarle información. ¿Habrían aceptado ellos también la oferta de su abuelo? ¿Anunciarían pronto su compromiso? De ser así, ¿se convertiría aquello en una carrera por ver quién llegaba primero a la meta?

Capítulo Seis

Los excesos de la noche anterior habían pasado factura, y cuando Terri regresó a casa sobre las once de la mañana, tras hacer algunas compras de Viernes Negro con la madre de Nick, se encontró con una escena espantosa: Jess y Mags estaban tiradas en el salón, con las cortinas corridas y la televisión apagada.

–Buenos días –dijo Terri mientras dejaba las bolsas en el suelo junto a la puerta para poder quitarse el abrigo.

–No tanto –contestó débilmente Jess, que tenía una toalla húmeda en la frente y los ojos rojos–. ¿Es físicamente posible que la cabeza explote? Porque la mía lo parece.

–No creo.

–Shh –dijo Maggie–. ¿Por qué habláis tan alto?

–¿Habéis tomado algo? –les preguntó Terri, y ambas asintieron–. ¿Estáis bebiendo mucha agua?

–Sí, mamá –contestó Maggie.

–Oye, tengo que practicar con alguien. ¿Dónde está Nick?

–Se levantó, se tomó un ibuprofeno y se volvió a la cama –respondió Jess.

–¿Qué aspecto tenía?

–¿Has visto la película *Zombieland*? –preguntó Maggie.

–¿Tan mal? Será mejor que vaya a verle.

Terri se quitó el abrigó y lo colgó en el armario. Después caminó de puntillas hasta el dormitorio. Las persianas seguían echadas, las luces estaban apagadas y Nick tumbado diagonalmente en la cama, boca abajo y desnudo, como si se hubiera dejado caer allí y no hubiera tenido fuerzas para moverse.

Había dos botellas de agua vacías en la mesilla y unos pantalones de chándal en el suelo. Terri los recogió y los dejó al pie de la cama.

–¿Qué hora es? –preguntó Nick cuando ya estaba a punto de abandonar la habitación.

–Más de las once. ¿Estás bien?

Nick levantó la cabeza y la miró. Solo tenía un ojo abierto, como si no tuviera energía para abrir los dos.

–¿A ti qué te parece?
–¿Necesitas algo?
–¿Una pistola?
–¿Algo más? –preguntó ella riéndose.
Él suspiró y dejó caer la cabeza de nuevo.
–¿Otra botella de agua? Y que me prometas que nunca me dejarás volver a hacer esto. Debo de estar haciéndome viejo, porque no me siento tan bien como cuando estaba en la universidad.
–Me temo que suele pasar –la última vez que ella se había pasado tomando margaritas, lo había lamentado al día siguiente–. Enseguida vuelvo.
Fue a la cocina a por el agua y se detuvo a preguntarles a sus hermanas si deseaban ellas también. Ambas dijeron que sí, así que sacó varias botellas del frigorífico. Dejó dos junto a cada una de ellas y regresó al dormitorio, donde se encontró a Nick sentado en la cama. Se sentó junto a él y le ofreció el agua.
–Gracias –se bebió la primera botella de un trago y dejó la segunda en la mesilla para más tarde. Después apoyó la cabeza en el cabecero–. Gracias.
–No hay de qué.
–¿Qué tal están las chicas?
–Algo mejor que tú, pero no mucho.
–Gracias por cuidar de nosotros anoche.
–Tú habrías hecho lo mismo por mí. Y, si no recuerdo mal, ya lo has hecho en alguna ocasión.
–Como aquella vez en el instituto, cuando rompiste con Tommy Malone y te volviste un poco loca con el licor de melocotón.
–Era licor de menta, y no rompí con él. Me dejó por Alicia Silberman porque yo no quería abrirme de piernas. Al parecer ella estaba más dispuesta.
–Me ofrecí a partirle la cara.
Terri sonrió al recordarlo.
–No merecía la pena.
–¿Cuándo lo hiciste finalmente?
–¿Hacer qué?
–Perder la virginidad.
–¿Por qué quieres saberlo?
–Es simple curiosidad. Yo en tercero de instituto.

–Lo sé –contestó ella–. Con Beth Evans, en su dormitorio, cuando sus padres estaban trabajando.

–¿Quién te lo dijo?

–Oí a Tony y a Rob hablando de ello hace un par de años. Y, por supuesto, circularon rumores al respecto por el instituto. Según creo, estuviste a la altura.

Nick se rio.

–No exactamente. Estaba tan nervioso que no podía desabrocharle el sujetador, y el sexo como tal duró unos trece segundos.

–No es así como lo cuenta Rob. Él dijo que habías dicho que ella se quedó pidiendo más.

–Puede que exagerase un poco –admitió con una sonrisa–. La destreza sexual es muy importante para un adolescente. La verdad es que fue una experiencia humillante.

–Bueno, si te sirve de consuelo, has mejorado desde entonces.

–Gracias. ¿Cuándo fue tu primera vez?

–Me da vergüenza.

–¿Por qué?

–Porque es un cliché.

–Dime que no fue con un profesor.

–¡Por supuesto que no! Fue la noche del baile de fin de curso.

–Tienes razón, es todo un cliché. Un momento. Tú fuiste al baile con uno del club de matemáticas. Eugene… algo.

–Eugene Spenser.

–¿No era un poco… raro?

–Un poco, pero yo también lo era –y aquel raro tenía una habilidad que habría dejado en evidencia a muchos universitarios.

–No recuerdo que salieras con él.

–No creo que a aquello pudiera llamársele salir.

–¿Y cómo lo llamarías?

–Nos liábamos ocasionalmente.

–¿Os liabais?

–Ya sabes. Nos acostábamos.

–¿De verdad?

–Sí, de verdad.

–¿Os acostabais sin más? ¿Sin tener una relación, sin compromiso?

–Más o menos.
–¿Y hubo más chicos con los que te liaras?
–Alguno que otro.
–Pero no eran novios.
–Eran amigos, pero no novios.
–¿Y te acostabas con ellos?
–Me acostaba con ellos. ¿Qué puedo decir? Me gustaba el sexo.
–A mí también, pero…
–Pero, ¿en tu caso es distinto?
–Sí.
–¿Por qué? ¿Porque eres un hombre? ¿O porque estabas locamente enamorado de todas las chicas con las que te acostabas? Recuerdo el desfile de mujeres que salía de tu habitación cuando vivíamos juntos. Y no recuerdo haber visto la misma cara más de una o dos veces –y aquello le hizo pensar en lo que Nick había dicho la noche anterior: que, cuando estaba con otra chica, deseaba que fuera ella. Claro que, estaba tan borracho que no lo diría en serio, probablemente ni siquiera supiera lo que decía.
–Bueno, sabemos que no te acostaste con todos tus amigos.
–Ni con mis amigas, si es a lo que te refieres. Aunque una me invitó una vez a hacer un trío con su novio. Lo habría hecho, si el tipo no me hubiese puesto los pelos de punta.
–Tampoco te acostaste conmigo.
–No me lo pediste.
–De habértelo pedido, ¿lo habrías hecho? –preguntó con las cejas levantadas.
–No. Nuestra amistad era demasiado importante para mí.
–¿Y la de los otros no?
–No era como la nuestra. Para mí el sexo era… no sé, supongo que me hacía sentir que tenía el control. Que era especial en cierto modo. Es la prueba definitiva de lo mucho que mi tía me trastornó.
–¿Aún te sientes así?
–No, ya no –y tampoco le gustaba el cariz que estaba tomando aquella conversación–. Bueno, debería dejar que vuelvas a dormirte.
–Ya me encuentro mejor. Creo que me daré una ducha.
–¿Tienes hambre? Podría preparar algo de comer.
–Algo ligero, tal vez. Tengo sopa en la despensa.
–Claro. Estará lista cuando hayas terminado.

–A no ser que quieras ducharte conmigo.

–Creí que tenías resaca.

–Para eso no.

–Bueno. La respuesta es no.

–No perdía nada por preguntar –respondió él encogiéndose de hombros.

Se levantó de la cama completamente desnudo y se dirigió al baño. Terri se quedó mirándolo y haciendo lo posible por no babear. Observó que había dejado la puerta del baño completamente abierta.

Ella regresó a la cocina antes de dejarse tentar y se detuvo en el salón para ver si Jess y Mags tenían hambre.

–Apenas puedo tragarme las galletitas saladas –respondió Jess–. Pero gracias.

–Yo también paso –contestó Maggie–. Además, tengo que irme a casa pronto.

–Si cambiáis de opinión, avisadme.

Al abrir la puerta de la despensa, comprobó que estaba muy bien organizada. Había una estantería entera con unas doce marcas y tipos de sopa, pero no sabía cuál preferiría. En circunstancias normales habría querido sopa de tomate, pero tal vez hoy le revolviera el estómago.

Maldición. Tendría que ir a preguntárselo. Se lo gritaría desde la puerta del baño, para no tener que verle a través del cristal de la ducha. Sería más fácil así.

Y eso fue justo lo que hizo. Nick, en efecto, quería sopa de tomate pero, cuando Terri se disponía a marcharse, le gritó:

–¡Eh, Terri! ¿Te importa alcanzarme una toalla pequeña del armario?

Maldición.

–De acuerdo –respondió ella. Pensaba lanzarla por encima de la mampara y salir corriendo pero antes de poder hacerlo, Nick abrió la puerta.

Ella le ofreció la toalla, y él la agarró de la muñeca, tiró de ella y la metió en el chorro de la ducha completamente vestida.

–¡Nick!

–Vaya, parece que ahora tú también necesitas una ducha.

Mientras el agua le iba empapando la ropa, Terri quiso

enfadarse, pero lo único que pudo hacer fue reírse.

Nick le agarró el trasero con una mano y le colocó un muslo entre las piernas. Ella gimió y apoyó la cabeza en los azulejos para darle acceso a su cuello, que enseguida empezó a devorar.

Tenía que decirle que no, pero no quería. En su lugar, mientras Nick le mordisqueaba la oreja, dijo:

–Esta es la última vez.

Él se apartó y la miró con deseo.

–Quítate la ropa.

Capítulo Siete

Terri empujaba el carrito por la sección de verduras del supermercado, metiendo las cosas de la lista que Nick había hecho la noche anterior. Cuando vivía sola, hacía la mayoría de sus compras en la sección de congelados, así que las cenas gourmet que Nick preparaba cada noche le parecían asombrosas. Eso compensaba el hecho de que, a pesar de haber mejorado mucho, Nick seguía siendo un poco desordenado. A veces dejaba periódicos o revistas en la mesa del café, o ropa sucia tirada en el suelo del dormitorio.

Pero esas cosas ya no le molestaban tanto como antes. Llevaba mucho tiempo viviendo sola y le preocupaba que compartir piso con alguien hiciera que se sintiera agobiada. También creía que echaría de menos su piso, pero no era el caso. Ahora que Jess había vuelto a casa y estaba intentando arreglar las cosas con Eddie, ella tenía la habitación de invitados y echaba de menos dormir con Nick. Y no solo por el sexo, cosa que habían acordado no volver a hacer cuando se marchó de su habitación.

Se había acostumbrado a los abrazos y echaba de menos estar en la cama con él hablando. Había muchas cosas que había dado por sentadas. Y empezaba a tener la impresión de que tal vez ya no fuese suficiente ser compañeros de piso. Quizá deseara algo más que eso.

Pero entonces se recordaba a sí misma que, a pesar de lo que deseara, Nick estaba más que satisfecho con la vida que tenía. No quería atarse. Pasara lo que pasara con el bebé, sabía que con el tiempo se acostumbraría. Saber que era su mejor amigo y que siempre lo sería era más que suficiente para ella.

O eso esperaba.

Sin embargo, a medida que se acercaba la fecha en la que podría hacerse una prueba de embarazo, iba obsesionándose más con el tema. Estaba atenta a cualquier cambio en su cuerpo. Se miraba al espejo constantemente, se pellizcaba los pechos para ver si estaban sensibles. Incluso había empezado a comer cosas que había leído que podían agravar las náuseas matutinas, pero hasta el momento

nada.

Cuando se dirigía a la sección de lácteos, pasó frente al pasillo de productos femeninos y se desvió. Aunque tenía que esperar a tener una falta para hacerse la prueba, no tendría nada de malo comprarla ya.

Eligió la más cara, pensando que sería más precisa. Metió la prueba en el carrito, terminó el resto de las compras y, cuando llegó a casa, abrió la caja y leyó las instrucciones.

Su entusiasmo desapareció al leer la frase que decía que la prueba debía realizarse con la primera orina del día, cosa que había sucedido hacía casi diez horas. Maldición. Si deseaba un resultado preciso no le quedaba más remedio que esperar a la mañana siguiente.

Guardó la prueba en el cuarto de baño e intentó olvidarse de ella, aunque sin éxito.

Más tarde aquella noche, después de no oír por enésima vez la pregunta o el comentario que Nick estaba haciéndole sobre la película que estaban viendo, este pareció darse cuenta de que le pasaba algo.

–¿Va todo bien? –preguntó–. Parece que estés aquí, pero sin estar.

–Hoy, cuando he ido al supermercado, me he metido por el pasillo de los productos femeninos.

Él frunció el ceño.

–¿Realmente deseo saber esto?

–Me refiero a las pruebas de embarazo, Nick.

–Creí que teníamos que esperar al día en que tiene que bajarte la regla.

–Yo también, pero las instrucciones decían que puede hacerse hasta cuatro días antes.

–¿Y eso cuándo es?

–Hoy. Pero era demasiado tarde, así que no puedo hacérmela hasta mañana por la mañana.

–¿A qué hora? –preguntó él.

–En cuanto me despierte.

Nick sacó el móvil del bolsillo y empezó a toquetear la pantalla.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó ella.

–Programando la alarma para mañana por la mañana.

–¿A qué hora?
La miró y sonrió.
–A las cinco.

Nick daba vueltas de un lado a otro frente a la puerta del cuarto de baño. ¿Por qué tardaba tanto? ¿No era una cuestión de minutos?
La puerta se abrió y Terri salió, aún con el pijama puesto.
–¿Y bien? –le preguntó él.
–Aún hay que esperar, pero no podía quedarme ahí dentro mirando.
–¿Cuánto hay que esperar?
Ella miró el reloj.
–Tres minutos.
–No te preocupes. Será positivo.
–Sabrás que, si lo es, se acabó. Durante el resto de tu vida ya no serás solo tú. Siempre tendrás a una persona que dependa de ti.
–Estoy preparado –le aseguró–. Y estoy contigo. Para lo que necesites. Sin importar cuál sea el resultado.
–¿Quieres decir que, si es negativo, querrás volver a intentarlo?
–Terri, estoy comprometido con esto.
–Por el dinero.
–¿No te parece un poco tarde para empezar a cuestionar mis motivos?
–Tienes razón. Lo siento. Supongo que estoy nerviosa.
–Estamos juntos en esto. Si no confías en mí…
–Confío. No sé cuál es el problema. Tal vez sean las hormonas –volvió a mirar el reloj–. Ya es la hora.
Entró al baño y se detuvo.
–No puedo hacerlo. Estoy demasiado nerviosa. Míralo tú.
–¿Qué tengo que ver?
–Un símbolo de más es positivo, un menos es negativo.
–De acuerdo, allá vamos –Nick entró en el baño y levantó el palito. Le dio la vuelta y miró el indicador.
Maldición.
–¿Y bien? –preguntó ella desde la puerta.
Maldición, maldición.
La miró y negó con la cabeza.

–¿Estás segura de que lo has hecho bien?
–Sí, estoy segura. No es el primero que me hago.
–¿En serio?
–Tuve algunos sustos en la universidad.
–¿Por qué no me lo habías dicho?
–¿Qué importa?
–Lo siento. Ven aquí –abrió los brazos y ella se acercó y apoyó la cabeza en su pecho–. ¿Hay algo que pueda hacer?
Ella negó con la cabeza.
–En las instrucciones pone que podría obtener un falso negativo al hacerme la prueba tan pronto. Dice que puedo intentarlo de nuevo el día en que tenga que bajarme la regla.
–¿De modo que sí que podrías estar embarazada?
–Hay solo un doce por ciento de probabilidades, así que probablemente no.
–Doce es mejor que cero. Te harás la prueba otra vez el martes y entonces lo sabremos con seguridad.
Nick intentó mantener una actitud positiva durante todo el día e hizo todo lo posible por animarla. Le preparó su plato favorito para cenar, pero ella apenas lo tocó. Después le sugirió que alquilaran la película de chicas de la que había estado hablándole, pero parecía tan perdida en sus pensamientos que probablemente no se enteró de la trama.
Se dieron las buenas noches a las once, y eran casi las doce cuando Terri apareció en la puerta de su dormitorio.
–Nick, ¿estás despierto?
–Sí. ¿Estás bien?
–No puedo dormir –contestó mientras entraba en la habitación–. ¿Te importaría que durmiera contigo, solo esta noche? Y me refiero a dormir, no a…
–Lo pillo –Nick apartó las sábanas del otro lado de la cama–. Métete.
–Lo siento –dijo ella mientras se acomodaba.
–No te disculpes. Me gusta dormir contigo.
–Durante años he podido dormir estando sola –explicó ella.
–Han sido unos días difíciles. No tienes por qué pasarlo todo sola. Estamos en esto juntos, ¿recuerdas?
–Por ahora, pero puede que alguna vez tú no estés, y yo tengo

que ser capaz de cuidarme sola.

–¿Adónde crees que voy a ir?

–Como solía decirme mi tía, si no te permites depender de la gente, la gente no puede decepcionarte.

Nick no podía creer que hubiera dicho eso. Sabía que tenía problemas de confianza pero, si realmente hablaba en serio, sus inseguridades eran más profundas de lo que había imaginado.

–¿Alguna vez te he decepcionado?

–No.

–Entonces ¿quién? ¿Tus padres? No creo que ellos desearan morir.

–No, pero se murieron.

–Terri…

–No estoy disfrutando con la autocompasión ni buscando tu compasión. Es un hecho. Nunca sabes lo que puede ocurrir, así que es importante ser autosuficiente. Eso es lo único que digo.

–Es mejor haber amado y haber perdido que no haber amado nunca –le dijo él.

–Cuando pierdas a alguien, me dices si todavía te lo crees.

Lo dijo no como una posibilidad, sino como un hecho predestinado. Él ni siquiera sabía cómo responder a eso, ni qué podía decirle para hacerle cambiar de opinión. Si acaso era posible cambiarla. Pero la verdadera pregunta era si él deseaba que cambiara de opinión.

Por desgracia, no tuvieron necesidad de una segunda prueba. A Terri le bajó la regla el lunes por la mañana. Desde que la conocía, la había visto llorar cuatro o cinco veces en total pero, cuando le llamó aquella mañana al trabajo para decírselo, estaba fuera de sí.

–¿Quieres que vaya a casa?

–No –respondió ella entre sollozos–. Soy estúpida. Sabía que esto podía ocurrir, pero supongo que tenía la esperanza. No debería estar tan triste.

–No pasa nada por estar triste. Yo también estoy decepcionado. Pero lo intentaremos de nuevo en un par de semanas, ¿verdad?

–¿Estás seguro de querer hacerlo?

–Claro que estoy seguro. Pero sabrás que eso significa tener que

vivir conmigo durante otro mes más. ¿Crees que podrás soportarlo?

–Bueno –dijo ella con un tono más ligero–, a veces eres un poco pesado.

Nick se rio, porque ambos sabían que aquello no podía estar más alejado de la verdad.

–Entonces, ¿cuándo empieza el segundo acto?

–Aún no lo he calculado. Lo haré luego.

–¿Qué te apetece cenar? Prepararé o compraré lo que quieras.

–Pizza –contestó ella tras una pausa–. De ese pequeño restaurante italiano de la esquina. Con jamón y champiñones.

–De acuerdo –dijo él. Oyó un golpe en la puerta, levantó la mirada y vio a su padre de pie en el umbral. No parecía muy contento–. Terri, tengo que colgar.

–De acuerdo. Te… te quiero.

–Yo también te quiero. Te veré sobre las siete –colgó el teléfono y miró a su padre–. ¿Qué sucede?

–Siento interrumpirte, pero necesito hablar contigo.

–Adelante.

Su padre cerró la puerta tras él y se sentó al otro lado del escritorio con el ceño fruncido.

–Últimamente me he dado cuenta de algo –dijo–. Y pensé que tal vez tú sabías qué estaba ocurriendo. Que Tony y Rob podrían haberte mencionado algo.

–¿Algo de qué?

–De tu tío Tony y de tu tío Demitrio.

–No, no me han dicho nada. ¿Por qué? ¿Sucede algo?

–Lo único que sé es que algo… no encaja. Ya apenas se hablan y, cuando lo hacen, es evidente que hay tensión. Les he preguntado a los dos por separado, pero juran que no sucede nada.

Nick no sabía si contarle lo que Terri había visto en casa de su abuelo, pero no le parecía justo meterla a ella en eso.

–No sé, papá. ¿Has hablado con Rob o con Tony?

–Tú estás muy unido a ellos. Pensé que sería mejor que hablaras tú con ellos.

–No te ofendas pero, si ocurre algo, no quiero verme implicado.

–No te pido tanto –respondió su padre.

–Tal vez te hayan dicho que todo va bien porque sienten que, pase lo que pase, no es asunto tuyo.

–Si empieza a afectar a esta empresa, sí que lo es.

–Tú eres el contable. ¿Está afectando a la empresa?

–Aún no, pero…

–En vez de sacar conclusiones precipitadas, tal vez deberías esperar una semana o dos y ver qué pasa. La abuela solía decirnos que, cuando Tony, Demitrio y tú erais pequeños, os peleabais a todas horas.

–Eso es diferente.

–Dale tiempo, ¿de acuerdo? Después, si sigues preocupado, se lo mencionaré a Rob y a Tony.

Su padre asintió a regañadientes.

–¿Qué tal te van las cosas con Terri?

–Bien.

–Tu madre mencionó que tenéis pensado formar una familia cuanto antes.

–¿Cuándo has hablado con mamá?

Su padre vaciló un instante y luego dijo:

–En la boda.

¿Por qué tenía la sensación de que no había sido la única vez? ¿Y por qué iba su padre a ponerse en contacto con su madre? ¿Estaría acosándola?

–Sí. Estamos planeando formar una familia, pero parece que podría llevarnos más tiempo del que pensábamos.

–Entonces, ¿Terri no está embarazada?

–No deberías hacer caso a los cotilleos, papá. Estás por encima de eso.

–Si mi hijo hablara conmigo de vez en cuando, no tendría que hacerlo –contestó su padre mientras se ponía en pie.

«Tal vez lo haría si no hubieras sido tan mal padre y marido», pensó Nick mientras lo veía salir del despacho y cerrar la puerta.

Pero esas palabras no significarían nada para él, ya que el gran Leonardo Caroselli no se responsabilizaba de sus malas acciones del pasado. Siempre era culpa de otra persona.

Nick se quedó preocupado por aquello el resto del día y comenzó a pensar que arruinaría su velada. Cuando llegó a casa con la pizza y una botella de vino, fue a buscar a Terri, por miedo a

encontrársela acurrucada en la cama llorando. Sin embargo, la encontró en su estudio, tan concentrada en la pantalla del ordenador que ni siquiera le había oído entrar.

–Ya está aquí la pizza –anunció.

Ella se dio la vuelta, sorprendida al verlo, y sonrió.

–Hola. ¿Ya son las siete?

En aquel instante, todo el estrés del día y la frustración creciente parecieron esfumarse hasta que se sintió únicamente… feliz. Claro que Terri siempre había hecho que se sintiera así.

–Tengo algo que mostrarte –dijo ella–. Pero primero…

Se levantó de su silla y le dio un abrazo.

–¿A qué ha venido eso?

–Por ser tan paciente conmigo y por ser tan buen amigo. Hemos vivido unos cambios importantes en el último mes. Todo ha ocurrido tan deprisa que no hemos tenido tiempo de prepararnos. Pero, al mismo tiempo, en el fondo de mi mente, tenía la sensación de que debíamos darnos prisa. Pensaba que, si no me quedaba embarazada de inmediato, si no cumplía con el plazo que me había autoimpuesto, nunca sucedería. Creo que tal vez por eso no me he quedado embarazada. Estaba ansiosa por todo.

–Me he dado cuenta de que, durante la última semana, no parecías tú. Es como que estás aquí, pero en realidad no estás.

–Lo sé. Y siento haber estado tan ensimismada. Pero, de ahora en adelante, te prometo que volveré a ser la de antes.

–Bien, porque te echaba de menos.

Ella sonrió y señaló el calendario que había en la pared encima el escritorio.

–¿Ves esa semana remarcada?

Había marcado con azul los días del veintitrés al veintisiete.

–Sí.

–¿Sabes lo que es?

–Eh… ¿las vacaciones de Navidad?

–Es la semana que tengo que ovular.

–¿Hablas en serio?

Ella sonrió y asintió.

–Sería un maravilloso regalo de Navidad, ¿no te parece?

–Desde luego que sí.

–Creo que esta vez saldrá bien.

–¿Y si no sale bien?

–Si no sale bien, lo intentaremos de nuevo en enero. Solo quiero relajarme y dejar que las cosas sucedan naturalmente.

–Y así será –le aseguró él. Tenía un buen presentimiento.

Pero, justo cuando pensaba que ya lo tenía todo controlado, pocos días más tarde Terri le dio otra sorpresa.

Su coche estaba aparcado en el garaje cuando él llegó de trabajar, pero el apartamento estaba en silencio. La buscó en los lugares evidentes. Su dormitorio, su estudio e incluso el lavadero de detrás de la cocina, pero no la encontró. Estaba a punto de llamarla por teléfono cuando creyó oír el grifo abierto procedente de su dormitorio.

Recorrió el pasillo hasta la habitación y entró.

–¿Terri?

–Estoy aquí –contestó desde el cuarto de baño.

A Nick le pareció oír los chorros del jacuzzi . La puerta del baño estaba abierta, así que entró.

Se detuvo junto a la bañera y se cruzó de brazos. El agua le llegaba hasta el cuello y, con los chorros a toda potencia, apenas podía distinguir su cuerpo bajo la superficie.

–¿Le pasa algo a tu bañera?

–No –contestó ella con una sonrisa–. He estado pensándolo y, si queremos hacerlo bien esta vez, si realmente queremos que me quede embarazada, tal vez necesitemos un poco más de práctica.

–Si no recuerdo mal, fui yo quien te sugirió que practicásemos primero. Pero dijiste que no.

–Supongo que me equivoqué.

–Es una teoría interesante. Ahora, por favor, dime realmente por qué estás aquí.

Terri debería haber sabido que Nick querría total sinceridad por su parte.

–A ti no te gustan los juegos –le dijo él–. Si, después de veinte años, no puedes ser sincera conmigo…

–Te echo de menos –admitió ella–. Sé que no debo, que solo somos amigos a no ser que esté ovulando, pero no puedo evitarlo.

–¿Estás diciendo que quieres tener relaciones sexuales más allá

de que intentemos tener un bebé?

–Si te parece mala idea…

–Yo no he dicho eso –dijo él mientras se quitaba la chaqueta y la colgaba en un gancho situado junto a la ducha.

–Sé que no formaba parte del plan –continuó Terri–, pero he empezado a pensar que pasar nueve meses sin sexo es un objetivo inalcanzable para ambos. A mí me gusta el sexo y se nos da bien hacerlo juntos. Así que ¿por qué no?

–¿No crees que eso complicará las cosas?

–¿Por qué? Ambos deseamos lo mismo: tener un bebé sin ataduras.

Nick bajó la tapa del inodoro y se sentó.

–Creí que seguías buscando al hombre perfecto.

–En vez de intentar encontrarlo, creo que debería relajarme y dejar que él me encuentre. No hay prisa.

–¿Y qué ocurrirá con nosotros cuando nazca el bebé?

–Nos divorciaremos, como habíamos planeado.

–¿Y empezaremos a salir con otras personas?

–No veo por qué no.

Nick parecía escéptico.

–¿No heriría tus sentimientos ni te pondría celosa verme con otra mujer?

–Te he visto con muchas mujeres y nunca antes me ha molestado –al menos no lo suficiente como para afectar a su amistad. Cierto, podría ser un poco raro al principio, pero se acostumbrarían. Tal vez para entonces ya estuvieran hartos el uno del otro. Volver a tener una amistad platónica podría ser un gran alivio para ambos.

–¿Estás segura? –le preguntó él.

Ella asintió.

–¿Segura de verdad?

–Segura de verdad.

–Porque para mí ha sido un infierno no tocarte los últimos diez días. Así que no puedes acostarte conmigo una vez y después volver a cambiar de opinión. O juegas o te retiras. No hay medias tintas. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Ahora que hemos dejado eso claro –añadió él con una sonrisa

mientras se aflojaba la corbata–, hazme sitio.

Capítulo Ocho

–¡Tierra llamando a Nick!

Nick apartó la atención del cuaderno en el que no se había dado cuenta que estaba garabateando. Todos los presentes en la sala de reuniones estaban mirándolo; incluyendo a su padre, a sus tíos, a Rob, a Tony y a Elana.

–Perdón, ¿qué?

–¿Has oído lo que estábamos diciendo? –preguntó su padre.

–Las ventas del trimestre han bajado –respondió él. Era la única información que recordaba haber oído.

–¿Nada más? ¿Eso es lo único que has oído?

–Perdón, anoche no dormí mucho.

–¿Has probado a tomarte una pastilla?

–Leo, todavía es un recién casado –dijo Demitrio–. Se supone que no debe dormir.

Sí, Terri le había tenido despierto hasta tarde. Habían hecho el amor después de las noticias de la noche, luego a las dos de la madrugada, cuando se había despertado y la había encontrado bajo las sábanas haciéndole cosas maravillosas con la boca. Pero, desde ese día, tenían que abstenerse hasta que ella ovulara. Y, aunque nunca se habría creído capaz de pensar aquello, necesitaba un descanso.

Desde el primer día de la luna de miel, el sexo había sido fantástico pero, en la última semana, Terri se había vuelto insaciable. Hacían el amor por la mañana, ya fuera en la cama o en la ducha, y, si no tenía ninguna reunión programada a mediodía, regresaba a casa para uno rápido. El día anterior le había pedido que le llevase un informe que se había dejado en casa y, al llegar al despacho, le había dirigido una mirada de deseo antes de cerrar con llave la puerta.

Algunas tardes lo hacían en cuanto él llegaba del trabajo, y siempre que se acostaban por las noches. Lo habían hecho en la bañera, en el sofá, en la silla de su despacho y en más lugares. Era como si, cada vez que se diera la vuelta, ella estuviera dispuesta a saltar sobre él.

No era que se quejara, pero empezaba a estar cansado.

–Estamos pensando en contratar a una consultora –le dijo Demitrio–. Alguien que vea nuestra línea de productos con otros ojos. Alguien que nos ayude a actualizar nuestro modelo de marketing sin perder la esencia de quienes somos como empresa.

–¿En quién estamos pensando? –preguntó Nick al ver que Rob, como director de marketing, no parecía muy contento.

–Se llama Caroline Taylor. Trabaja en la costa oeste y nos la han recomendado. Pero no es barata.

–Razón por la cual creo que estamos perdiendo tiempo y dinero –anunció Rob.

–Hijo, esto no tiene nada que ver con tu rendimiento laboral –dijo Demitrio–. Es muy común que las empresas contraten a consultores externos. Hemos estado hablando de darle un enfoque más fresco a la empresa y creo que ha llegado el momento.

Rob no parecía satisfecho, pero no dijo nada más.

–Deduzco que ya nos hemos puesto en contacto con ella –dijo Nick.

–Sí, y hemos tenido suerte –le informó Demitrio–. Normalmente tiene la agenda completa durante meses, e incluso años, pero la empresa con la que debía empezar en enero ha quebrado. Es toda nuestra si la queremos. Y tengo que darle una respuesta antes de finales de semana.

Todos, menos Rob, pensaron que era una buena idea.

–¡Genial! –exclamó Demitrio–. Primero queríamos consultárselo a todos. La junta directiva tomará la decisión final mañana.

El tío Tony se levantó y salió de la habitación antes de que los demás pudieran ponerse en pie. Aunque Nick había estado desconectado casi toda la reunión, se había dado cuenta de que su tío Tony no había dicho una palabra. Tal vez su padre tuviera razón y estuviese ocurriendo algo entre ellos.

Mientras Nick regresaba a su despacho, Rob le alcanzó en el pasillo.

–¿Alguna noticia sobre el bebé?

–El primero intento fue fallido.

–Lo siento. ¿Cómo se lo tomó Terri?

–Al principio no muy bien, pero ahora ya está bien. Vamos a ir paso a paso.

–Además de en el trabajo, Tony y yo no te hemos visto mucho últimamente.

–Supongo que es la vida de casado –Nick se detuvo frente a la puerta de su despacho y se apoyó en el marco–. Tal vez podamos salir todos juntos después de Navidad. Quizá en Año nuevo.

–Podríamos hacerlo.

Entonces Rob se quedó callado durante unos segundos.

–¿Va todo bien, Rob?

–Siento que te debo una disculpa.

–¿Por qué?

–Cuando nos dijiste que ibas a casarte con Terri, en vez de felicitarte, te acusamos de estar haciendo trampa.

–Y amenazasteis con darme una paliza, si no recuerdo mal.

Estuvo muy mal por nuestra parte. No hay más que veros juntos para saber que os queréis de verdad. Y no solo eso. Es evidente que sois muy buenos amigos, lo cual creo que está muy bien. Si fuese así para todo el mundo, no habría un solo divorcio. No sabes lo afortunado que eres de tenerla.

–Créeme, lo sé –y, cuanto más pensaba en divorciarse de Terri, menos le gustaba la idea. Empezaba a preguntarse si los sentimientos de amor que tenía hacia ella serían del tipo romántico. Y tenía la impresión de que ella se preguntaba lo mismo.

–¿Le has comprado ya su regalo de Navidad?

–Aún no –contestó–. Pero tengo algo en mente.

–La primera Navidad de casados. Más te vale que sea especial.

–Oh, lo será –dijo, aunque no tenía ni idea de cómo iba a envolverlo.

El sábado de antes de Navidad, dos días antes de cuando Terri debía volver a ovular, Nick y ella se enfrentaron a las multitudes y a la nieve para terminar sus compras. Ambos habían estado tan ocupados con el trabajo que no habían tenido tiempo de comprar un árbol. Les parecía una tontería comprar uno de verdad a esas alturas, así que eligieron uno iluminado de sobremesa para colocarlo sobre la mesita del café.

–¿No es demasiado cutre? –comentó ella tras encenderlo.

–¿Qué vamos a colgarle?

Terri se sentó a su lado en el sofá.

–Tu madre tiene una caja con cosas para un árbol pequeño. La reservó para nosotros.

–¿Quieres que vaya a buscarla?

–¿Te importaría?

–Se supone que esta noche va a nevar más. Si esperamos, puede que no consigamos los adornos hasta después de Navidad.

–En ese caso, probablemente deberías ir.

–¿Quieres venir conmigo?

–No puedo. Tengo como unos cincuenta regalos que envolver. Y, si no recuerdo mal, tú ibas a ayudarme.

–Tú eliges. Adornos o envoltorios. ¿Qué prefieres?

–Adornos, supongo.

–Pues será mejor que me vaya ahora, antes de que empiece a nevar otra vez –contestó él mientras se levantaba del sofá.

Terri lo siguió hasta la puerta y vio cómo se ponía el abrigo.

–¿Necesitas que compre algo más mientras estoy fuera?

–¿La cena?

–¿No quieres preparar algo? –Nick le había obligado a ver cómo cocinaba todas las noches, pero todavía no había puesto en práctica lo aprendido.

–¿Prefieres una cena congelada o queso quemado a la parrilla y sopa de tomate?

–De acuerdo, compraré algo de cena. ¿Te apetece comida tailandesa?

–Deliciosa.

Le dio un beso de despedida y, lo que debería haber sido un simple pico, se convirtió en algo más. Terri le rodeó el cuello con los brazos, le metió la lengua en la boca y deslizó una pierna entre las suyas.

–¡Eh! –dijo él apartándose–. Eso ha sido una jugada ilegal, señorita. Dos días más.

–Solo quería mantenerte alerta –contestó ella con una sonrisa perversa.

Nick abrió la puerta para marcharse y volvió a mirar su patético árbol.

–¿Estás segura de que no te importa tener un árbol falso tan pequeño? Siempre tienes uno de verdad.

–Pues compraremos uno de verdad el año que viene –respondió ella–. Conduce con cuidado.

Nick estaba en el ascensor de camino al aparcamiento cuando fue consciente de lo que implicaban las palabras de Terri: «Compraremos uno de verdad el año que viene».

¿Significaba eso que pensaba estar con él un año más? ¿Querría que siguieran casados? Él había estado pensando en sacar el tema, pero todavía no había decidido qué quería decir.

Se metió en el coche y se quedó allí sentado varios minutos, pensando en lo que implicaría para ambos convertir aquello en un matrimonio de verdad. Pasar el resto de su vida juntos.

Eso era mucho tiempo.

Condujo hasta casa de su madre con el piloto automático pero, al girar el volante para aparcar en la entrada, vio que el hueco ya estaba ocupado. Por el coche de su padre.

Aquello no podía ser bueno.

Salió del coche y corrió hasta la puerta. Llamó al timbre y, al no obtener respuesta, llamó con la mano. Nada.

Utilizó su llave y abrió. Entró, esperando oír gritos y muebles rompiéndose. En su lugar, oyó una radio en la que sonaba una canción de rock clásica que a su madre le gustaba. Después un gemido de dolor amortiguado procedente del otro extremo de la casa.

Corrió por el pasillo, se dio cuenta de que el sonido procedía del dormitorio de su madre y abrió la puerta. Cuando vio el trasero desnudo de su padre, se dio cuenta de que allí nadie sentía ningún dolor. Al menos nada que no desearan sentir.

Nick se tapó los ojos al darse cuenta de que acababa de entrar en la peor pesadilla de cualquier niño: sus padres haciendo el amor.

–Nick, ¿qué diablos estás haciendo aquí? –preguntó su madre.

Nick se atrevió a retirar la mano y comprobó con alivio que se habían tapado con las sábanas.

–¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué está haciendo él aquí? ¿Y por qué demonios estabais…? ¿Qué diablos pasa aquí?

–¿Qué crees tú que pasa? –preguntó su madre–. Estamos haciendo el amor.

Ya era horrible verlo, pero la confirmación verbal era demasiado.

–No podéis hacer esto.

–Obviamente, sí que podemos –contestó su padre.

–Nicky, somos dos adultos solteros y responsables. Podemos hacer lo que queramos. Dentro de los límites de la ley –dijo su madre.

Nick olfateó y captó cierto olor a quemado en el aire.

–¿Qué…? ¿Habéis estado fumando marihuana?

–Como si tú nunca lo hubieras hecho –contestó su madre–. Además, es medicinal, para la espalda de tu padre.

La pesadilla iba a peor.

–Pero si os odiáis.

–Hemos tenido nuestras diferencias, sí, pero no nos odiamos. Y, aunque hayamos tenido un mal matrimonio, teníamos una buena vida sexual. ¿Por qué no pones a hervir agua para el té? Saldremos en unos minutos.

–Claro –contestó él con la esperanza de que no pensaran terminar lo que habían empezado.

Se fue a la cocina, colgó el abrigo en una silla y sacó el móvil para llamar a Jess. Cuando ella respondió, oyó a los niños gritando al fondo.

–¿Qué sucede? –preguntó ella con cierta irritación en el tono de voz.

–Necesito hablar contigo.

–¿Qué? –gritó su hermana–. ¿Que necesitas qué? Espera un momento, déjame ir a un lugar más tranquilo.

Mientras esperaba, Nick llenó el hervidor y lo puso en marcha. Los gritos al otro lado del teléfono cesaron.

–De acuerdo, ahora ya puedo hablar –dijo Jess con eco.

–¿Dónde te has metido?

–En el armario del recibidor, así que es solo cuestión de tiempo que me encuentren o que se me acabe el oxígeno.

–Acabo de encontrarme a mamá y papá haciéndolo. Y estaban fumando marihuana.

Jess se quedó callada durante unos segundos.

–¿Juntos?

–Sí, juntos.

–¿Cómo ha sido?

Nick se lo explicó todo y su hermana empezó a reírse.

–No es divertido. Ha sido… horrible.

–No. Es bastante divertido.

–Creo que no te das cuenta. Mamá y papá se acuestan juntos.

–Sí, lo entiendo. No entiendo por qué te asusta tanto. ¿Preferirías haberte encontrado a papá descuartizando a mamá?

–No, pero… se odian.

–Pues todo apunta a que no. Y deberías alegrarte de que se lleven bien.

–¿Y si él vuelve a hacerle daño?

–¿De verdad piensas que ella fue la única que sufrió con el divorcio?

Así era como él lo recordaba, pero, antes de poder decirlo, su padre entró en la cocina.

–Tengo que colgar –le dijo a Jess–. Te llamaré más tarde –colgó y se giró hacia su padre–. ¿Dónde está mamá?

–Está vistiéndose.

Su padre se acercó al fregadero, sacó un vaso del armario y lo llenó con agua del grifo. Parecía conocer la cocina bastante bien, lo que le hizo creer a Nick que no era la primera vez que estaba allí.

–¿Qué diablos crees que estás haciendo? –le preguntó.

–Servirme un vaso de agua. ¿Tú quieres uno?

–Ya sabes a lo que me refiero. Después de lo que le hiciste a mamá, de lo que nos hiciste a las chicas y a mí, no tienes derecho.

–Tienes veintinueve años, hijo. ¿No crees que ya es hora de que crezcas? Sé que no fui el mejor padre del mundo ni tampoco un buen marido, pero llevas con ese rencor veinte años. Ya está bien. Déjalo correr. Los demás ya lo han olvidado.

Nick se había quedado sin palabras. Cualquier cosa que dijera en aquel momento sonaría inmadura y ruin.

El agua comenzó a hervir justo cuando su madre entró en la cocina.

–¿Quién quiere una taza de té? –preguntó con alegría. ¿Quién no estaría alegre después de una tarde de sexo, drogas y rock and roll?

–Lo dejaremos para otro día –contestó su padre antes de darle un beso. Resultaba inquietante verlo pero, en cierto modo, también natural. Parecían dos personas que se sentían cómodas la una con la otra.

¿Qué diablos había sucedido? ¿Y cómo no se había dado cuenta?

–¿Té? –le preguntó su madre cuando su padre se hubo marchado.

–Claro –contestó él, cuando lo que en realidad necesitaba era una copa.

–Siéntate –dijo ella.

Nick se sentó a la mesa de la cocina y la vio sacar el azúcar y la leche.

–¿A qué debo esta visita tan inesperada? –le preguntó cuando se sentó frente a él.

–Los adornos para nuestro horrible arbolito de Navidad.

–De acuerdo. Para futuras ocasiones, si llamas al timbre y no contesto, vuelve más tarde.

–Lo siento. Ha estado mal entrar así pero, al ver el coche de papá, me he preocupado.

–¿Por qué? ¿De verdad creías que estaba en peligro? ¿Que tu padre me haría daño?

–Supongo que no sabía qué pensar. Todo ha sido tan confuso últimamente. Ya no sé qué pensar sobre nada.

–Oh, cariño. ¿Terri y tú tenéis problemas?

–No exactamente.

–Hazme caso. El matrimonio es difícil, lo sé por experiencia. Has de mantener abiertas las líneas de comunicación. Hay que trabajar en ello.

–¿Y si va demasiado bien?

–¿Demasiado bien?

Nick sabía que debía callarse, ya que su madre no podía enterarse de aquello, pero ¿con quién si no iba a hablar?

–A pesar de lo que cree todo el mundo, mi matrimonio con Terri no debía durar.

–No lo comprendo.

–Terri quería tener un bebé e iba a recurrir a un donante.

–Lo sé. Lo hablé con ella.

–Bueno, la cuestión era, ¿por qué usar un donante al que no conocía cuando podía usar a alguien a quien sí conocía? Concretamente a mí. Así el bebé tendría mucha familia y, si algo le ocurriese a Terri, sabría que el bebé estaría protegido.

No se atrevió a contarle a su madre lo de los diez millones. Podía vivir con el hecho de que toda su familia supiese la verdad sobre el bebé pero, si su madre contaba lo de la oferta de su abuelo, era hombre muerto.

–Bueno –dijo ella–. Parece que lo tenéis todo bastante pensado.

–¿Estás enfadada?

–No… Sí –se puso en pie tan deprisa que la silla estuvo a punto de caer al suelo.

–Mamá…

–Estoy enfadada. Estoy decepcionada –su madre caminaba de un lado a otro de la cocina–. ¿Cómo has podido mentirle así a tu familia?

–Tampoco era que pudiera contarle a alguien la verdad.

Fue entonces cuando sintió la colleja en la cabeza.

–Mamá –dijo mientras se frotaba la zona dolorida.

Su madre volvió a sentarse. Parecía mucho más calmada.

–Ya me siento mejor.

–Lo siento, ¿de acuerdo? No queríamos hacer daño a nadie. Ya sabes lo mucho que Terri deseaba tener un bebé. Y has dicho un millón de veces que la quieres como a una hija. ¿Preferirías que su bebé fuera tu nieto o el producto de un donante anónimo?

–Pero parecéis muy felices y enamorados. No podéis fingir eso.

–Tal vez no estuviéramos fingiendo.

–¿La quieres?

–Creo que sí.

–¿Y qué siente Terri?

–Que no puedes depender de nadie porque al final siempre te decepcionan.

–Oh, eso no es bueno. Pero no me sorprende. Le han hecho mucho daño.

–Pero, desde que lo dijo, las cosas han ido muy bien. Y hoy estaba haciendo planes para las próximas Navidades, así que creo que tal vez eso signifique que quiere seguir casada también. Solo quiero estar seguro de mis sentimientos antes de actuar, porque dentro de dos años no quiero despertarme y darme cuenta de que he cometido un error terrible. Porque entonces habré perdido a mi esposa y a mi mejor amiga.

–No todos los matrimonios salen mal, Nicky.

–Mamá, no puedes negar que nuestra familia no ha tenido mucha suerte en lo referente al matrimonio. Lo tuyo con papá fue un desastre. Jess no lo está pasando bien.

–Hay una razón para eso, ya lo sabes.

–¿Una maldición familiar?

–Nicky, lo que tienes que entender es que tu padre y yo nunca fuimos amigos. En lo relativo a la compatibilidad sexual, éramos los mejores, pero no puedes basar un matrimonio en el sexo. No funcionaría. Al menos no después de la luna de miel. Y tu hermana estaba tan decidida a demostrar que era distinta a sus padres que se embarcó en una relación antes de estar preparada. Y, cuando empezó a ir mal, no tuvo las habilidades necesarias para saber cómo arreglarlo. Cosa que, por desgracia, es en parte culpa mía. Yo no fui un gran modelo a seguir. Hasta hace poco no me he dado cuenta de lo que debería ser una relación de verdad. ¿Y sabes quién me ha ayudado?

Nick negó con la cabeza.

–Terri y tú.

–¿En serio?

–Tal vez vosotros no veáis lo que ven los demás, pero hacéis una pareja perfecta.

–Quizá esta sea una pregunta estúpida pero, si tu matrimonio era tan malo y no eras feliz, ¿por qué tener hijos?

–Porque crees que eso cambiará las cosas y te unirá más a la otra persona. Y durante un tiempo es así. Y por eso, cuando las cosas empeoran de nuevo, tienes otro hijo y después otro.

Lo cual probablemente explicara por qué Jess tenía cuatro hijos.

–¿Quieres decir que solo nos tuviste para salvar tu matrimonio?

–Por supuesto que no. Me emocioné mucho al descubrir que estaba embarazada. Erais la luz de mi vida y, a veces, lo único que me animaba a seguir hacia delante, cuando creía que no podía seguir estando tan triste. Tus hermanas y tú me hacíais muy feliz.

–Si tan triste estabas, ¿por qué seguiste casada tanto tiempo?

–Yo venía de un hogar roto y deseaba algo mejor para vosotros. Pensaba que, si no podía ser feliz, lo menos que podía hacer era daros a vosotros un hogar estable con un padre y una madre.

–Nuestro hogar era cualquier cosa menos estable, mamá.

–Lo sé. Pero tenía que intentarlo. Y nunca sabrás lo mucho que

siento haberos hecho pasar por eso. Y tu padre también lo sintió. Los dos lo hicimos lo mejor que pudimos.

–¿Y lo que estáis haciendo ahora también es lo mejor?

–Lo único que sé es que nos divertimos juntos. Hablamos y reímos, y él parece comprenderme como ninguna otra persona. Y el sexo…

Nick levantó una mano para detenerla.

–Demasiada información, mamá.

–El caso es que ahora me hace feliz –continuó ella con una sonrisa–. Tal vez dure, tal vez no. Quizá ambos necesitábamos madurar. ¿Quién sabe? Lo que sí sé es que, después de tanto tiempo, por fin nos hemos hecho amigos. Con Terri y contigo es diferente. Vosotros ya sois amigos. Lo que tienes que decidir ahora es si la quieres.

–Somos amigos desde hace veinte años. Claro que la quiero.

–Pero, ¿estás enamorado de ella?

–Supongo que no conozco la diferencia.

–De acuerdo, voy a preguntarte una cosa significativa. ¿En quién piensas nada más levantarte por la mañana?

–En Terri –respondió sin dudar.

–Y, cuando no estás con ella, ¿con qué frecuencia piensas en ella?

–Si hubiera una manera de estar con ella veinticuatro horas al día, lo haría.

–Ahora piensa en cuando estás con ella y utiliza una palabra para describir lo que te hace sentir.

–Completo –respondió–. Cuando estoy con ella me siento completo.

–¿Y alguien te ha hecho sentir así antes?

–Jamás –admitió.

–Ahora, imagínatela con otro hombre.

No había nadie más lo suficientemente bueno para ella. Nadie que la conociera como él. Que pudiera amarla tanto…

La respuesta debió de notársele en la cara, porque su madre sonrió.

–¿Qué crees que significa eso, Nicky?

Lo que significaba era que estaba enamorado de Terri. En realidad, siempre lo había estado.

–Soy un idiota.

–En lo relativo a las relaciones, casi todos los hombres lo son, cariño.

–¿Y si Terri sigue con miedo a confiar en mí? ¿Cómo la convenzo de que la quiero y de que no la decepcionaré? ¿Cómo hago que confíe en mí?

–Puede que necesites un gran gesto para convencerla. Pero, si la conoces tan bien como crees, lo averiguarás. Y, ya que estás, podrías darle un poco de tregua a tu padre. Todo el mundo comete errores.

–Unos más que otros.

–Sí que puedes ser rencoroso. ¿No le has castigado ya suficiente? ¿No puedes al menos intentar dejarle que se disculpe? ¿Lo harías por mí?

–Lo intentaré –le dijo.

–Gracias –contestó su madre con una sonrisa.

–Siento haberos interrumpido de ese modo.

–Bueno, a juzgar por tu cara, ha sido mucho más traumático para ti que para tu padre y para mí.

Cuando salió de casa de su madre, Nick se fue directo a casa y sin saber qué le diría a Terri. Con un poco de suerte, tendría algún tipo de epifanía y las palabras le saldrían solas.

Capítulo Nueve

Cuando Nick llegó a casa, Terri estaba sentada en el suelo del salón entre montones de papel de regalo y lazos.

–Ya estoy en casa –dijo, a pesar de que fuera evidente, estando allí de pie. Había empezado bien.

Ella le miró y sonrió.

–¿Qué tal las carreteras?

–Cada vez peor. ¿Qué tal los envoltorios?

–Llevo haciendo esto casi veinte años, y se me sigue dando mal. Además están a punto de rompérseme las rodillas –se puso en pie y le miró expectante–. ¿Dónde están?

–¿El qué?

–Los adornos.

–Oh, maldita sea.

–¿Has ido hasta casa de tu madre y se te han olvidado?

–Lo siento.

–Y supongo que tampoco has comprado la cena.

–No. Eso también se me ha olvidado. Pero tengo una buena excusa. Me he encontrado a mis padres haciendo el amor.

A Terri se le desencajaron los ojos.

–¿Juntos?

Le contó la historia y, cuando terminó, ella estaba llorando de la risa.

–No es divertido –le dijo.

–Sí que lo es.

–Me quedaré traumatizado de por vida. ¿Te he dicho que además estaban fumando hierba?

–Como si tú nunca lo hubieras hecho –dijo ella. Se fue a la cocina y él la siguió–. ¿Qué vamos a cenar entonces? Me muero de hambre.

–Podríamos pedir algo.

–Con este tiempo tardarían mucho en traerlo.

–Podría preparar una salsa de tomate y servirla con marisco. No me llevaría más de una hora.

–Después de pasarte el día comprando y del horror de verle el

culo a tu padre, ¿crees que tienes energía?

–Acércame dos latas de tomate natural y una de pasta de tomate de la despensa –le dijo él mientras sacaba el delantal del escobero.

Se puso el delantal y sacó del frigorífico los ingredientes que necesitaba. Cortó las cebollas, el apio y el ajo y lo salteó todo con aceite de oliva. Después añadió el tomate, un poco de orégano, albahaca y sal. Para terminar molió pimienta y añadió una pizca de tomillo, que su abuela le había enseñado a usar en su justa medida, pues de lo contrario estropearía el plato.

–¿Cómo lo haces? –preguntó Terri, sentada en uno de los taburetes mientras le miraba–. No mides nada. ¿Cómo sabes que es la cantidad apropiada?

–Sí que mido. Pero con los ojos, no con una cuchara o con un vaso medidor. Cuando preparas algo tantas veces como he preparado yo la salsa de tomate de mi abuela, la receta se vuelve obsoleta, no sirve de nada.

–Yo ni siquiera puedo hacer una tostada sin equivocarme.

–Es cuestión de seguir los pasos y usar el sentido común.

–Ahí lo tienes. A mí me falta sentido común.

–Te casaste conmigo.

–No tengo más preguntas, señoría –respondió ella con una sonrisa.

Él se rio, dejó el fuego a media potencia y se quitó el delantal.

–Estaba pensando que tal vez podríamos…

En ese momento empezó a sonarle el móvil en el bolsillo. Lo sacó y vio que se trataba de Rob.

–Espera un minuto, Terri –respondió al teléfono–. Hola, Rob.

–Hola, ¿tienes un momento?

–Estoy haciendo la cena.

–Solo será un minuto.

–De acuerdo. ¿Qué pasa?

–Ayer ocurrió algo raro y no sé qué pensar. Pensaba que tal vez tu padre te había dicho algo al respecto.

–Ya sabes que mi padre y yo nos tiramos el día hablando –contestó él con ironía.

–Ya, sé que es difícil, pero pensé que quizá lo había mencionado.

–¿Mencionar qué?

–Lo que pasa entre mi padre y el tío Tony.

–De hecho sí que lo mencionó, pero solo para preguntarme si yo sabía lo que pasaba. Y no lo sé. Quería que os preguntara a Tony y a ti si sabíais algo.

–Lo único que sé es que esta noche me he pasado por casa de mis padres y el coche del tío Tony estaba allí. He oído gritos dentro y, cuando mi madre ha abierto la puerta, parecía que había estado llorando. Y el tío Tony parecía enfadado. Se ha marchado pocos minutos después de que yo llegara. Cuando he preguntado qué pasaba, mis padres no han querido hablar de ello.

–¿Y qué hay de Tony? ¿Has hablado con él?

–Hace unos minutos. No tenía ni idea de lo que le estaba hablando.

Pensó en decirle lo que Terri había visto en Acción de Gracias, pero no tenía claros los detalles, y tampoco sería justo meter a Terri en eso sin preguntarle primero si le parecía bien.

–Preguntaré a ver si me entero de algo, pero no creo que sea para preocuparse –le dijo a su primo, aunque pensaba justamente lo contrario. Algo pasaba, y tenía la impresión de que era algo malo.

–¿Va todo bien? –preguntó Terri cuando Nick colgó el teléfono, pero por su cara era evidente que algo pasaba.

–No estoy seguro. Según Rob y mi padre, hay algún tipo de conflicto entre el tío Demitrio y el tío Tony. ¿No dijiste que oíste al tío Demitrio y a la tía Sarah discutiendo en casa del abuelo?

–No sé si lo llamaría discutir, pero sí que parecía… acalorado. Pero, como bien dijiste, antes salían juntos, así que tal vez todavía haya resentimientos.

–¿Después de treinta y tantos años?

Ella se encogió de hombros. No quería ser la responsable de abrir aquella puerta.

–¿Recuerdas de qué estaban discutiendo?

–No oí toda la conversación, solo trozos.

–¿Como qué?

–Algo de decirle algo a alguien.

–Eso es muy impreciso.

–Ella dijo que no quería y entonces regresaron abajo.

–¿No les oíste mencionar un nombre?

–No. Probablemente no era nada. Sinceramente, pensé que te habrías olvidado de eso.

–Recuerdo muchas cosas de aquella noche –algo en su manera de decirlo le provocó un vuelco en el corazón.

–¿Qué es lo que recuerdas? –preguntó ella.

–Trozos.

–¿Recuerdas haberme dicho algo a mí?

–Si no recuerdo mal, te dije muchas cosas. ¿A qué te refieres?

–No importa.

–¿Fue lo que dije del relleno del pavo? –preguntó él–. ¿O cuando te declaré mi amor eterno?

Lo dijo con tanta calma que, por unos segundos, ella se quedó sin palabras. Hasta que se dio cuenta de que estaba tomándole el pelo.

–Quiero que sepas que no deberías sentirte incómodo por decirlo.

–No me siento incómodo.

–Todo eso que dijiste de que estabas con otras chicas y deseabas que fueran yo. Sé que no hablabas en serio.

–¿Qué te hace pensar con tanta seguridad que no hablaba en serio?

–Pues… –Terri se detuvo sin saber qué decir–. Vamos, Nick. Estabas muy borracho.

–El hecho de que estuviera borracho no significa que no supiera lo que decía o que no hablase en serio. De hecho, probablemente nunca haya sido tan sincero contigo como en aquel momento. Y también sincero conmigo mismo, por cierto.

¿Nick la quería? ¿La quería de verdad? ¿No era eso lo que ella deseaba?

Una cosa era fantasear sobre ello, pero no estaba preparada para oírselo decir.

–Además –continuó él–, ahora no estoy borracho y sigo sintiendo lo mismo, así que debe de ser cierto.

Una parte de ella deseaba saltar de alegría, mientras que la otra estaba teniendo un ataque de pánico.

–Terri, ¿estás bien?

–Solo estoy algo sorprendida –respondió ella–. Esto no formaba parte del plan.

–Los planes cambian.

Aquel no.

Nick se sentó a su lado y le agarró las manos.

–Mira, sé que estás asustada.

–No es eso –contestó ella apartando las manos.

–Entonces, ¿qué es?

–Tú no deseas estar casado. Lo has dicho un millón de veces.

–Me equivocaba.

–¿Y has cambiado de opinión sin más?

–Algo así.

–¿Y cómo sé que no vas a volver a cambiar de opinión? Que dentro de cinco años no vas a estar aburrido y harto. ¿Cómo sé que no te morirás?

–Vale, Terri –dijo él como si estuviera hablando con una niña–. Ahora estás siendo ridícula.

–¿Ah, sí? ¿Se te olvida que estás hablando con una mujer cuyos padres han muerto? Como bien dijiste, probablemente no querían morir. Supongo que no lo planearon, pero así fue.

–Yo no quería insinuar que voy a morirme. Todo el mundo muere. Y, por supuesto, espero morirme más tarde que temprano.

–¿Por qué estás haciendo esto ahora? Todo iba muy bien.

–Por eso lo hago. Después de lo que has dicho sobre la Navidad, me he dado cuenta de que yo también quiero eso.

–¿Qué he dicho sobre la Navidad?

–Que el año que viene compraríamos un árbol de verdad. Y eso me ha hecho pensar que puede haber un próximo año para nosotros, que piensas en el futuro.

–Yo no me refería a eso.

–Entonces, ¿a qué te referías?

–¡No lo sé! No tenía ningún plan, solo eran palabras.

–Terri, estoy enamorado de ti. Sé lo que deseo y eso no va a cambiar. Ni dentro de un año ni dentro de cinco. Mientras viva, te desearé.

–Yo también te deseo –respondió ella–, pero no sé si estoy preparada para esto. Si pudieras darme algo de tiempo…

–¿Cuánto tiempo? ¿Un año? ¿Dos? ¿Veinte? Porque hemos tardado ese tiempo en llegar hasta aquí. No puedes vivir tu vida con miedo a lo que pueda suceder.

–Esto no va a funcionar.

–¿El qué?

–El matrimonio, el bebé, todo. No es justo para ninguno de los dos. Deseas algo de mí que yo no puedo darte, Nick.

Durante un minuto Nick se quedó allí quieto, sin decir nada, mirando a la pared.

–¿Sabes una cosa que nunca he entendido? –preguntó al fin–. Eres guapa e inteligente, pero insistías en salir con imbéciles y perdedores. Hombres que yo sabía que no eran buenos para ti. Y ahora me doy cuenta de que ese era el objetivo. Porque, por mucho que hables de encontrar al hombre perfecto, en realidad no querías encontrarlo. Preferías jugar sobre seguro teniendo relaciones que sabías que fracasarían, o que se basaran en el sexo. Porque, si no sentías nada, no podían hacerte daño. Pero ¿a cuántas personas crees que hiciste daño tú, Terri?

Ella se mordió el labio.

–Cuántos hombres se preocupaban por ti, tal vez incluso te amaban, y tú te deshiciste de ellos. Y ahora estás haciendo lo mismo conmigo.

Tenía razón, pero Terri no podía hacer nada al respecto. No sabía cómo.

–Si pudieras darme un poco más de tiempo…

–Terri, llevamos veinte años siendo amigos. Si no confías en mí a estas alturas, nunca lo harás –se bajó del taburete y comenzó a alejarse.

–¿Y los diez millones? –preguntó ella.

–Hay muchos peces en el mar.

Sabía que no hablaba en serio, pero sus palabras le hicieron daño. Si al menos pudiera darle un poco más de tiempo. Pero tenía razón, ella era mercancía estropeada y él se merecía algo mejor.

Cuando Nick se despertó a la mañana siguiente, el día en que se suponía que Terri y él debían intentar engendrar un bebé, fue al cuarto de invitados y descubrió que su ropa no estaba. Después fue a la cocina y encontró la nota. Decía que lo sentía y que volvería en unos días a por el resto de sus cosas. Directa al grano.

Y nada más.

Se preparó un café que no se bebió, calentó un panecillo que olvidó en el tostador, abrió una cerveza que se quedó intacta sobre la mesa del café y pasó casi todo el día frente a una televisión que no se molestó en encender. Y, por primera vez en años, no habló con Terri.

En Nochebuena, en casa de su madre, les dijo a todos que Terri tenía gripe, sabiendo que, si les decía la verdad, les estropearía las Navidades.

Se dijo a sí mismo que no la echaba de menos, pero deseaba que estuviera allí, porque no se había perdido unas Navidades con su familia en años; ya no tenía a nadie más.

Estaba triste, pero al menos estaba con gente que le quería. Ella también estaría triste, pero además sola.

Se sentía devorado por la culpa. Apenas pudo dormir. Cuando se despertó el día de Navidad, supo lo que tenía que hacer, lo que necesitaba hacer. Y sí, deseaba hacerlo.

Desde fuera, la casa de Terri era la única que no tenía adornos navideños. Parecía tan… solitaria.

Nick caminó hasta su puerta y llamó al timbre. Cuando abrió la puerta, llevaba puesto un pijama de franela, sin duda debido a la baja temperatura a la que tenía la calefacción. Se sorprendió al verle, por supuesto. Se sorprendió tanto que, durante unos segundos, se quedó mirándolo con la boca abierta.

–Hace mucho frío aquí fuera –dijo él.

–Perdona, pasa.

Le sujetó la puerta y entró. Se quitó el abrigo y le sorprendió comprobar que hacía calor dentro.

–Qué agradable –comentó.

–¿Agradable?

–La temperatura. Normalmente hace frío.

–Anoche decidí que ya estaba harta de pasar frío. ¿Qué estás haciendo aquí?

–He venido a recogerte –contestó él mientras se acomodaba en el sofá del salón.

–¿Recogerme para qué?

–Para ir a celebrar la Navidad a casa de mi abuelo.

–Pero…

–Será mejor que te des prisa. Ya sabes que no le gusta que la gente llegue tarde.

–Perdona, ¿me he perdido algo?

–Creo que no. Es Navidad, y en Navidad siempre vamos donde mi abuelo.

–Pero… el otro día…

–Siento mucho lo del otro día.

–¿Eres tú quien lo siente? –preguntó ella, que cada vez parecía más confusa.

–Lo que te hice fue muy injusto. Prácticamente te obligué a hacer esto, te aseguré repetidas veces que todo saldría bien y que iría según el plan, y después cambié de opinión y me enfadé porque te sorprendió. Intenté hacer que te sintieras culpable cuando en realidad era culpa mía, no tuya.

–Nick, tenías todo el derecho del mundo a estar enfadado.

–No es verdad.

–¿Y ahora estás aquí para llevarme a celebrar la Navidad?

–¿De verdad pensabas que iba a dejar que la–pasaras sola?

–De hecho, creía que me lo merecía –contestó ella con lágrimas en los ojos.

–Bueno, pues yo no lo creo, así que vístete.

–Entonces, ¿vamos a volver a ser amigos? ¿Como antes?

–Si esa es mi única opción, no diré que no te quiero, porque te quiero. Creo que siempre te he querido, aunque fuera demasiado idiota para darme cuenta. Pero eres demasiado importante para mí como para dejarte ir y, si solo quieres amistad, me parece bien.

Segundos más tarde, Terri estaba sentada en su regazo, rodeándole el cuello con los brazos y abrazándole como nunca antes le había abrazado.

–Te quiero, Nick.

Ahora era él quien estaba confuso.

–Vale, ¿qué acaba de suceder?

–No lo sé. De pronto… lo he sabido.

–¿Eso ha sido un gran gesto?

–¿Qué?

–Da igual.

–He de confesarte algo –dijo ella–. Algo que llevo semanas

queriendo decirte.

–¿Qué?

–Cuando vivíamos juntos y traías a chicas a casa, deseaba ser yo la que estuviera en el dormitorio contigo.

–No puede ser.

–Te lo prometo. Siempre me preguntaba cómo sería.

–¿Y ahora que lo sabes?

–Me gusta mucho ser la chica que está en el dormitorio contigo. Y la idea de que fuera otra mujer que no fuera yo…

–¿Cómo te sentirías?

–Sentiría ganas de arrancarle el cuello con mis propias manos.

Él se rio.

–Bueno, no tendrás que hacerlo nunca, porque no hay nadie más a quien desee en mi cama. Porque, a pesar de lo que dije, esos votos significaban algo para mí. Y estaba destinado a decírtelos a ti.

–Vaya, eso ha sido muy sensiblero. No sé si debería reírme o llorar.

–¿Por qué no me besas?

Lo hizo, y después empezó a desabrocharle la camisa.

–No tenemos tiempo –dijo él sujetándole las manos–. El abuelo nos espera.

–Pues el abuelo tendrá que esperar. Tenemos asuntos pendientes en el dormitorio. Ya vamos con dos días de retraso.

Nick se había olvidado por completo de que estaba ovulando.

–Entonces tendrá que ser uno rápido. Si estás segura de que todavía quieres. Podemos esperar un mes.

–No quiero esperar. Sé lo que deseo y, además, ¿no quieres ese dinero?

–Ah, bueno. No te preocupes por eso.

–¿Por qué?

–Le dije que ya no quería el dinero.

–¿Qué? ¿Cuándo?

–En cuanto volvimos de nuestra luna de miel.

–¿Por qué?

–No me parecía bien aceptarlo.

–¿Y qué te dijo tu abuelo?

–No mucho. Pensé que se sorprendería, pero fue casi como si se lo esperase.

–¡Pero son diez millones de dólares! ¿Has renunciado a eso sin más?

–Voy a tener un hijo contigo porque quiero, no porque lo necesite.

Terri le rodeó la cara con las manos.

–¿Te he dicho que te quiero?

–¿Por qué no me lo dices otra vez?

–Te quiero, Nicholas Caroselli.

–¿Y qué hay del hombre perfecto que estabas buscando? ¿Estás dispuesta a renunciar a él?

–No tengo por qué.

–¿No?

–Claro que no –contestó ella con una de sus sonrisas perversas–. Ya me he casado con él.